

## ARTE CALLEJERO

*El zen de los malabares*  
Dave Finnigan

*Manual y Guía del Payaso Callejero*  
Payaso Chacovachi

*Mexicodelia*  
Diego Altabás

## NARRATIVA

*¡Talen!*  
Amílcar Bo

*Fantasmas*  
Analía Giordanino

*La rutina de las máquinas*  
Diego Oddo

*Las iteraciones*  
Juanjo Conti

*La vida urgente*  
Germán Ulrich

*Manual de cultivo*  
Dino Dilhos

*Motoneta / La ciudad es tuya*  
Martín Vallejos / Nicolás Gelmini Juri

*Vayasí*  
Mariano Pereyra Esteban

Es común decir que la lengua española no es de nadie, no obstante vemos desfilar sus autoridades, sus especialistas, las regalías que provienen de su comercialización y de su uso. Del lado de los que creen que ahí no hay nada que discutir, se alista un número considerable de milicianos. El libro no se propone resolver esta querrela, que ya ostenta innumerables episodios, pero es la denodada búsqueda por comprender el valor de la lengua. El valor de nuestra lengua, sin embargo, no es solo su precio. Bajo el nombre de lengua propia estos ensayos fueron tras una expresión personal. La empresa reviste el aspecto de la paradoja. Aquello que sentimos muy nuestro también nos es ajeno. Hablamos una lengua heredada, que a su vez hablan millones de personas en el mundo. Lograr una forma personal de esgrimirla requiere una búsqueda insistente. Este libro también es el registro de esa búsqueda.



CONTRAMAR

ALFÓN

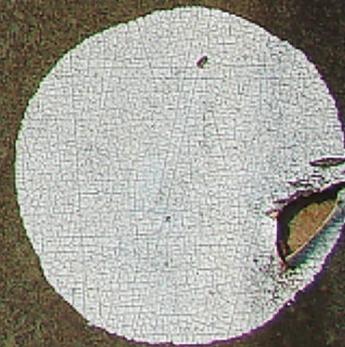
la lengua propia

Ensayo

Ensayo

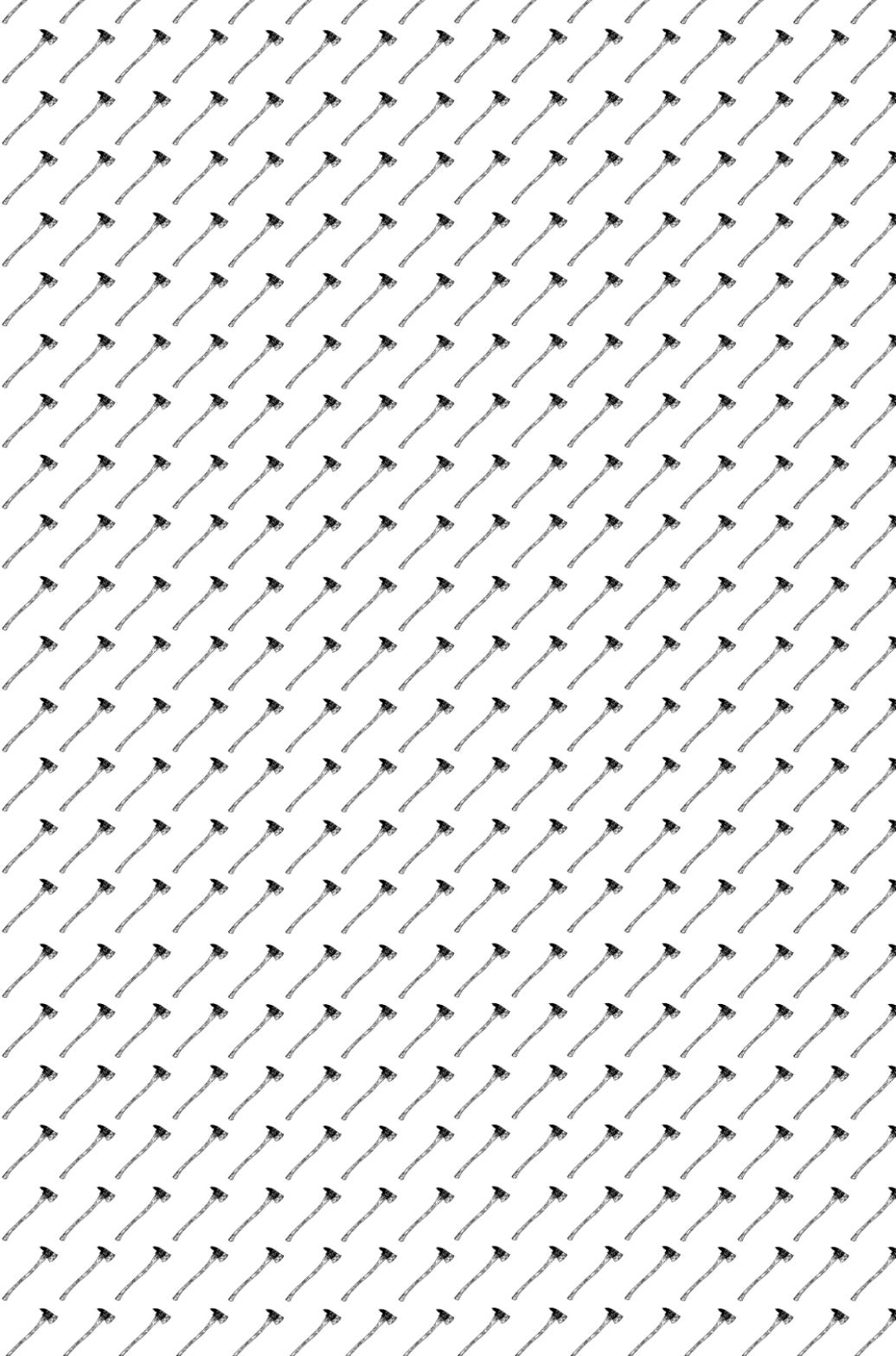
# LA LENGUA PROPIA

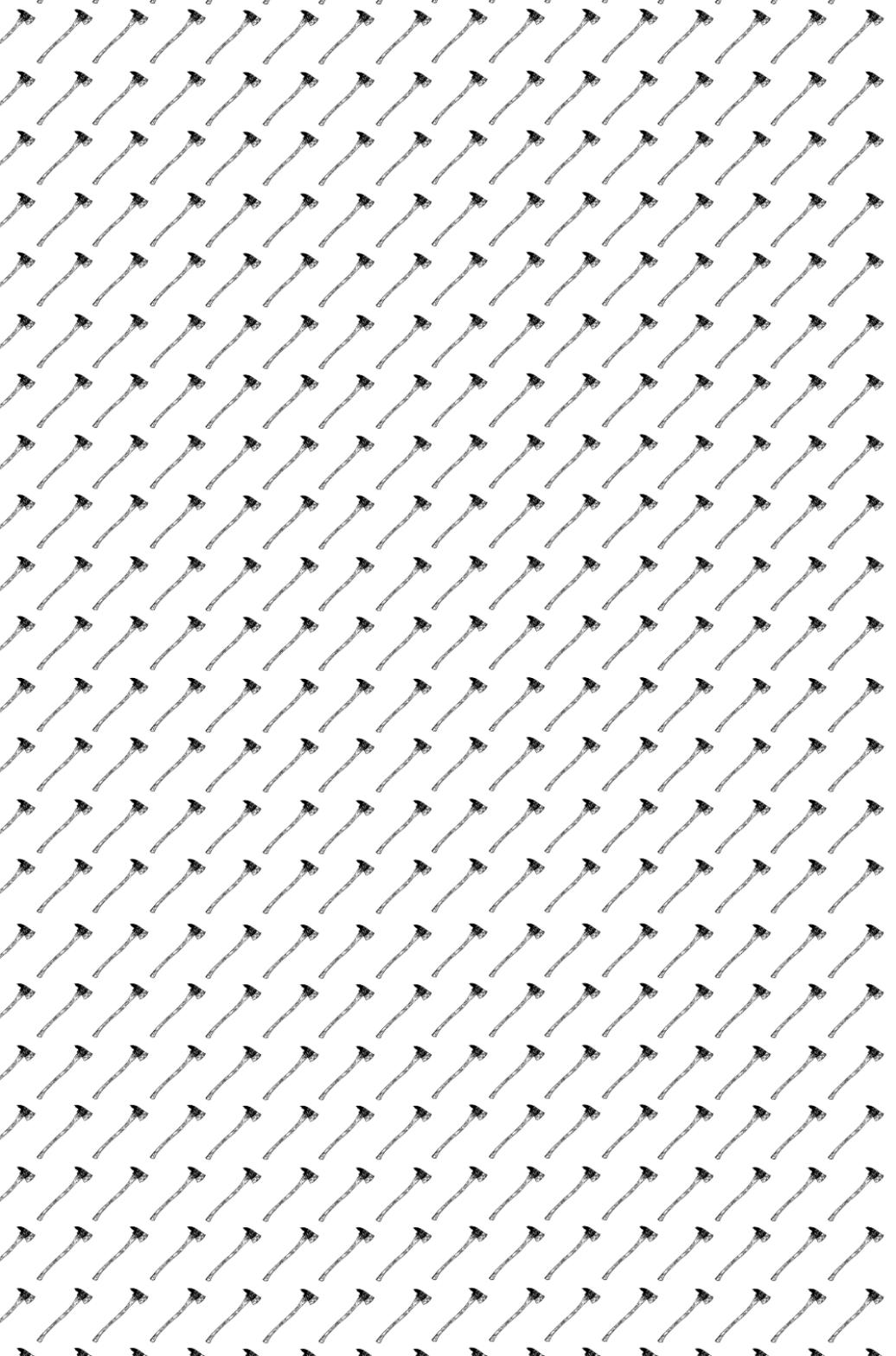
FERNANDO ALFÓN



**Fernando Alfón** es escritor y ensayista. Se doctoró en Historia en la Facultad de Humanidades de la UNLP, donde también es docente. A través de un subsidio otorgado por la Fundación Antorchas, en 2003 publicó la novela *Que nunca nos pase nada* y en 2005 se le concedió la Beca para escritores del Fondo Nacional de las Artes, por sus *Cuentos que caben en el umbral* (Paradiso, 2013). Ese mismo año publicó *La querrela de la lengua en Argentina* (Edulp) y, bajo el mismo título, una antología de textos a través de la Biblioteca Nacional. También seleccionó y tradujo ensayos anglosajones *La razón del estilo* (Nube Negra, 2017), y terminó por componer una teoría del ensayo en su último libro, *La voluntad de juicio*, editado por la Universidad Nacional de Córdoba.







# **LA LENGUA PROPIA**

Fernando Alf3n



**LA  
LENGUA  
PROPIA**

**FERNANDO  
ALFÓN**



Alfón, Fernando

La lengua propia / Fernando Alfón. - 1a ed. - La Plata :  
Contramar, 2020.

212 p. ; 20 x 13 cm. - (Ensayos ; 1)

ISBN 978-987-47628-1-8

1. Lenguas. 2. Ensayo Literario. I. Título.

CDD 401



Colección Ensay

© Fernando Alfón

© Contramar Editora

Diseño: Angie Pinto

Fotografía: Fabiana di Luca

**Contramar Editora**

[www.contramar.org](http://www.contramar.org)

[info@contramar.org](mailto:info@contramar.org)

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Este libro se terminó de imprimir en agosto de 2020,

Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

## Índice

9 Prólogo

### I

- 13 El nuevo museo y una vieja polémica  
17 Crónica de una soberanía en disputa  
27 ¿Somos dueños de nuestra lengua?  
35 De la riqueza del español  
41 El español neutro  
45 La lengua de la querrela  
53 Lengua y emancipación I  
59 Lengua y emancipación II  
69 Lengua y emancipación III  
73 La RAE y sus antagonistas: Notas para un armisticio

### II

- 81 El nombre de la lengua  
87 Por una nueva ortografía  
103 Postulación de un español más vasto  
111 Ambigüedad grata del español  
117 La lengua en Ecuador

### III

- 127 La visibilización de la mujer y de la RAE  
131 Ortomanías  
137 La tradición alarmista en Argentina  
147 Lenguaje inclusivo: lipograma y afectación

### IV

- 159 Economía, artilugio y omisión  
167 Esotéricos y familiares  
175 Jergas y claridades  
181 El acento delator  
185 Babel o las lenguas de fuego  
189 La retórica de la pandemia  
195 Los sentidos de la peste

201 Bibliografía



Reunir en una misma expresión las voces *lengua* y *propia* suscita interrogantes, algunos de los cuales se despliegan en este libro. Es común decir que la lengua española no es de nadie, no obstante vemos desfilar sus autoridades, sus especialistas, las regalías que provienen de su comercialización y de su uso. Del lado de los que creen que ahí no hay nada que discutir, se alista un número considerable de milicianos. El libro no busca laudarse ante esta querrela, que ya ostenta innumerables episodios. Visto a la distancia, ahora, es la denodada búsqueda por comprender el *valor* de la lengua.

Pero con la expresión *lengua propia* también quise evocar la búsqueda de *mi propia lengua*, título al que no me atreví, entre otras cosas, por inexacto. Aquello que sentimos muy nuestro también nos es ajeno. Hablamos una lengua heredada, que a su vez hablan millones de personas en el mundo. Lograr una forma personal de esgrimir la requiere una búsqueda insistente. Este libro también es el registro de esa búsqueda.

Algunos de estos ensayos ya han sido publicados y aquí reaparecen ligeramente corregidos. Tienen el pulso de su tiempo y quizá adolezcan de los énfasis que entonces creí necesarios. Las reiteraciones se deben a que no

los imaginé reunidos. Si solo pude eliminar unas pocas de esas reiteraciones, fue para no apartarlos mucho de sus versiones originales. Otros ensayos son inéditos y, al no haber sido escritos para algún periódico, incurrí en la tentación de abundar en citas.

No los inicié, ni a unos ni a otros, a partir de certezas; tenía intuiciones y quise ver si eran verdaderas. He aquí un libro abierto, un proyecto, que al reaparecer con nuevos ímpetus en mi vida ya se parece a un destino. Una vez editado, ya no es mío; anhelo que sea suyo, lector, o de la multitudinaria conversación de los argentinos, que solemos apasionarnos con estos temas.

Fernando Alfón





## El nuevo museo y una vieja polémica<sup>1</sup>

Hace poco se inauguró el Museo del Libro y de la Lengua. No hace falta especificar de qué libro se trata: suponemos que del libro en general, de todos los libros. En cuanto a la lengua, en cambio, estamos ante un problema. No se trata de la lengua en general, ni de todas las lenguas en particular; Brasil tiene su Museu da Língua Portuguesa, pero el que se acaba de inaugurar, el nuestro, no ha querido llamarse de la lengua *española*, ni *argentina*, ni *nacional*. ¿De qué lengua se trata?

Las radios y los periódicos especificaron, apresurados, que se trataba del Museo de la lengua *española*. Una contratapa de *Página 12* (7 de octubre de 2011) advirtió el apresuramiento y se quejó del atributo, al que calificó de un «error conceptual»: el articulista afirmaba que «nosotros hablamos Castellano, no Español». En la denominación *española*, lamentó, faltaba la presencia americana.

La discusión no es nueva. Menéndez Pidal (1917) ya la había pretendido saldar: aconsejó llamarla *española*, pues encontró que las variedades nacionales no amenazaban su unidad. La Real Academia tomó su consejo y rebautizó su *Diccionario*, que pasó a llamarse, a partir de 1925, *de*

---

1. Publicado en *El Ojo Mocho otra vez*. Revista de Crítica Política y Cultural. N° 1. Buenos Aires, primavera /verano de 2011, p. 64.

*la lengua española*. Costa Álvarez (1928) advirtió la picardía y la denunció en *El castellano en la Argentina*. Amado Alonso (1938), reclamando más ciencia y menos polémica, escribió una historia de los nombres y entendió que, llamándola *castellano, español* o *idioma nacional*, estamos hablando siempre de la misma lengua. Desde su fundación, en 1951, la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE) pareció estar muy a gusto con llamarla *española*, a pesar de que 20 de las 22 academias que hoy conforma la Asociación, son americanas.

Ahora, en la *pax romana* que reina en la academia en torno a este tema, se inaugura en Buenos Aires —la ciudad de Echeverría y de Arlt— una institución que no se enrola. La lengua del Museo de la Biblioteca Nacional no tiene nombre. ¿Esto significa que no saben cómo se llama aquello que pretenden custodiar? No, se trata de otra cosa, comenzando por la idea misma de *custodia*. La Biblioteca Nacional —es esto una hipótesis— evadió especificar el nombre de la lengua. Llamarla *nacional* o *de los argentinos* hubiera sido una provocación que, atinadamente, se procuró evitar.

Los nombres no colman la esencia de las cosas —esto también es una discusión—. Si cada nombre representara esencialmente a la cosa, aún estaríamos edificando la Gran Torre y hablando un Único Idioma, prístino y transparente. Aquello que se cree fue un castigo, otros lo creemos una bendición. En el desacuerdo de los nombres con las cosas surgió nada menos que el drama de la cultura, la diversidad de las lenguas, la traducción, las metáforas; acaso la literatura y la filosofía. No es una calamidad que no sepamos bien cómo llamar a la lengua que hablamos los argentinos. Quizá lo sabemos, por eso

dudamos en definirnos por *español* o *castellano*. Sarmiento quiso un idioma americano, hablado con fervor y escrito con el oído. Gutiérrez sugirió un idioma porteño, pero más universal que el español. Quesada tituló *El problema del idioma nacional*, pero no quiso oír hablar de un idioma privativo. Abeille imaginó una raza argentina y le adosó un idioma inédito; Groussac lo repudió. Xul Solar inventó un neocriollo y Vicente Rossi un idioma nacional ríoplatense (argentino—uruguayo). Como se ve, ostentamos ciertos desacuerdos en cuanto al nombre.

Aquellos que exhortan llamarla inequívocamente *castellano* encaran una lucha digna y muy argentina, pero a menudo enfática, sugiriendo que no están muy seguros. Los que la llamamos *español*, en cambio, no debiéramos negar la convivencia con otros nombres. La tradición polemista argentina en torno a la lengua prescindió, a menudo, de un idioma privativo y de certezas nominales; se desveló, en cambio, por la querrela en sí, por el *polemos*, que era la batalla por la identidad y por la expresión, en busca de formas más vitales de la conversación, el verso y la prosa. No tuvimos un idioma nacional, pero tuvimos una disputa por él; o dicho de otro modo, nuestro idioma nacional fue la forma en que llamamos a una disputa.

Si el Museo hubiera aclarado el nombre de su lengua, hubiera sido más internacional, pero menos argentino; la marca que deja en su nombre, la ausencia, es una invitación; acaso también una exhumación de todos los nombres que alguna vez se ensayaron para nuestra lengua.



## Crónica de una soberanía en disputa<sup>1</sup>

El pasado 17 de septiembre (2013), el matutino porteño *Página 12* publicó un documento con el prospectivo título «Por una soberanía idiomática». Ostentaba la adhesión de poetas, narradores, lingüistas e intelectuales de Argen | tina, Uruguay, México, Cataluña, EEUU. El tono era el de un manifiesto y llamaba a discutir la tradición centralista de la RAE, la tendencia a reducir la lengua a un negocio, la pretensión normalizadora, las prácticas expansionistas del Instituto Cervantes, la coartada oculta en el lema *unidad en la diversidad* y el programa infausto detrás de la expresión *español neutro*. Así como en Argentina se estaban dando discusiones sobre los medios de comunicación y la justicia, el documento llamaba a construir un foro donde se discutiera los destinos de la lengua: sus usos, su comercialización, su forma de ser enseñada en el mundo. Todo cabía en un anhelo: soberanía idiomática. Como corolario, se exhortaba a fundar un instituto que canalizara la discusión, cuya voluntad se cifraba en la propuesta del nombre: Borges.

---

1. Publicado en *De lenguas, ficciones y patrias*. Laura Malena Kornfeld (compiladora). Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2014, pp. 35-42.

Luego de su publicación, las adhesiones se multiplicaron y se consumó una de sus primeras pretensiones: iniciar la discusión. En distintos medios y en las redes sociales, corrían los tópicos del manifiesto. ¿Eran suficientes las razones que lo justificaban? En este mismo momento que escribo esta crónica, el diccionario automático de Word me dice constantemente que escribo mal, subrayándome con rojo las expresiones que desaprueba. No ignoro el motivo de esas correcciones: Microsoft adoptó los criterios normativos de la RAE, luego de un acuerdo económico que dejó a todos muy satisfechos. ¿Cómo pretende la RAE que, impugnando a todo quien escriba en una PC, no se alcen voces de protesta? El 70% de los «errores» que delata el *Diccionario panhispánico de dudas* son cometidos por hispanoamericanos. ¿Creyó la RAE que esto no suscitaría ninguna rebeldía? Este malestar es una querrela que ya atesora, en Argentina, casi dos siglos. Sus últimos episodios son notables; mencionaré algunos.

En su afán por constituirse en el catálogo común de los 500 millones de hispanohablantes, el *Diccionario* de la RAE terminó por emular una suerte de esperanto, ilusorio en las grandes ciudades hispanoamericanas. Quienes las habitamos, al ver que muchas de las genuinas voces que corren entre nosotros no son registradas en ese *Diccionario*, a menudo nos preguntamos con desconcierto si será que en verdad no existen. En México, advertido sobre la falencia, Luis Fernando Lara encaró la edición de un *Diccionario del español de México*. Por esta misma senda, en 2008 se publicó el primer *Diccionario integral del español de la Argentina*, que aunque presume que la clase media porteña representa *toda* la nación, inicia el camino hacia un diccionario más atado a la promesa de integralidad.

Basta una consulta al azar de este diccionario, para advertir que es mucho más adecuado para un hablante argentino; que al menos las palabras coloquiales que suele usar están registradas.

La RAE ya venía tomando nota de estas críticas y se le ocurrió que podía compensar las carencias con un *Diccionario de americanismos* (2010), cuyo error ya se adelanta en el título: postular que en América se habla un español *especial* —regional y característico—, mientras que el *usual* —general y correcto— se habla en España. Este libro crea la sensación de que existe un idioma y un dialecto, y aunque la RAE lo niega, insiste en este tipo de publicaciones. De mejorarse un poco, este *Diccionario de americanismos*, que la Asociación de Academias imprime con resignación, terminará sirviendo como diccionario integral. Pero el problema no es solo que el *Diccionario* de la RAE contenga más españolismos que americanismos, sino que en esa perspectiva lexicográfica sigue actuando la idea de una metrópoli colonial (Madrid) y luego sus colonias; un centro y sus periferias.

Ese mismo año (2010), y a partir de las investigaciones de José del Valle (2002; 2007), Josefina Ludmer observó que el imperio se convirtió en lengua a partir de 1990, ya transformada en pura mercancía. Una mercancía desplegada en un territorio transnacional, pero definido desde un centro. Por un lado se presenta a la lengua como un bien común —similar el agua, el aire, el petróleo—, como una suerte de subsuelo cultural inalienable, pero luego ese recurso *de todos* es convertido en dinero, y ya el dinero no es común, no es plural, no se respira como el aire. La vieja unión colonial ahora es posible solo si se logra persuadir de una unión lingüística, para la cual el lema

*unidad en la diversidad* cae como anillo al dedo. La unidad es indispensable porque la consumación efectiva del imperio es sobre la base de la unificación. La diversidad es el decorado. La nueva organización imperial aparece tras nuevos vestidos, pero sigue siendo la misma:

El territorio de la lengua está organizado jerárquicamente como un imperio más o menos clásico, con un centro real, la Real Academia Española (la autoridad lingüística que legisla la lengua y la unifica: el poder legislador del territorio), y una cantidad de «correspondientes»: América latina es el sitio de las correspondientes. La estructura del imperio en el territorio de la lengua: uno arriba, la autoridad (y una nación), y muchos abajo (una región).<sup>1</sup>

Si la *unidad* es el principal objetivo de una política lingüística —agrega Ludmer— es porque la *diversidad* es el principal objetivo del mercado. La mayor diversidad del consumo es garantía de mayor diversidad de ganancias. Lo que no es diverso es el usufructo.

Al año siguiente, 2011, aparecieron otras dos críticas memorables a la RAE y a sus satélites. La primera en Barcelona, cuando Silvia Senz y Montserrat Alberte editaron *El dardo en la Academia*, un dardo destinado a «perturbar las mansas aguas del debate sobre la planificación del castellano, en cuya quieta superficie las academias de la lengua proyectan su imagen pública»<sup>2</sup>. La segunda sucedió en Buenos Aires, en noviembre, cuando se inauguró el Museo del Libro y de la Lengua (Biblioteca Nacional). El acto contó con la presencia y oratoria encendida de la

1. LUDMER 2010, 190.

2. SENZ Y ALBERTE 2011, 19.

presidenta de la Nación. El nuevo museo fue otro dardo, ya desde el bautismo: la lengua a *custodiar* no tenía nombre, o mejor dicho, no se confesaba que fuera la *lengua española*. En Madrid, esa osadía fue impugnada a través de algunos periódicos, que señalaban la insolencia de no haber consultado a la Corona para la apertura de un museo semejante, y alarmaban por el cisma que podía deparar la resistencia a llamar *española* a la lengua. La discusión por el nombre no era nueva, pero en ese momento volvió a estar en vigencia. El tránsito en el que la lengua pasó de llamarse *castellana* a *española* no fue inocente; el nuevo museo no desconocía los motivos de esa mutación. Al año siguiente (2012), en septiembre, y a raíz de un intercambio con la Biblioteca Nacional, la Universidad Nacional de General Sarmiento inauguró su propio Museo de la Lengua, que ahora recoge toda esta discusión. Tampoco este museo nace como un correspondiente de la RAE.

El lunes 7 de octubre, pocos días después de haberse publicado el manifiesto, bajo uno de los murales del Museo del Libro y de la Lengua, se produjo el primer encuentro en torno a los puntos vertidos en el documento. El tono fue asambleario y ahí surgió la discusión por el nombre del instituto. Para algunos, llamarlo Borges era una forma de alejarlo del resto de Hispanoamérica; para otros, en cambio, ningún otro nombre podía congregar las fuerzas necesarias para una iniciativa emancipatoria. Esa discusión aún palpita.

Ese mismo mes, octubre, se celebró en Panamá el VI Congreso Internacional de la Lengua Española. Como se sabe, son congresos más bien políticos, antes que científicos. Este abrió con una sección titulada «El libro entre el Atlántico y el Pacífico»; interesantísima discusión, no

cabe duda, si en las exposiciones alguien hubiera problematizado la grave situación de la distribución de libros entre hispanoamericanos. La hegemonía de editoriales españolas dificulta que los libros peruanos lleguen a Argentina, o que un uruguayo sepa lo que se edita en Venezuela, o un colombiano sea leído en Chile. El eje editorial es unilateral entre España y cada nación, desalentando una real integración hispanoamericana.

El sábado 19 de octubre, bajo el título «La batalla por el español», la revista *Ñ* publicó un extenso informe sobre el Congreso, que en muchos sentidos acompañaba los planteos del documento soberanista, sobre el que se recuesta su nota principal: «La conquista del idioma». Batalla, disputa, conquista, el grupo *Clarín* sabe bien las metáforas que son más apropiadas al tema y conoce el campo de operaciones donde se dirime la lengua, porque participa activamente de los dividendos que ella genera, y a menudo dispara contra la RAE, como sucede en este informe. El escritor colombiano Fernando Vallejo, por ejemplo, dice: «España es una provincia anómala del idioma, de la que podemos olvidarnos [...]»<sup>1</sup>. Se trata de una provocación, pero no carente de antecedentes. Vallejo juzga al *Diccionario* de la RAE como un libro acientífico, católico, monárquico y mezquino, casi siempre equivocado en cuanto al habla de los hispanoamericanos: «La palabra “americanismo” debe desaparecer porque nosotros somos el idioma. La que tenemos que introducir entonces es “españolismo” para designar lo que es propio de España, o sea lo anómalo»<sup>2</sup>.

Pero el informe también traía, a modo de alegato, unas breves declaraciones de Víctor García de la Con-

1. VALLEJO 2013, 5.

2. *Idem*.

cha, quien, luego de que se le pida la opinión sobre el documento, declaró:

No me sorprende porque conozco al núcleo que lo impulsa. Es una actitud respetable pero es contradictorio desde el título, porque nosotros desde España no estamos reclamando ninguna soberanía idiomática. Si alguien la reclama, es su línea programática y su responsabilidad. Lo que sí hay es una inteligencia poco rigurosa.<sup>1</sup>

La respuesta no pudo ser más transparente: España no reclama ninguna soberanía sobre la lengua, porque nunca creyó que alguna otra nación pudiera ostentarla. La soberanía la reclaman aquellos que sienten que algo les está siendo expropiado. Pero el informe de Ñ contiene aún más. También le concedió un espacio al uruguayo Ricardo Soca, quien escribió en torno a la Asociación de Academias de la Lengua Española, a la que encuentra como un mero órgano subalterno de la RAE. Por la distribución asimétrica del poder entre el socio mayor y el resto de sus miembros, ASALE —dice Soca— es una entidad ficticia, que funciona al compás de los designios de su artífice y rectora.

La asociación actúa bajo un férreo control de Madrid, al servicio, pues, de los intereses comerciales y diplomáticos del reino de España, que no necesariamente habrán de coincidir con los de los otros veintiún países representados por las academias «hermanas».<sup>2</sup>

---

1. GARCÍA DE LA CONCHA 2013, 6.

2. SOCA 2013, 7.

Soca también nos recuerda que el carácter subalterno de esta Asociación ni siquiera se solapa en sus primeros estatutos: «Art. 2. Las Academias Correspondientes de la Real Academia Española reconocen que esta es, por derecho propio, la llamada a dirigir esta labor colectiva de defensa y promoción del idioma castellano». Los estatutos cambiaron en 2007, pero empeoraron: el artículo 15 ordena que «El Presidente nato de la Asociación de Academias de la Lengua Española será el Director de la Real Academia Española». Pero no solo la dirección queda en España, también el control de las finanzas: «El Tesorero será un miembro de número de la Real Academia Española, nombrado por la Junta de Gobierno y ratificado por el Pleno de esta Corporación», reza el artículo 17. Soca conoce bien el poder persuasivo de la RAE, porque fue ella misma, junto con el Grupo Planeta, quien lo intimó a quitar contenidos de *elcastellano.org* —página que Soca edita desde hace años— con el pretexto de que eran contenidos de «su propiedad».

Un interrogante que nos hacemos, cada nuevo congreso, es por qué los inaugura y preside el rey de España. Esto solo es posible porque las academias de la lengua —de raigambre monárquica— son estructuras ajenas a los estados americanos —de origen republicano—; actúan como verdaderos ministerios de educación, en cuestiones lingüísticas, pero no pasan revista a los parlamentos de cada nación, sino al monarca. La política panhispánica no fue discutida en los parlamentos democráticos, sino en la mesa chica de la RAE. Son políticas verdaderamente paraestatales, aunque sus consecuencias culturales y económicas afectan directamente a los Estados. Las naciones emancipadas de Hispanoamérica no

han descubierto aún —como ya lo advertía Juan María Gutiérrez en el siglo XIX— el instrumento privilegiado de su difusión: la lengua.

Durante la clausura del Congreso, en Panamá, Horacio González escribió una crónica enhebrada en la siguiente pregunta: «¿Congreso de la lengua? Sí, pero con énfasis en la lengua de negocios [...]»<sup>1</sup>. Era una descripción precisa de lo que había ocurrido y sorprendió a todos al presentar como contrapeso los anhelos del insipiente movimiento soberanista: «La discusión sobre el Instituto Borges en nuestro país no pretende ejercer normatividades, forjar planes educativos ni regir los meandros de la industria cultural. Este instituto es un ámbito de debates»<sup>2</sup>.

Pero ese año, 2013, aun traería un episodio más. En diciembre la RAE presentó *El buen uso del español*, que podríamos soslayar si no fuera el tipo de publicaciones que más representa a la institución y mejor difunde su misión en el mundo: enseñar que hay un modelo de *buen español*, que ese modelo es patrimonio natural de España. La Real Academia ya no suele decirlo con estas palabras, y en su lugar dice que es el panhispánico pueblo el que crea la norma, y no ella, que se limita a recogerla del *aire*, como reza la primera línea del nuevo manual: «La norma, como el aire, se halla presente en todos los instantes de nuestra vida»<sup>3</sup>. Los hablantes de la lengua somos unos 500 millones, como la misma institución se encargó de contabilizar. La única forma de presuponer que hay un modelo

1. GONZÁLEZ 2013, 33.

2. *Idem*.

3. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA y ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA 2013, XIV.

para todos es encajándonos en un modelo artificial. ¿Es acertada la metáfora de equiparar la norma con el aire? Cuanto menos es reveladora de lo que la RAE promulga como ideología lingüística: suponer que las decisiones que toman deliberadamente son reglas que emanan de la naturaleza.

## ¿SOMOS DUEÑOS DE NUESTRA LENGUA?<sup>1</sup>

Esta pregunta puede parecer una contradicción, pero si la intentamos responder resultará una sorpresa. Comencemos a hacerlo apelando a un libro para niños. En un extraordinario diálogo que leemos en *Through the Looking-Glass*, Alicia le informa a Humpty Dumpty que una palabra que acaba de decir no significa lo que él cree que significa. Humpty Dumpty asegura que cuando él usa una palabra significa lo que él quiere. La cuestión, objetó Alicia, es saber si él *puede* hacer que las palabras signifiquen lo que él quiere. La cuestión, concluyó Humpty Dumpty, es saber *quién manda*.

¿Quién manda en nuestra lengua? Que su nombre haya mudado de *castellano* a *español*, acompañando las decisiones de un Estado, ya es un indicio. Esa mudanza no careció de razones filológicas, pero sin la fuerza de ese Estado no hubiera habido mudanza. Como enseñó Max Weinreich: una lengua es un dialecto con un ejército y una flota. Manda el reino de España, más precisamente Madrid. Esta afirmación puede entrecomillar-

---

1. Publicado en *Todavía*. Revista de Pensamiento y Cultura en América Latina, N° 32. Buenos Aires, Fundación OSDE, Segundo semestre de 2014, pp. 26-31.

se, pero no es inexacta y se puede demostrar. Hablamos español unas 500 millones de personas desparramadas por el mundo, de las cuales el 90 por ciento residimos en Hispanoamérica. La organización de esta lengua, sin embargo —organización dada por el *Diccionario, la Gramática* y la *Ortografía*, además de los diversos manuales de estilo y pautas de corrección— se cocina en España. Esta acepción metafórica de *cocinar* no se usa allá, pero de este lado del Atlántico sabemos bien qué significa. Para este tipo de acepciones y para las palabras que son corrientes entre hispanoamericanos, España nos concedió un *Diccionario de americanismos*, acaso para no escucharnos protestar más, y donde podamos poner todas nuestras cosas *dialectales*. El dato peculiar de que esa forma dialectal es la del 90 por ciento aún no conmueve a la Real Academia. Entre algunos lingüistas, medio en broma, se dice que el *Diccionario de americanismos* debiera ser el oficial de todos y el *Diccionario* de la Real Academia, en cambio, de españolismos. Lo cierto es que la casa matriz sigue considerando a América, en materia idiomática, como la región donde se desparraman sus colonias y donde el idioma se desnaturaliza.

Estos tres instrumentos que regulan la lengua en sus aspectos léxicos, sintácticos y ortográficos son consensuados supuestamente por las corporaciones que conforman la Asociación de Academias de la Lengua Española, pero basta echarles una ojeada para advertir que el criterio para establecer la norma es el que impone una sola de ellas: la RAE.

Desde el *limpia, fija y da esplendor* a la lengua, hasta el actual eslogan de buscar la *unidad en la diversidad*, la RAE fue aggiornándose a los tiempos modernos, pero solo a

los efectos de que el dominio central y peninsular sea más efectivo. La imposición ahora no es coercitiva, es consensuada, y los resarcimientos para ese consenso son muy atractivos. Lo supo bien Juan María Gutiérrez cuando rechazó, en 1876, ser miembro correspondiente de la corporación, para no quedar atado al yugo que impone la gratitud.

¿Pero qué es la RAE? Recurramos a una explicación pedagógica. La Real Academia Española es, como su nombre lo indica, una institución monárquica: la autoridad máxima es el rey. Por debajo de él está el director de la RAE, que a la vez preside la ASALE. Estas academias, en teoría, son autárquicas y designan autoridades sin consultar a nadie, pero sin dejar de consultar a la RAE, que responde al rey. Un círculo perfecto, que las repúblicas democráticas hispanoamericanas no advierten, porque no se quejan, o si se quejan no se oye. Es decir que, de algún modo, los 500 millones que hablamos español aceptamos los *correctivos* del rey. Esta deducción puede parecer hiperbólica, pero no puede ser más gráfica. Si no es así, ¿por qué todos los congresos internacionales de la lengua los preside el monarca español?; ¿será porque cree que su función natural es reinar sobre sus dominios?

De las 22 academias que conforman la ASALE, 20 son americanas, pero solo una —que no está entre estas 20— decide el trazo grueso de la política. Otro tanto sucede con el Instituto Cervantes, abocado a difundir por el mundo la cultura y la lengua no solo de España, sino también de Hispanoamérica, pero a cuyo director lo nombra el presidente del gobierno español. (Recordemos que Mariano Rajoy convocó a García de la Concha para *iberoamericanizar* el Cervantes).

A medida que España perdía progresivamente el territorio de América lo recuperaba por medio del control del principal instrumento de cultura. Logramos, es verdad, una independencia política, pero la autoridad idiomática sigue radicada en España y los libros se siguen imprimiendo ahí; nuestras bibliotecas están llenas de trabajo español: de allá son las traducciones, de allá los derechos, de allá las grandes firmas editoriales. La lengua es un bien intangible, pero sus ganancias se cuentan en moneda contante y sonante. El idioma es de todos; la riqueza que genera, no. Para los preámbulos y el protocolo, tiene varios centros; para establecer su norma y explotar su riqueza, tiene uno solo. España no cuenta con petróleo, pero dispone del usufructo de la lengua, la que comercia en el resto del mundo como si fuera crudo. Los pozos ya no están en España, pero como para algunas cosas la lengua es un *bien común*, es como si lo estuvieran. Los propios hispanoamericanos legitimamos que el centro de regulación de nuestra lengua esté en Madrid. Ante un pleito idiomático o una duda de definición, desde principios del siglo XIX hasta el día de hoy, tendemos a peregrinar al Palacio del Marqués de Villena, para dar con la respuesta.

La vocación imperial de España en Hispanoamérica se mudó del control de la tierra al control de la lengua, porque el dominio de la lengua es el control en las comunicaciones, en las ediciones, en las traducciones, en la prensa y en todo aquello en que esté la lengua como intermediaria. De aquí que sea lógico que una de las mayores patrocinadoras de la RAE sea Telefónica. El control de la lengua no es solo la pretensión del dominio en la cultura que emane de ella, es también el privilegio

sobre los bienes económicos que genera. La enseñanza del español en el resto del mundo, por ejemplo, es uno de los negocios actualmente más atractivos. Unos 18 millones de alumnos estudian español como lengua extranjera: lo hegemonizó España. ¿De qué modo? A principio de la década del 90, creó el Instituto Cervantes, cuyo objetivo confeso fue la promoción y la enseñanza de la lengua española. El objetivo que ejerce de hecho, en cambio, es el de una vigorosa política expansionista de antiguo corte imperial, pero bajo métodos modernos. El Cervantes está presente en 86 ciudades de 43 países, repartidos en los 5 continentes. Su director jamás dirá que está encargado de imponer como norma la variedad de una región determinada, promocionar los productos de un Estado y difundir los valores de la monarquía. Sin embargo —y para muestra basta un botón— hace poco se había pautado la presentación de *Victus*, una novela del catalán Albert Sánchez Piñol, en la sede del Instituto Cervantes de Utrecht (Países Bajos). Luego se enteraron que versaba sobre el asedio de Barcelona de 1714 por las tropas de Felipe V. Es decir, que reavivaba la polémica entre castellanos y catalales. Cancelaron la presentación. La embajada española en ese país adujo las «connotaciones políticas» de la novela. El Cervantes es especialista en promocionar eventos de altísimas connotaciones políticas, pero solo afines a la política del Estado español.

He aquí una tríada RAE-ASALE-Cervantes que, sumada a las grandes editoriales españolas, también con fuertes lazos y acuerdos con el gobierno de España, componen una auténtica base naval del español en todo el mundo. No todos los hispanoamericanos hemos aceptado mansamente esta hegemonía española. Aún pervive

la intención del venezolano Andrés Bello de una *Gramática* destinada al uso de los americanos; hoy México cuenta con su *Diccionario del español de México*, así como Buenos Aires dispone de un *Diccionario integral del español de la Argentina*. Son emprendimientos aislados, pero que se enmarcan en una sostenida voluntad de soberanía idiomática. Los argentinos hemos sido pioneros en esta voluntad y, desde los ensayos emancipadores de los jóvenes románticos del siglo XIX, hasta el reciente manifiesto «Por una soberanía idiomática», hemos sostenido una larguísima querrela para disponer libremente de la lengua que hablamos. Víctor García de la Concha, actual director del Cervantes, calificó de «una inteligencia poco rigurosas» la que se lee en el reciente manifiesto argentino. Sin duda es poco realista, pues lo que está puesto en cuestión es el rey y la realeza, además de la ortodoxia, el énfasis normativo y la presunción de propiedad que emana de la RAE —aunque lo amenicen con cenas de camaradería y aderecen con sonetos de Quevedo—. El lema *unidad en la diversidad* tal cual lo concibe la RAE requiere un centro, garante de la unidad y gendarme: ese centro está en Madrid. La pantomima del pluricentrismo no es más que para complacer a las voces díscolas, ni siquiera a las academias restantes, enamoradas de su condición de correspondientes. Pluricentrismo, por un lado; pero por otro, el sonido de la zeta es /z/, reza el *Diccionario panhispánico de dudas*, excepto en zonas de seseo, donde se pronuncia /s/. Esas zonas de seseo, Hispanoamérica, somos el 90 por ciento restante. ¿No es un porcentaje considerable para reducirlo a una *excepción*? La regla la marca un 10 por ciento. Insisto con los porcentuales, no porque crea que una mayoría deba imponer su criterio,

sino porque llama la atención el modo radical en que lo impone una minoría.

¿Se merece la RAE ser cuestionada? En la inminente nueva edición de su *Diccionario*, veremos curiosas modificaciones en términos como «referéndum», «autogobierno», «soberanía» o «estado de guerra», modificaciones que la RAE no resuelve atendiendo a criterios estrictamente lexicográficos, sino a cómo pueden incidir en el ámbito político y jurídico del proceso catalán o de otras realidades similares. Los tribunales de justicia toman las definiciones del *Diccionario* de la RAE para dirimir conflictos de interpretación, de modo que el sentido que se les dé a esas palabras no es ingenuo, ni irrelevante. En la vigésima segunda edición del *Diccionario* —la lingüista Silvia Senz me lo comenta en un mail— tenemos la entrada *soberanía nacional*, definida de esta manera: «f. La que reside en el pueblo y se ejerce por medio de sus órganos constitucionales representativos». En la inminente vigésima tercera edición —la que está saliendo en estos días— la entrada se suprimió. Es, como se ve, una forma muy científica de hacer política.



## De la riqueza del español<sup>1</sup>

Acaba de presentarse la última edición del *Diccionario de la Real Academia Española* (2014) y de repetirse la ovación por la incorporación de miles de voces nuevas. Además de la propia Academia, la prensa española en general y el Instituto Cervantes gritan la cifra como orgullosos por el descomunal peso de la criatura. El número de artículos ascendió a más de 93.000, casi 9.000 más que los que ostentaba la edición anterior. Para la RAE, la lengua que hablan unos 500 millones de personas —el dato gordo también es de ellos— despliega «en uso» más de 93.000 voces. ¿A qué se debe la jactancia por la cifra?

A fines de la década de 1920, Borges razonó bien al denunciar que las 60.000 palabras que imprimió el *Diccionario* de la RAE —el de aquel entonces— era una aparente superioridad aritmética que encubría una palmaria pobreza lógica. Llamar a eso «riqueza del español», agregó, era nombre eufemístico de su muerte. La mayor parte de esa cifra eran ausentes o difuntos. La acumulación de

---

1. Publicado bajo el nombre «El nuevo diccionario: cadáveres y fantasmas», en *elcastellano.org*, página dirigida por Ricardo Soca. Domingo 19 de octubre de 2014. Bajo el nombre «De la riqueza del español», y ligeramente reducida, se republicó en *Página 12*. Buenos Aires, martes 4 de noviembre de 2014, p. 14.

voces y acepciones no servía entonces, como no sirve ahora, para demostrar la riqueza del español. De eso se anotició bien una fábrica de juegos de mesa, que tramó con esa broma el *Bleff: el juego del diccionario*. La gracia consiste en adivinar los significados de tantas palabras, pues rara vez se logra. Si usted, lector, cree conocer la lengua que habla, que es suya y que a nadie rinde cuentas al usarla, intente jugar alguna partida al *Bleff* y se sorprenderá de cómo la RAE le recuerda, humillándolo, lo mucho que la ignora. De modo que, o bien los hablantes desconocemos el 90 por ciento de palabras que constan en el *Diccionario*, o bien este registra una lengua que no se habla.

Desde que la RAE imprime su *Diccionario* (1780), fue acumulando voces hasta que razonó que, de seguir con ese engorde, habría que concebir un volumen con ruedas. Entonces se desdobló, separó las voces en desuso y las imprimió aparte. La solución tuvo asidero considerando que la hechura de un diccionario era inseparable de su encuadernación. Hacer un libro voluminoso es caro; tornarlo manual es imposible; sostenerlo en la biblioteca, peligroso. Desde que el *Diccionario* se consulta online, hace apenas un lustro, esta discusión carece de sustento. Ahora la RAE, si quiere, puede poner a disposición de todo el mundo el catálogo completo de voces que se usan y que se usaron desde el año cero del idioma. Lo puede hacer por una sencilla razón: da lo mismo acumular digitalmente en una base de datos 93 mil artículos, que 93 mil millones; pesan casi lo mismo. ¿A qué se debe, entonces, las fotos que muestran al director José Manuel Blecua en los talleres de encuadernación, orgulloso de acoger un volumen que apenas puede sostener entre las

manos? ¿Por qué la felicidad asociada a un macizo que ascendió a 2376 páginas? Se debe al viejo anhelo de demostrar el carácter imperial de la lengua: no hay otra razón. Es un anhelo compadrón, si se quiere, pero falaz. Ni en 1925 se usaban 60 mil voces, ni hoy se usan 93 mil, ni es dable imaginar que dentro de una década usaremos 9 mil voces más, y por tanto seremos 9 mil veces más ricos. Es probable, sí, que se invente un nuevo juego para entretenerse con la desproporción del número. Los métodos lexicográficos de la RAE siguen siendo tan lúdicos como antaño, aunque hoy con el agravante de que siguen anunciando la incorporación de más y más americanismos, desoyendo que el español hablado en Hispanoamérica no es un dialecto y que los hispanoamericanos terminaremos por adoptar ese consolador *Diccionario de americanismos* como nuestro auténtico diccionario integral del español, relegando el *Diccionario* de la Real Academia para cuando queramos desasnarnos sobre algún españolismo.

Es una fiesta contemplar el modo en que la RAE se alarma del peligro que amenaza la riqueza del idioma, al mismo tiempo que imprime, en cada nueva edición, un *Diccionario* más gordo, anunciador de una vida más próspera. O miente en lo primero, o miente en lo segundo. No es difícil concluir que miente en ambos casos, pues la lengua no está amenazada —o lo estuvo siempre, y por tanto vive de esa amenaza—, ni avasalla a otras por el número de voces que acumula un diccionario. Amenaza y dominio son dos cosas que desvelan a la RAE, y que terminaron conduciéndola a tomar la siguiente decisión.

No es que la lengua española no cuente con 93 mil voces, solo que para decretar esa cifra la RAE tuvo que

imaginar, con 500 millones de hablantes, una comunidad abstracta y homogénea. Esta cifra privilegia esa abstracción en desmedro de las comunidades reales de la lengua, pues de lo contrario no debería imprimirse uno, sino varios diccionarios, que aspiraran a ser más fieles al léxico de las distintas regiones del idioma. La unidad celebrada del *Diccionario* oculta el real pluricentrismo del español. Pero basta abrirlo para ver que esa unidad no se tramó tanto a partir de una abstracción neutra, sino a partir de una región determinada. Es una abstracción, digamos, muy localista. El *Diccionario* de la RAE suele ser satisfactorio para un madrileño, pero insuficiente para un porteño, un limeño, un bogotano. Al *Diccionario* le sobran páginas y le faltan palabras. Es esa la sensación que tiene el lector cada vez que lo abre. La palabra que busca, a menudo, no está, pero en su lugar hay diez palabras que ignora. El costo de perpetuar la ilusión de homogeneidad es un ejemplar amorfo: obeso y a la vez desnutrido.

La pretensión de un diccionario que aunara a todas esas regiones tenía dos caminos: o bien un ejemplar que reuniera todas las voces en asentado uso —un ejemplar que tendería horrorosamente hacia el infinito—; o bien un volumen regional, con agregados caprichosos y parciales de las regiones *periféricas*. Esta última opción es la que adoptó la RAE. Digo la RAE porque, aunque dicen ser 22 las academias (la ASALE) que componen el *Diccionario*, sabemos que es una la que manda el borrador definitivo.

La riqueza de la lengua, entonces, parece una metáfora, pero debe leerse como una literalidad. Cuando la RAE dice que el español es una lengua rica, no se refiere a una riqueza cultural, sino a una lengua que genera mu-

cho dinero. Ese dinero proviene de las diversas formas en que se la comercializa: enseñanza del idioma en países extranjeros, publicación de libros, traducciones, comunicaciones, etc. La riqueza es infinita, pero la ruta hacia donde marchan sus frutos es unitaria. La diversidad es de la lengua, no del usufructo. Sin esta aclaración no se puede comprender bien por qué a la RAE le interesa seguir proyectando la ilusión de un *Diccionario* panhispánico, y celebrando, con cada nueva edición, la dilatación de sus fronteras.



## El español neutro<sup>1</sup>

El *Diccionario* aún no lo define, quizá, por el oprobio que le provoca un crío que sospecha propio. No existe aún su registro, pero ya sabemos de su prontuario; el español neutro no carece de léxico, de fonética, de sintaxis: carece de un suelo. Llamarlo a menudo *español internacional* alude mejor a su atopía. Carece de un suelo, pero no de artifices. Su neutralidad declamada es mera jactancia de lo que le falta: neutralidad. El usufructo de su creación lo embolsan las compañías de entretenimientos, las productoras televisivas y las empresas de doblaje, pero la paternidad está en otro lado: hay que buscarla en los manuales de estilo, las gramáticas normativas y el diccionario canónico. El principio sobre el que trabajan es el mismo: imaginar un modelo y encajar en él lo diverso.

Es que en la médula del español neutro no solo está el afán de lucro, sino también el de corrección y el de imperio. Si el español es pluricéntrico, concebir una koiné es postular que alguna de sus regiones es más auténtica que otra, pues esa neutralidad no surge de un batido democrático que tritura un poquito de cada

---

1. Publicado en *Casi lo mismo. Alrededor de la traducción*. Biblioteca Nacional, Museo del Libro y de la Lengua, abril de 2015, pp. 15-16.

fruta: no. Se hace sobre la base de que hay una variedad más pura. La neutralidad es más bien tendencia.

La contracara de un diccionario como el de la RAE, voluminoso, españolista y florido, es el auspicio colateral de este español neutro, porque aunque los académicos lo repudien, so pretexto de que hay una forma más rica de habla, al gestar modelos a imagen y semejanza del español peninsular, alientan que los 500 millones de hablantes dispersos por el mundo encajemos en la variedad que campea mayormente en Castilla. El hijo autista y parco apodado *léxico neutral* resultó ser hijo imprevisto del padre catedral y barroco conocido como DRAE. Es curioso, además, que al mismo tiempo que se celebra la cuantiosa cifra de 500 millones de hablantes, dando a entender que estamos ante una lengua transnacional, se auspicie una forma transnacional de usarla. O bien hay algo raro en aquella cifra, o bien algo innecesario en esta última pretensión. Ni lo uno ni lo otro. El asunto de fondo no es lexicográfico: es comercial.

Hablar de porcentajes en un tema tan inconmensurable como la lengua puede parecer un despropósito, pero es la clave para descifrar la naturaleza de un problema cuyo corazón es normativo, monárquico y rentístico. No habría necesidad de hablar de un español neutro, si no existiera la pretensión de maximizar los réditos que da la lengua sin más.

Las mejores traducciones argentinas —la que Borges hizo de Faulkner, la que Salas Subirat hizo de Joyce, la que Pezzoni hizo de Melville, por solo citar algunas— son apreciadas en otras partes del mundo por no adolecer de neutralidad, aunque prescinden de las marcas que comúnmente se identifican al habla de los argentinos —

*boludo, che o amarrete*—. El tono local se siente al final de alguna frase, imperceptible y ligero. Están tramadas con un español de Buenos Aires, sí, pero ligado a la tradición del libro, tanto como a la conversación urbana; capaz del vuelo sugerente de lo poético como del andar prístino y llano; no es pedante, sino cordial; evita la cabriola sintáctica, pudiendo decir de un puntazo. Acaso eso que hoy se llama neutralidad, mejor hubiera sido para todos que surgiera de esas traducciones, que también fueron posibles en Cuba, en México, en Chile. Imaginar la posibilidad de un español que, no por ostentar personalidad, abandonara su vocación hispanoamericana. En la neutralidad, en cambio, la vocación es de lucro, pero surgida de una mala sociología. Veamos.

Para exportar una obra no es indispensable castrar su lengua. Las novelas de Cortázar, de García Márquez, de Fuentes —en el popular movimiento que las regó por el mundo— no carecían de matiz porteño, colombiano, mexicano; ese regionalismo no horadó las chances de difusión. ¿Qué estudio ha arrojado el dato duro de que los lectores de novelas en lengua española reclaman, desean y necesitan que se les aliviane la tarea interpretativa aligerando la lengua de su variedad característica? Esa información no existe: la imponen maquinalmente las productoras de contenidos y los dueños de multimedios, sobre la base de una presunción falsa. ¿Quién no ha visto llorar a su madre, frente al televisor, enamorada del tono de voz del protagonista? Una voz neutral no emociona.

Para cualquier hispanohablante, oír el español neutro es como oír cualquier otra variedad del español: no nos resulta menos pintoresco, aunque sí más artificial. Tampoco lo comprendemos más, porque como sucedió con

otras lenguas de laboratorio, al no enraizar carecen de potencia expresiva. He aquí el frente letal con el que se está encontrando el neutro, acaso el único mal que amenaza a una lengua: su impotencia.

## La lengua de la querrela<sup>1</sup>

En el VII Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrado a mediados de marzo de este año en Puerto Rico, el presidente del Instituto Cervantes, Víctor García de la Concha, anunció que se había elegido ese evento para poner «en marcha efectiva» el SIELE, al que calificó de «un proyecto ambicioso», y al que, promovido inicialmente por el Cervantes, la Universidad Autónoma de México y la Universidad de Salamanca, se le sumaba ahora la Universidad de Buenos Aires. El anuncio fue una sorpresa para muchos argentinos —esos mismos que, en palabras de don Víctor, siempre habíamos «subrayado el carácter de idioma nacional»—, pero también para la comunidad de la UBA, cuanto menos para sus alumnos, docentes y decanos, que recién entonces se enteraban de semejante memorándum de entendimiento entre América y España.

El SIELE es el Servicio Internacional de Evaluación de la Lengua Española que certifica el grado de dominio del idioma de cualquier persona del mundo, a través de una plataforma virtual. El sesgo europeísta del examen parecería decirnos que ya no hay tiempo para la farsa del

---

1. Publicado en *Club de Traductores Literarios de Buenos Aires*, página dirigida por Jorge Fondebrider. Buenos Aires, 9 de junio de 2016.

panhispanismo. No obstante se concentrará inicialmente en Brasil, Estados Unidos y China, lo que nos permite sospechar de la calidad del servicio, pero no de la habilidad del Cervantes para hacer muy bien los números.

Por el dinero que calculan que ingresará a este sistema —desembolsado por la friolera suma de unos 300.000 candidatos iniciales, a 150 euros per cápita— el memorándum era un negocio lo suficientemente atractivo como para que los argentinos nos enteráramos en Puerto Rico, de boca de García de la Concha, que respaldaríamos una evaluación hecha a medida del Cervantes, patrocinada por su empresa de bandera: Telefónica. Porque de esto se trata: no será la Facultad de Ingeniería o de Informática de alguna de las universidades involucradas las que se quedarán con la plataforma virtual —el corazón del sistema—, sino una empresa española. Vincular la nueva avanzada del capital español en América no es más que intentar comprender mejor las cuestiones que atañen a la lengua.

Después supimos que el acuerdo había sido a golpe de telefonazo entre García de la Concha y el rector de la UBA, el señor Alberto Barbieri, entre gallos y medianoche, y que recién fue refrendado por el Consejo Superior de la UBA el 30 de marzo, cuando el VII Congreso ya había terminado y el Cervantes, aunque el «servicio de evaluación» todavía no había comenzado, ya lo anunciaba como «de gran prestigio y reconocimiento internacional». Todo nos sugiere pensar dos explicaciones posibles: o bien el rector fue persuadido de la enorme trascendencia del acuerdo —nada menos que la enseñanza «legítima» del español en el resto del mundo— y se lo exhortó a precipitar una respuesta; o bien no tenía mucha idea de

lo que implicaba este certificado y presumió que, para una cosa tan aparentemente inofensiva y altruista, ni siquiera ameritaba consultar con los propios docentes de la UBA que integran el Certificado de Español: Lengua y Uso (CELU), que es el examen reconocido oficialmente por la República Argentina.

A riesgo de parecer ingenuo, me inclino a pensar en esta segunda explicación, pues en el ámbito del sentido común, no se percibe la disputa que existe con las instituciones reguladoras de la lengua española en el mundo. Las políticas de planificación de la lengua, la ofensiva del Cervantes y el nuevo desembarco de España en América no se vive como conflicto, sino como gozo desbordante del idioma, triunfo de la cultura letrada y prosperidad ilimitada. La voz de la RAE no se cuestiona, porque ni siquiera se percibe que sea *una voz*, sino más bien las reglas de la lengua que descienden prístinas desde el cielo.

Pensemos ahora en el campo de aquellos que tienen un trato profesional con la lengua: traductores, críticos literarios, profesores universitarios. A menudo se valen de las normativas de la RAE como el lugar natural donde ir a disipar las dudas idiomáticas. En muchos casos se trata de artistas o profesionales que provienen de corrientes políticas progresistas, que tienen una visión crítica del mundo o cuanto menos de sus formas mercantiles; y sin embargo no advierten la querrela en curso. Los trabajadores y especialistas de la lengua, en Puerto Rico, no estaban interpelando la cerrazón que se proyecta sobre la diversidad, como consecuencia de la forzada globalización de la lengua, estaban besándole la mano a la reina.

Esta situación nos revela el peligro de que el discurso descolonizador de la lengua —que va desde una ponen-

cia sobre imperialismo lingüístico hasta una monografía sobre la rentabilidad del español— se esté constituyendo en un discurso específico; esto es, un relato técnico que actúa a nivel de la propia disciplina que alimenta y que difícilmente trascienda la frontera que se autoimpone. A esta conclusión podemos llegar por los escasos resultados que ese discurso produce, o lo suficientemente escasos como para que un rector no advierta la real dimensión del asunto.

El hecho de que el discurso descolonizador no tenga incidencia ni en el sentido común, ni en el sentido general universitario, debería llamar la atención a quienes lo elaboran, pues tratándose de que su principal interés es describir un campo de disputa, participando a su vez en él, la pregunta por la eficacia del discurso es central. Si ese mismo discurso nos persuadió de que debemos abordar estos temas con metáforas bélicas —*La batalla sobre el idioma, El dardo en la Academia, Los dominios del español*—, el ansia de especialización no puede desplazar a la eficacia. En la arena donde se libra la batalla más relevante, ese discurso se percibe como un ruido de fondo, como una lejana voz quejosa que apedrea los extraordinarios vitrales de una catedral gótica.

Es muy probable que dentro del campo donde se recrea el discurso descolonizador, los querellantes ya hayan vencido con creces, mientras que son vencidos cotidianamente en el dilatado ámbito de la opinión pública. Refutar los sesgos de la RAE y denunciar su perspectiva monárquica en un *paper* ha sido una gimnasia que no se privó de la licencia, alguna vez, de la burla fácil: el mero apellido *De la Concha* nos deja muy a la mano elucubrar alguna obscenidad. En el dilatado campo de la opinión

pública, sin embargo, la RAE sigue cosechando los triunfos que emanan de la tradición, la constancia y la pompa con que acompaña todos sus eventos. Surge un problema lexicográfico, ortográfico o sintáctico, ya sea en un aula, un set de televisión o un tribunal civil, e inmediatamente se va a las publicaciones de la RAE, como quien consulta las tablas mosaicas. Sin embargo, es en el dilatado campo del sentido común donde se legitiman instituciones como la RAE o el Instituto Cervantes. Yo diría, incluso, que le hablan especialmente a ese campo y que si sus académicos de número insisten en dar el debate al interior de las disciplinas del lenguaje, es porque la derrota que ahí padecen no los afecta. Los lingüistas no católicos se ríen a carcajadas de instituciones como la RAE, pero ella saborea la venganza en las succulentas mesas de las librerías, donde sus producciones circulan como agua bendita. Si atendemos a que un producto como la *Nueva gramática de la lengua española* tiene tres versiones —la completa, de dos soberbios volúmenes; la manual, más modestamente encuadernada; y la básica, que cabe en el bolsillo de un escolar—, es fácil advertir que la RAE está interpelando a todos los públicos posibles: el del campo específico de las disciplinas del lenguaje, el del mundo universitario en general y el de la escuela primaria. La RAE sobrelleva con estoicismo las burlas de cualquier sociolingüista de izquierda, porque en los incontables agasajos institucionales que a menudo celebra recibe el aplauso cálido del público que aún cree en Dios.

Si el memorándum de entendimiento con la UBA fue posible de un plumazo es porque no se percibe la envergadura de esta querrela. No hace falta saber muchos más detalles de ese acuerdo transatlántico, basta con sa-

ber que fue posible, y si fue posible es porque el discurso descolonizador no está siendo percibido. Es un discurso, por tanto, que se fue encerrando sobre sí mismo y que, todo lo que ganaba en profundidad, lo fue perdiendo en anchura; cuanto más compacto y sólido se torna, más inexpugnable. Al mismo tiempo, la querella en el campo del sentido común la enfrenta, por ejemplo, la revista *Ñ*, con la cual podemos disentir en muchas cosas, pero podríamos estar muy cerca del modo en que cubre los avatares del centralismo español. Basta leer las notas de Guido Carelli Lynch o el espacio que el medio le cedió al díscolo de Ricardo Soca, para ver que ahí se encontró una lengua más eficaz y, quizá, un lugar más adecuado. No es raro que *Clarín* haya entendido que debía encararla frontalmente, pues ya hace tiempo que comprende la dimensión económica y política de la lengua. Disputa con el Cervantes en sus mismos términos, porque cree que en la mina a cielo abierto llamada *lengua española*, ellos también tienen muy activas sus propias excavadoras. Decir *Clarín* es decir también un conglomerado de negocios que va desde editoriales hasta medios audiovisuales, que tienen a la lengua como insumo principal. Es como si *Clarín* no se pudiera dar el lujo de discutir estos temas exclusivamente en los tranquilos estrados de los congresos. Nos recordó su vocación querellante cuando publicó su propio *Diccionario integral del español de la Argentina*. Que el eje de gobierno esté en Buenos Aires, en México o en Madrid, es indistinto para la percepción idealista de la lengua, no lo es para quienes administran una compañía telefónica.

Si la pregunta por la querella es la pregunta por la eficacia de la lengua querrellante, quizá sea indispensable

que el discurso descolonizador —de enorme y valiosa producción teórica— tenga un correlato en el debate público, principal escenario donde se crea y recrea el sentido común. Debatir también ahí donde el debate se produce y en una lengua capaz de describir de manera lúcida los problemas sin la tentación de escudarse detrás de una jerga.



## Lengua y emancipación I<sup>1</sup>

El pasado jueves siete de julio, en la jornada de cierre del Foro Universitario por el Bicentenario y bajo el lema «Lengua y emancipación», se conformó una mesa con las doctoras en lingüística Cristina Messineo y Mara Glzman, el ensayista Américo Cristófalo, el presidente de la Academia Argentina de Letras, José Luis Moure, y yo. Por esa deslucida cortesía que declina en comodidad, fuimos delegando el honor de cerrar la mesa, cayendo el privilegio en Moure. El hecho de que era el mayor o el de ostentar un título de presidente parecía justificarlo. A considerar por lo que dijo, aprovechó muy bien las ventajas de tener la última palabra: tranquilizó al público asegurándole que, si bien había una mala doctrina —la que esgrimimos quienes lo precedimos en la oratoria— también había una manera cristiana de encarar el asunto. La mesa comenzó entrando ya el mediodía y con la promesa de un loco al terminar, por lo que las exposiciones fueron breves y, como casi no hubo tiempo para réplicas, recurro a esta nota a modo de contestación intempestiva o botella que se arroja al mar.

---

1. Publicado en *Contexto. Otro diario digital*. La Plata, 17 de julio de 2016.

Veamos, ante todo, un fragmento de la buena doctrina de Moure. Aseguró que cosas como el manifiesto «Por una soberanía idiomática» —publicado por *Página 12* y en el cual estábamos implicados Américo y yo—, los cuestionamientos a las academias de la lengua y la insistencia en la actitud querellante eran «muy interesantes», pero estaban provocando un problema muy grave en la educación: las maestras ya no sabían cómo enseñar español en el aula. Las citas que hago no son exactas, porque buscan ser fieles.

Cuando ingresó por primera vez al edificio de la Real Academia Española, Moure se encontró con un espectáculo tan imponente que renunció a cualquier rebeldía y abrazó el fulgor de ese poder que, entonces, se le proyectaba como una luz del tamaño del cielo. Lo sé porque él se encargó de confesarlo en esta mesa, ahora, ya no tan emancipada. Yo aún no salía del asombro de que semejante anécdota se ventilara en este foro, cuando me desayuné con que el desconcierto de las maestras ante la enseñanza de la lengua se debe a la vigencia de una querella. Vamos a ver.

Para arribar a semejante conclusión hay que demostrar, primero, que las maestras están al tanto de que existe una disputa de poder en torno a la lengua, cosa tan improbable que nos impide derivar de ahí algún tipo de desconcierto. Si las maestras están en problemas —estado que no necesariamente constituye un problema—, entre las causas no se encuentra el hecho de que desnaturalicen la lengua o, en la línea argumental de Moure, la envenenen con la ponzoña de la soberanía. Dudo, por lo demás, que el modelo normativo esté en crisis, a lo sumo dejó de ser sencillo aprenderse de memoria los mamotretos

que imprime la Real Academia. Los alumnos, de todos modos, suelen formarse en una idea bastante homogénea y unidireccional de lo que debe ser la lengua. Si no la aprenden en la primaria, la aprenderán en la secundaria y, si no, queda el último recurso de la universidad. El discurso normativo está tan arraigado que se volvió imperceptible, incluso para los propios académicos que lo fomentan. A menudo se enfrentan a él como quien se desconoce en el rostro desangelado de un hijo. Me explico.

Se ha buscado muchas veces la relación directa entre decadencia del idioma español y falta de observancia de sus normas, pero a medida que crece la cantidad de libros preceptivos, crecen las alarmas sobre la decadencia. Lo que habría que investigar, ahora, es el impacto que tiene la industria de la estandarización en la pretendida pobreza del idioma. Me hubiera gustado preguntarle a Moure —recuerde, lector, que había un loco esperando— si arriesgaría una explicación en torno a cómo hizo Cervantes para escribir el *Quijote*, sin gramáticas ni manuales de estilo, pero como seguro tiene una respuesta para esto, le pregunto ahora cómo es que con tantas publicaciones normativas y con tantos siglos de Real Academia, parece alejarse cada día más la aparición de otra novela semejante. ¡Pero vamos!, no le podemos endilgar a las instituciones del orden el enorme poder de obtener una gran obra, me basta con advertir que su énfasis normativo colabora en que la lengua no tenga sobresaltos, ni gire como un rombo desorbitado, ni alumbre la expresión inesperada. Por suerte no todos los escritores siguen a pie juntillas los dictámenes reales y, cada tanto, desprovistos de casticismo, ofrecen a la

imprenta una obra que se atreve a tener relaciones carnales con la lengua.

La Real Academia Española y sus secuaces en el mundo —las otras academias correspondientes, el Instituto Cervantes, la Fundación del Español Urgente (Fundéu)— confiesan estar muy preocupados por el esplendor del español y se abocan a vender manuales de estilos en todas sus formas, creyendo que tiran un salvavidas. La metáfora del ahogamiento es inapropiada, pero en todo caso el salvavidas es de plomo. La lengua de una persona no sale a flote a fuerza de correcciones, a lo sumo consolida su temor aferrándose a ellas. Nadie se hace expresivamente rico consultando y obedeciendo preceptos. A propósito de los preceptos: ¿quién los establece? La RAE jamás reconocerá el sesgo con que impone un uso dialectal como universal y representativo del total de hablantes de una lengua. La Academia de Moure tampoco, pero dada la norma, hay que rendirse a ella; de lo contrario, reina el desconcierto, es decir, deja de reinar la RAE, catástrofe de la que, por el momento, la estirpe normalizadora puede despreocuparse. Porque en definitiva de esto se trata todo, del reinado, cuya eficacia radica en presentarse bajo el ropaje del esplendor y el cuidado de «nuestro mayor tesoro».

La preocupación que siente Moure por las maestras le pertenece; de lo que no es autor, sin duda, es de la ideología que la sustenta. La corriente de pensamiento alarmista se remonta a la lejana cédula real de 1770, de Carlos III, obligando en América al uso exclusivo de la lengua castellana; pasa por las alarmas del doctor Américo Castro, alertando sobre el relajamiento de las normas en el Río de la Plata y llega, casi con las mismas palabras, a

una mesa del Foro por el Bicentenario. Creer que reina un caos, que el caos se debe a la inobservancia de las normas, que la inobservancia degrada la lengua y que hablar mal corrompe la conciencia, es una presunción que, aunque equivocada, no carece de abolengo. El planteo enseña su rostro moral, pero oculta su afán de dominio. Para imponer una variedad del español por sobre otras, hace falta persuadir de que no se trata de una variedad más, y que adoptarla no es más que adoptar la forma más pura y natural de la lengua.

Para hacer aún mucho más efectiva esta persuasión, a España y a sus instituciones de la lengua se les ocurrió el extraordinario artificio de reflotar la idea del panhispanismo, donde existen varios centros del idioma. Pero basta echar un vistazo al *Diccionario* de la RAE o al *Diccionario panhispánico de dudas*, al ahora relanzado Servicio Internacional de Evaluación de Lengua Española del Instituto Cervantes o, en general, a la política exterior española en materia de lengua, para ver que el panhispanismo no es más que un amoroso caballo de Troya, en cuyo interior viajan los intereses y las empresas más ambiciosas de España.

Si las maestras argentinas se llegaron a preguntar hasta las últimas consecuencias quién manda, en materia idiomática, eso no las desconcertará, a lo sumo se emanciparán de españoladas como el tú y el vosotros que enseñaban hasta no hace mucho tiempo.



## Lengua y emancipación II<sup>1</sup>

El presidente de la Academia Argentina de Letras, José Luis Moure, ha tenido la deferencia de ocuparse de la nota «Lengua y emancipación», publicada el pasado 17 de julio en *Diario Contexto*<sup>2</sup>. Ha sido tan ecuánime y civilizado en sus consideraciones que, si no fuera porque me llama de a ratos *profesor*, debiéramos dar la discusión por saldada. Ese sarcasmo me insinúa que usted, presidente, no quiere que su alegato quede sin respuesta.

Iré directo al hueso, para no entrar de paseo por las inmediaciones del Museo del Prado, cuando en verdad lo que buscamos está en la calle de Alcalá. Y el hueso no son los modales —que aquí ambos los tenemos— ni los *él dice que yo dije*, que tornarían la discusión en una guerra de precisiones. El hueso es que usted parece muy interesado en la correcta enseñanza del idioma, despreocupado de las consecuencias del panhispanismo y aún más despreocupado de la influencia de la Real Academia

---

1. Publicado en *Club de Traductores Literarios de Buenos Aires*, página dirigida por Jorge Fondebrider. Buenos Aires, 5 de septiembre de 2016.

2. MOURE, José Luis (2016) «Respuesta de José Luis Moure», en *Club de Traductores Literarios de Buenos Aires*, página dirigida por Jorge Fondebrider. Buenos Aires, 16 de agosto de 2016. Todas las citas, en este ensayo, pertenecen a esta «Respuesta».

Española. Yo presumo que esas tres cosas están íntimamente asociadas, y que colaboran unas con otras en una perspectiva lingüística que, aun cuando no aparece des-embosada, deja entrever su raigambre ideológica. Soltaré un poco el hueso, ahora, pero solo para acomodarlo mejor.

Usted dice que «la escuela argentina debe concentrar su esfuerzo en una de sus tareas indelegables e imposter-gables: enseñar a leer y a escribir bien el castellano de todos». ¿«Escribir bien», presidente? ¿Usted sigue creyendo que la función principal de la escuela es normativa? Pues entonces me ahorra de tener que repetir la principal imputación que yo le hice. Al reunir *escribir bien* con *el castellano de todos* nos está diciendo que hay *un* castellano correcto, ejemplar, y otros que no lo son. ¿Dónde va, usted, a buscar ese modelo? No me lo diga, ya lo sé: a los libros, a la alta literatura, a la gente culta y de prestigio. Se lo oí decir en varias de sus conferencias y lo leí en varias de sus publicaciones, como en aquella cara a sus recuerdos, «Del purismo al desconcierto», de 2003, con el que fue reconocido en la Academia. Usted se pone a medio camino de esos ismos, no obstante se le escapa un lagrimón por la entrañable pandilla capitaneada por Monner Sans, Capdevila y Herrero Mayor —a los que encontró algo extremos en sus preceptivas, es cierto, pero ¡qué útil era *El habla de mi tierra!*, nos invita a reconocer—. No me voy a mofar de esa nostalgia por consejos clericales, pero permítame recordarle que pertenecen al estadio en que el estudio de la lengua quedaba bajo el ámbito de la teología y al cuidado de los curas. Temo que desde ese punto de vista se llega muy rápido a la conclusión de que hay un sector determinado de la población que habla y

escribe mal. Yo creí que la dialectología —disciplina en la que usted es maestro— se trataba de una ciencia, algo ya emancipada de las amonestaciones.

¿No advierte usted, además, que en la expresión *castellano de todos* está velando que el *de todos* es una abstracción tramada quirúrgicamente por políticas de planificación lingüística y por estrategias de mercado de carácter imperial? No parece desconocerlo cuando afirma que «intereses económicos de envergadura campean hoy en los territorios donde se habla o se enseña el español, procurando diseñar una política lingüística supranacional, bautizada como panhispánica, que facilite una más amplia distribución y venta de sus productos». Si no desconoce el fondo turbio que acompaña el panhispanismo, ¿por qué seguir predicando sus lugares comunes? ¿Por qué insistir en que se trata de algo extraordinario?: lástima sus efectos colaterales. Los efectos colaterales son el hostigamiento, desdén y estigmatización de todas las variedades que no sean las centrales, esas variedades que usted enseña en la cátedra de Dialectología Hispanoamericana. Hacer de cuenta que eso es un problema muy menor para ocuparse de él —o muy gigante como para querer enfrentarlo— es una de las formas del consentimiento.

Cuando usted dice que detrás de la política panhispánica «existe un notable poderío económico y una clara determinación política», yo le agregó, en criollo, que no es más que el zuncho a través del cual la España del siglo XVI tiene agarrada de las pelotas a la América del siglo XXI. Pensé evitar escribir «pelotas», pero seamos todo lo más claro que podamos —Juan de Valdés dixit—, que de corrección ya tenemos muchas ediciones del Ragucci, y en la esplendorosa lengua de Góngora no encuentro

otra palabra más expresiva para graficar la relación que, sotto voce, la RAE, el Instituto Cervantes y sus secuaces —Telefónica de España a la cabeza— mantienen con sus colonias. ¿Le parece muy anticuado hablar de esta manera? La última expedición del Cervantes es de estos meses, cuando ingresó por la ventana en la UBA, para arrebatarnos unos de los botines que creía pertenecerle: nada menos que la hegemonía absoluta de la enseñanza del español en todo el mundo. No necesito ser más explícito, porque sé que usted intentó ingresar a la Sesión del Consejo Superior donde se consumó el ultraje.

En materia idiomática, Hispanoamérica no se termina de emancipar de España porque, para agravar la dependencia, fundó o colaboró a fundar academias correspondientes en el mismo suelo americano, para que no se olvidasen jamás cuál es la que manda. ¿Exagero? Examine bien los estatutos de la Asociación de Academias de la Lengua Española, cuyo presidente, por derecho divino, es siempre el presidente de la RAE, aunque casi la totalidad de las academias estén en América. ¡Vamos!, no creo que usted lo ignore, y acaso también lo indigne, pero como no le parece nada grave o lo cree demasiado establecido como para intentar revertirlo, me veo tentado a recordarlo.

Usted ahora puede comprender muy bien a qué me refiero cuando afirmo que el discurso normativo es solidario del panhispánico y del imperial. La «industria editorial poderosa acompañada por una política exterior consecuente» descansa en esos pilares. Si España logra imponer sus manuales de estilo en el mundo es, también, porque se arroga el estilo modélico. ¿No me cree? Pregunte en el aristocrático barrio madrileño del

Retiro lo que piensan del habla de los andaluces, o de la forma que tienen los catalanes de hablar español; se lo digo porque me tomé ese trabajo cuando visité el extraordinario edificio de la RAE, al cual mi temple no me permitió recorrerlo de manera inmutable. Imagínese, ahora, lo que esa gente —representantes puros del mejor español del mundo— cree de los dialectos que se hablan en América; porque aunque siguen publicando diccionarios panhispánicos de dudas, siguen teniendo la misma duda de siempre: ¿se habla por estas pampas alguna otra cosa que no sea un dialecto? Esa percepción de la lengua no es espontánea: se fragua en una capa social determinada, se robustece con una teoría lingüística específica y se difunde por medio de las instituciones autorizadas para hacerlo. En el caso de la lengua española, no necesito decirle cuál es la institución que ostenta el monopolio del uso legítimo de la norma. Saque *norma* y ponga *fuerza* y hablamos de lo mismo.

Usted dice que «lo que hagan la RAE y el Cervantes es independiente e históricamente posterior al reclamo de saber lo que está bien y lo que está mal en el uso de la lengua». No, presidente, y mil veces no; esto es lo que dice la RAE y el Cervantes, porque en esa aparente imparcialidad con que describen y enseñan la lengua radica su prestigio. La RAE no es una niña inocente que recoge las mariposas del jardín y se limita a clasificarlas en una preciosa caja entomológica. A menudo agarra una mosca, le pinta las alas de verde y le clava que es mariposa.

Si yo escribo, como usted dice, respetando la canónica posición de las haches, el uso más o menos etimológico de *b* y *v*, y las diferencias entre *s*, *c* y *ç*, lo

hago por disposición histórica de la RAE. ¿No lo cree así? Relea la «Introducción» a la última *Ortografía* (2010), donde se explica, de forma que no puede ser más clara, el origen de la ortografía, la lógica que regula los cambios y el modo en que se ha establecido la autoridad en esa materia. Porque no me va a decir, presidente, que cree que la ortografía la define el pueblo, a mano alzada y en la plaza pública. Quizá si la RAE hubiera querido, ya habríamos jubilado la hache, simplificado las letras que representan el sonido /b/, distribuido mejor las funciones de *j* y *g* y, al menos en América, ya tendríamos una sola letra para representar nuestra /s/, y no tres, desconcierto entre la mano y los oídos que nos arroja a los varios millones de hispanoamericanos al deshonoroso margen de la incorrección. Nos hubiéramos desembarazado del principio etimológico para representar nuestras voces —ese que intimidó tanto a la RAE en sus comienzos—, y del peso de la costumbre, que la RAE se jacta de haber definido, al mismo tiempo que lamenta verlo ahora tan pesado como para revertirlo. Tendríamos una ortografía más afín a su misión auténtica, como anhelaron los americanos Bello y Sarmiento. Pero tronó la voz del escarmiento, el rey se enojó y la RAE se levantó de su modorra: no iban a permitir que Hispanoamérica diera semejante salto de independencia. Efectivamente, presidente, escribo con las haches en su lugar y con las zetas, cuando adivino dónde ponerlas, pero lo hago muy a mi pesar, porque no me olvido que alguna vez tuvimos una ortografía menos esotérica. Sé que todo esto es harina de otro costal, pero del costal más apropiado para recusar eso de la poca injerencia de la RAE en nuestra lengua.

¿Realmente cree que esa injerencia es inofensiva? Yo creí que al asumir la presidencia de la Academia, usted era más optimista. Se me hace que lo es, ¡vamos!, pero cuando se sale a cazar elefantes siempre es más simpático decir que son silvestres mariposas. El poder normativo de la RAE es tan dilatado que de a rato creemos que las reglas se dictan solas. De aquí que muchos reproducen sus principios doctrinales sin saber que son de ella, y a menudo sin saber siquiera qué cuerno es la RAE. De aquí que yo la perciba como uno de esos poderes más eficientes, porque no se percibe. Usted lo sabe, pero cree que debemos despreocuparnos un poco de la injerencia peninsular en nuestro manejo de la norma, que «hoy descansa menos en una desvaída fantasmagoría monocéntrica (que no abona ningún lingüista, filólogo o escritor español que yo conozca) que en una cruda realidad económica». Yo acuerdo con usted en eso de la *cruda realidad económica*, pero no desatendería la *fantasmagoría monocéntrica*, porque en cuanto a que no hay ningún lingüista, filólogo o escritor español que la sustente, creo que se olvida de Salvador Gutiérrez Ordóñez, coordinador de la última *Ortografía*, al que quizá sí conozca. ¿Nunca le preguntó qué piensa de la forma de pronunciar de los hispanoamericanos? Yo tengo un amigo que sí lo hizo, y se horrorizó al saber que, si por don Salvador fuera, nos obligaría a todos a *hablar bien*, es decir, a pronunciar la zeta.

Yo no lo encuentro a usted, presidente, ni un purista, ni un cruzado en favor de la causa católica de la RAE — cargos que le calzan mejor a su predecesor en el cargo —, sino más bien un hombre dispuesto a participar de un foro como el del Bicentenario, en el que los apretones de

manos que ahí nos dimos fueron sinceros. No encuentro, ni siquiera en medio de esta querrela, motivos para que no nos los sigamos dando; e incluso me quiero convencer de que estamos del mismo lado, el de la soberanía de los pueblos, las causas populares y la riqueza legítima de las naciones. Lo que sucede es que de este lado, somos muchos los que aún sentimos una carabela amarrada al puerto de Buenos Aires, destinada a custodiar el tesoro de la lengua, el más caro a nuestros corazones. Me pongo alerta, por tanto, cuando usted dice, refiriéndose al panhispanismo, que lo mejor que podemos hacer es «no interferir con su vitalidad secular», ni «desafiar su manse-dumbre inventándole asechanzas», sino más bien «cumplir con nuestro deber de enseñarlo y transmitirlo como corresponde». Cuando usted nos llama a no interferir ¿nos pide que no obstaculicemos la misión doctrinal que acomete enfáticamente España? Qué más querría la RAE y el Instituto Cervantes que contemplemos impertérritos el modo en que ellos describen, enseñan y venden el idioma español en todo el mundo. Si somos conservadores hacia adentro y liberales para los de afuera, presidente, es la combinación en la que se vacían nuestras arcas, al paso firme en que se colman las ajenas.

Su forma tan ecuaníme de pensar estos asuntos y su idea de que, ante un poder económico tan deslumbrante, «es preciso ponderar adecuadamente» nuestras fuerzas, porque al fin y al cabo «los docentes y lingüistas poco podemos hacer», me sugieren pensar que el *statu quo* lo satisface. Yo tengo algunos años menos que usted, pero no quiero pensar que es la juventud la que me anima a dar estas batallas, ni que son sus años los que lo han «acostumbrado a la deprimente comprobación de que es

posible conversar durante una hora sin entenderse». Yo creo, más bien, que bastó una sola hora para que nos entendamos perfectamente bien, tan bien que ameritaba dar la discusión que, acuciados por el tiempo, no pudimos dar aquella vez.



### Lengua y emancipación III<sup>1</sup>

La legendaria Editorial Universitaria de Buenos Aires publicó este año una antología de textos en torno a la identidad de la lengua de los argentinos, *Nuestra expresión* (2017), seleccionada, prologada y anotada por José Luis Moure, actual presidente de la Academia Argentina de Letras y miembro correspondiente de la Real Academia Española. Por el carácter polémico de casi todos los textos que recoge, el libro se inscribe en una vastísima tradición querellante que arranca con Juan Cruz Varela en 1828 y tuvo su auge un siglo más tarde, el mismo año en que Borges publicó *El idioma de los argentinos*. Sorprende entonces que, en el cordial prólogo que Moure le acomoda, enfatice que «nada podría ser más ajeno a la intención de este libro que revivir animosidades y enconos anacrónicos»<sup>2</sup>.

A esos *enconos* y *animosidades* —forma reductora de aludir a una sociología crítica del lenguaje— ya les había compuesto un epitafio el filólogo platense Arturo Costa Álvarez en *Nuestra lengua* (1922), un volumen precursor de *Nuestra expresión*. La razón, ahora, por la que Moure

---

1. Publicado en *Club de Traductores Literarios de Buenos Aires*, página dirigida por Jorge Fondebrider. Buenos Aires, 22 de septiembre de 2017.

2. MOURE 2017, 15.

los considera anacrónicos —sigo siempre en el «Prólogo»— es que «Argentina ha superado doscientos años de vida independiente y no necesita reexaminar su condición de tal»<sup>1</sup>. ¿Qué nos quiso decir con esto de que ya no necesitamos reexaminar nuestra independencia? ¿Que declarada, allá por 1816, ya podemos despreocuparnos de ella? ¿Que es inútil seguir pensando la lengua como un terreno de disputas? ¿Que libros como los que él ahora publica son, en el fondo, anacrónicos? Quizá nos quiso decir algo más modesto: que podemos despreocuparnos por las tropelías de la Real Academia Española, porque ya escarmentó. ¿Estamos nosotros, entonces —como Juan María Gutiérrez al rechazar el diploma de correspondiente—, recelosos de una amenaza perimida y renegando contra una Real Academia agiornada, que solo quiere echarnos una mano?

Si seguimos la última edición del *Diccionario* de la RAE, un colombiano no se enterará que en Buenos Aires tenemos *abrochadoras*, *aguinaldos* y *pochoclos*; que un *mazo* también es la baraja; un *micro*, un bondi; y que también acá un *zurdo*, además, es alguien de ideas políticas de izquierda. Tampoco un chileno se enterará que en México el borracho del barrio es el *teropocho*; el haragán, el *baquetón*; o que *apá* no es solo una interjección «para estimular al caballo», sino la simple forma popular de decir *papá*. Ahora bien, todos sabremos, desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, qué significa *mileurista*, aunque jamás la hayamos pronunciado. ¿Por qué este jovencito neologismo ya está estampado en un diccionario *panhispánico*, burlándose del purgatorio donde envejecen centenares de voces americanas? Pues por la sencilla razón de que

1. MOURE 2017, 15.

fue pronunciada en España y cayó simpática a los académicos, que ganan por sus servicios lexicográficos mucho más que mil euros al mes.

Son picardías, lo sé, con las que se entretiene el Pleno durante las sesiones de los jueves; pero traslade usted, lector, este inofensivo pecadillo al mercado de la traducción, a la enseñanza del español en el mundo, al negocio de las comunicaciones. Ahí la broma se materializa en contante y sonante. La hegemonía que ostenta la Real Academia para dictar la norma se traduce en una situación de privilegio para la industria cultural española. El *Diccionario* es el mascarón de proa de un enorme barco cuya tripulación son las empresas ibéricas. El Instituto Cervantes, que ha demostrado habilidad con los números y los mapas: ¿ha estudiado empíricamente el factor de aislamiento lingüístico que implica el dominio de la Real Academia sobre las naciones americanas? Es imposible que un libro editado en Colombia llegue a Argentina o Uruguay; o uno traducido en Paraguay o Bolivia llegue a Venezuela. Lo que tienen en común todos estos países, es que están inundados de libros traducidos, prologados, anotados y editados en España. La *unidad de la lengua* es el eslogan en el que se festeja la desunión que se acrecienta con cada españolada. Una es el *Diccionario de americanismos*, que *traduce al español* las voces corrientes de este lado del Atlántico. Otra es la Asociación de Academias de la Lengua Española, cuya casi totalidad son americanas, pero radicó su máximo órgano de gobierno en la calle Felipe IV, número 4, de Madrid, justo el mismo domicilio de la sede oficial de la RAE. Nos toman por virreinos, pero el amable nombre bajo el cual los administran se llama *panhispanismo*.

Moure tiene razón al sugerir que nuestra querella soberanista ya lleva casi dos siglos y nos tiene a todos muy fatigados. También entretenidos, porque en medio de las hostilidades se gestó una nueva acepción para el verbo *raer*: «hacer pasar por universal lo local y viceversa». Si la Real Academia le acomodara a su obra paradigmática el justísimo nombre de *Diccionario de la lengua española de España*, dejaría de raer y ya estaríamos en mejores condiciones para no necesitar reexaminar nuestra independencia. Hispanoamérica dejó de raer cuando presentó el *Diccionario del español de México*, o el *Diccionario integral del español de Argentina*. Ninguno de estos repertorios se esconde detrás de ninguna totalidad, para venderse *urbi et orbi*; les basta con servir a sus compatriotas. Ninguno de ellos pone en peligro la unidad de la lengua, ni agita enconos ni animosidades. Son atisbos de lexicografía soberana para entendernos un poco mejor, cuanto menos, al interior de cada nación. Son los demorados frutos de la querella que recopila, profusa y acertadamente, *Nuestra expresión*. Prueba del valor de la antología es la joya que agrega al final, el ensayo-pregunta del poeta Enrique Banchs, en torno a unas «Averiguaciones sobre la autoridad en el idioma».

## La RAE y sus antagonistas: Notas para un armisticio<sup>1</sup>

Las críticas que a diario afligen a la Real Academia Española se dirigen a su obra emblemática, el *Diccionario*, a causa de su sesgo español y prescriptivo. Las primeras ediciones, en el siglo XVIII, no adolecían de ese sesgo, porque no se solapaba. La RAE se jactaba de su españolismo, de su vocación rectora y floreaba su condición nobiliaria. Un diccionario panhispánico, en cambio, crea malos entendidos y estimula la querrela. El problema consiste en que *diccionario* y *panhispánico* es un oxímoron; no se puede registrar en un volumen la diversidad de una lengua hablada por 500 millones de personas —la populosa cifra es de la RAE—. No se puede y temo que la RAE ni siquiera lo intentó: siguió haciendo un diccionario para españoles, lo adobó un poco de americanismos y lo salió a vender *urbi et orbi* como lexicón de todos. El resultado no los avergüenza, pero muchos espeluznamos ante la pesada criatura.

¿A qué se debe que la RAE haya apurado la invención frankensteiniana del panhispanismo? La respuesta está a la mano. Temió que América anhelara una soberanía

---

1. Publicado en *Club de Traductores Literarios de Buenos Aires*, página dirigida por Jorge Fondebrider. Buenos Aires, 17 de diciembre de 2018.

idiomática, tomara conciencia de su lugar en la lengua y gestara su propio diccionario. No era tanto el horror a que la *judía* se dijera *frijol*, *poroto* o *habichuela*, del otro lado del océano. Era que el parámetro idiomático se mudara de capital. España ostenta el monopolio del diccionario, de la gramática, de la ortografía; define el patrón de pureza y capitaliza la enseñanza del español en el mundo; hegemoniza las traducciones y lidera la hechura completa del libro en español. Las cifras que eso representa para su economía son siderales. Temió que, al ceder la centralidad, perdiera los réditos que derivan de ella.

¿En qué consiste este panhispanismo fabuloso? Mencionaré un ejemplo. Durante su gestión como director de la corporación, 2015-2018, Darío Villanueva Prieto, oriundo de Galicia, no dejó pasar oportunidad para confesar que, lejos de hacer política, la labor de la RAE se limita a una inofensiva labor descriptiva. Para ejemplificar el saneamiento de la institución, fue siempre al mismo ejemplo: la rápida incorporación del neologismo *mileurista*. Era una voz muy joven, pero bastó que se acuñara en España para que la RAE la sumara con premura al *Diccionario*. No la mandó al Purgatorio, desolado desván donde dormitan muchas voces americanas. Desde el Golfo de México hasta Tierra del Fuego, no oímos nunca la palabra *mileurista* —nadie cobra en euros—, ni tenemos especial necesidad de saber qué significa, pero ahí la tenemos estampada en el diccionario *de todos*. Ahora bien, si era una palabra que se impuso solo en España, lo lógico hubiera sido que la mandara a un *Diccionario de españolismos*, así como, a las que son exclusivas de algún país americano, las arrinconó en un *Diccionario de americanismos*. La razón es inconfesable,

pero es esta: España no se siente una región más de la lengua.

Los argentinos hace rato que tenemos *abrochadora*, *aguinaldo*, *bostero*, *chizito*, *concheto*, *fibrón*, *pochocho*, *telo*, *ténder*. Cualquiera de estas palabras hubiera merecido un lugar en un diccionario «panhispánico» —por antigüedad, por uso, por extensión geográfica— antes que la tierna *mi-leurista*. Y hay más. Así como la RAE retarda todo aquello que no sea español, desdeña todo aquello que no sea católico. ¿Cómo se explica, si no, que ignore las voces *cajeta*, *choto*, *manuela*, *orto*, *polvo*, *sorete*, *troló*? ¿Acaso nos está sugiriendo que son voces indecentes, que no consciente que se digan, o cuanto menos no está dispuesta a registrarlas? Villanueva Prieto razonó que muchas palabras no ingresan al *Diccionario* debido a que se trata de un libro —esto es, un número finito de páginas—. Auguró que una próxima edición de la obra, en soporte digital, no tendrá el límite de espacio. Pero ahí el problema se agravará a mega dimensiones virtuales. Veamos.

La RAE se niega a quitar de su *Diccionario* la acepción *trapacero* para la voz *gitano*, argumentando que esa acepción existe y no hay nada que hacer. La respuesta parece científica, pero nos obliga a la filosófica pregunta de qué es existir para la RAE. He aquí una respuesta. En Argentina, una de las acepciones de *gallego* es *bruto*. El *Diccionario* registró ese sentido recién en su 22<sup>a</sup> edición, como quinta acepción, y de uso exclusivo en Costa Rica. En la 23<sup>a</sup> edición lo retiró. Se ve que algún vecino de don Villanueva Prieto le hizo llegar la protesta y la RAE supo, en esta oportunidad, escuchar el enojo de una noble comunidad. Si la hubiera definido mejor, en el efímero momento de su existencia, hubiera informado a los lectores que *gallego*

es la forma coloquial con que, en varias regiones de Hispanoamérica, llamamos por igual a todos los españoles.

La RAE debería dejar de simular y actuar como su nombre lo requiere: una institución nobiliaria. Al fundarse, allá por 1713, entre los lemas que se propusieron para representarla estuvo el *aprueba y reprueba*. Si no triunfó, acaso fue porque confesaba sin ambages su tarea más enfática. Debería reivindicar ese lema y salir a campear con ese estandarte. El traje de institución democrática y científica le queda muy holgado. Si se lo quitara y volviera al jubón y al cuello de lechuguilla, volvería a encontrarse consigo misma. Su *Diccionario* debe restituir el prólogo de 1726, dejar de llamarse *de la lengua española* y preferir uno más verosímil como *Diccionario de autoridades*.

A partir de la crisis de 2008, el Estado Español recortó un 60% el presupuesto destinado a la RAE; el principal problema que atraviesa la institución, sin embargo, no es económico. Revistas especializadas, institutos de enseñanza y universidades de todo el mundo reprochan a diario la forma en que la RAE trata a la lengua. La institución suda por sus finanzas, pero se desangra por la herida de sus sesgos. Trabaja un rato en temas lexicográficos y se fatiga el resto del día conteniendo el desplome de su imagen pública.

¿Por qué oculta su naturaleza monárquica? A los hablantes, por lo general, no les interesa saber si la autoridad proviene de muchos o de unos pocos; les basta con que se perciba como autoridad. A nadie le importa si una palabra es correcta porque lo impone el uso o porque lo impone la RAE. Se cree en lo «correcto», tanto como se cree en Dios. La RAE siempre dictamina y a menudo logró imponer su criterio. A muchos nos puede parecer

sesgado; pero ¿acaso no vale por eso mismo? Muchos hablantes quieren saber qué piensa el Rey, con respecto a tal o cual neologismo, y solo estarían dispuestos a usarlo si el Rey lo consiente. Pues bien, al César lo que es del César. La RAE debería decir: estas son las palabras que nosotros autorizamos, estas son sus definiciones. Punto. ¿Qué sentido tendría combatir esas definiciones, si llevan la firma de quién las consiente?

Ya es tiempo de que la RAE vuelva a su raíz y se confiese como una corporación destinada a dictaminar, según sus criterios ilustres, qué es bueno y qué es malo para la lengua española. Ya es tiempo de que abandone el gesto de imparcialidad científica, se desahogue y diga, a los cuatro vientos: «¡He aquí lo que Dios manda!». El que crea en Dios, que acate. Ya es tiempo de superar la fatigosa querrela que lingüistas, poetas, docentes y ensayistas tenemos con la RAE. Ella debe estar cansada de ser fustigada todas las mañanas; y nosotros estamos cansados de fustigar. Si la RAE cree que la lengua debe tener una custodia, si cree que Madrid debe seguir siendo su meridiano, pues que se deje de eufemismos y sanseacabó. Nadie que crea en la RAE dejará de respetarla porque asuma su histórica vocación preceptiva. Me atrevo a decir, incluso, que todo su prestigio proviene de que esa vocación no ha cesado nunca.

La lengua no será mejor ni peor luego de este armisticio. Acaso estemos más descansados todos y ocupados en tareas más auspiciosas. Es tiempo de capitular. Lo que viene por delante es muy inquietante y requiere haber saldado este enorme malentendido.



II





## El nombre de la lengua<sup>1</sup>

En una carta fechada en diciembre de 1917, Ramón Menéndez Pidal felicitó a sus amigos Aurelio M. Espinosa y Lawrence A. Wilkins por el primer número de la revista *Hispania*, impulsada en Estados Unidos por la American Association of Teachers of Spanish. Las felicitaciones venían acompañadas de una recomendación: «puestos a escoger entre los dos nombres de *lengua española* y *lengua castellana* hay que desechar este segundo por impropio»<sup>2</sup>. ¿A qué se debía esa impropiedad? Menéndez Pidal sabía que llamar a la lengua *española* databa de la Edad Media, pero entendió que esta denominación no fue necesaria sino a partir del Siglo de Oro, cuando España contaba ya con los reinos de León, Castilla, Aragón y Navarra. Siendo Castilla el centro de esta unidad, los otros reinos colaboraron en el perfeccionamiento de la lengua literaria. Previo a esta unidad, no hubiera sido un desatino llamar *castellana* a la lengua de Alfonso el Sabio o del Arcipreste de Hita; lo es ya en el caso de Cervantes. El *Quijote* se escribió en español. De aquí que Menéndez Pidal no haya visto bien que la Real Academia siguiera llamando *castella-*

---

1. Publicado en *Club de Traductores Literarios de Buenos Aires*, página dirigida por Jorge Fondebrider. Buenos Aires, 15 de abril de 2019.

2. MENÉNDEZ PIDAL 1917, 3.

na a la lengua, pues «induce erróneamente a creer, dado su valor geográfico restringido, que fuera de Castilla no se habla la lengua literaria [...]»<sup>1</sup>.

Si hasta acá el razonamiento es correcto, para principios del siglo XX —cuando Menéndez Pidal escribió esta carta— la lengua tampoco debió llamarse *españolola*, pues «induce erróneamente a creer, dado su valor geográfico restringido», que fuera de España no se la habla. Menéndez Pidal no saltó este escollo y acomodó una respuesta: las lenguas americanas no aportaron algo tan relevante como lo han hecho, a partir del siglo XV, el leonés, el aragonés y el navarro. Como se ve, la respuesta parece de corte ideológico, pero a la Real Academia le resultó muy apropiada, dejó de llamar a la lengua *castellana* y, a partir de la decimoquinta edición de su libro (1925), tituló *Diccionario de la lengua española*. En la «Advertencia» confesó que el cambio radicaba en que la nueva edición ponía mayor atención al aporte de las «múltiples regiones lingüísticas, aragonesa, leonesa e hispanoamericana»<sup>2</sup>. Recuesto la voz *hispanoamericana*, porque el escollo ahora es más grande. Reemplazar el calificativo *castellana*, por restringido, parece lógico; ¿no es restringido llamarla *españolola*? O bien la Real Academia no estaba anoticiada que Hispanoamérica ya no era una región de España, o bien no temieron dejar inscripto en el nombre la persistencia de un proyecto político.

Ese proyecto fue resistido en muchas partes del mundo, en especial en el Río de la Plata, donde su mayor intensidad se puede trazar en una parábola que va desde los jóvenes de la Generación de Mayo hasta los

1. MENÉNDEZ PIDAL 1917, 3.

2. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA 1925, VIII.

jóvenes de la revista *Martín Fierro*, un siglo más tarde. En 1928, para coronar esta resistencia, el lingüista Arturo Costa Álvarez llamó *deslucido esfuerzo* al rebautizo del *Diccionario*. Entendió que el cambio se presentaba como innovación lógica para aplacar los celos localistas de los provincianos españoles no castellanos. Ningún diccionario francés, inglés, alemán o portugués divide su caudal de voces en regionalismos; todo diccionario castellano hecho en España, en cambio, observa celosamente esta división, y Costa Álvarez lo atribuyó a que España persistía en la tradición de que el castellano es la lengua de la corte y de los clásicos, localizada geográficamente en ambas Castillas.

Una década más tarde (1938), acaso temiendo que la discusión en torno al nombre se desmadre, Amado Alonso publicó *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*. El ensayo postulaba que la nueva perspectiva internacional que vivió España a través de su unificación nacional y expansión imperial fue la que impulsó el neologismo *español*. Alonso encontró arcaica la palabra *castellano*, pues creyó que remitía a un estadio romance de la lengua. *Castellano* sirvió para diferenciarse del romance leonés, aragonés, catalán, gallego, cuando estas lenguas estaban en situaciones similares. Sirvió cuando decir *castellano* remitía a lo peculiar de Castilla. Constituida España como nación unificada, el nombre *español* ganó terreno, no por querer decir que era la única lengua hablada en España, sino por ser la que se escucha hablar en todas las comarcas. «Por española, sin duda, y no por castellana, se hizo lengua universal [...]»<sup>1</sup>.

1. ALONSO 1938, 39.

Los intentos por convencer de que el nombre debía ser *español* persistieron a lo largo de todo el siglo XX. Siendo aún director de la RAE, también lo intentó Víctor García de la Concha en la conferencia que tituló «El castellano que se hizo español». El razonamiento era, a grandes rasgos, el mismo de Menéndez Pidal, pero el escollo se agravó aún más, pues reconoció que el español se consolidó como tal en Hispanoamérica. Si la hipótesis es acertada, las razones que ameritaron pasar de *castellano* a *español*, ahora ameritaban pasar de *español* a *hispanoamericano*. Pero no, Don Víctor recomendó seguir llamándola *lengua española*. Durante el siglo XX, además de darle a la lengua los mejores escritores de su historia, Hispanoamérica le aportó el 90 por ciento de los hablantes. La Real Academia aplaude de pie esos aportes, pero los pone en cuarentena y nos concede un afrentoso *Diccionario de americanismos* (2010), donde aloja «todas las palabras propias del español de América», cuando un acto de justicia sería rebautizar al *Diccionario* que hacen en España con la aclaración de *españolismos*. El libro sería el mismo, pero más sincero.

Todo nombre lleva inscripto su querella. En algunos casos se hace explícita. Negarla más bien la reactualiza, como hizo el *Diccionario panhispánico de dudas* al dictaminar que «La polémica sobre cuál de estas denominaciones resulta más apropiada está hoy superada». (Confrontar, en ese libro, la entrada *español*). El nombre es un problema, cuando se lo abre como problema, pero se agrava cuando se ensayan sus soluciones. Los que proponen la restitución del nombre antiguo, a causa del tinte imperial del nombre *español* ¿son capaces de demostrar que el nombre *castellano* no lo tuvo? La ilusión del nombre prístino, sin

mancha, es una vocación bíblica que deberíamos abandonar, precisamente, por la sangre que requiere derramar en su cruzada. Si el nombre *español* es una imposición, también lo fue el nombre *castellano*.

Hay quienes, en cambio, proponen un nombre compuesto, del tipo *castellano americano* o *castellano hispano americano*, creyendo que a mayor volumen, más inclusión. Es otro error. Al enunciar singularidades, quedan en evidencia las exclusiones. Los que hablan español en Filipinas o en el Sahara Occidental, podrían plantear una protesta. Los nombres son abstracciones, a menudo sutiles injusticias consentidas. Pero como esas injusticias nos permiten pensar y hablar, pactamos con ellas algún grado de convivencia.

Yo no me opongo al nombre *español*, porque los hispanoamericanos lo hemos resignificado al punto que ya no remite exclusivamente a España. Hemos hecho con ese nombre lo que en el resto del mundo se ha hecho con el *inglés*, que ya no se circunscribe al ínfimo territorio de Inglaterra. Allá Madrid con su vocación imperial, sus gramáticas y sus diccionarios de la duda. El *español* ya no les pertenece; si es un tesoro, como a muchos gusta presentar, a miles de años de su gestación, todos lo heredamos por igual, madrileños y porteños, mexicanos y uruguayos. A todos nos asiste el derecho de arrogárnoslo como propio.



## Por una nueva ortografía

«La conclusión evidente de todo esto es que la escritura vela y empaña la vida de la lengua: no es un vestido, sino un disfraz»

FERDINAND DE SAUSSURE, *Curso de lingüística general*

Partamos de algunas presunciones que, de ser ciertas, quizá justifiquen la necesidad de una nueva reforma ortográfica. La primera se trata de que nuestras manos escriben, a menudo, lo que nuestros oídos no escuchan, ni nuestra boca pronuncia; hay un divorcio entre nuestros órganos, cuyo malestar deja heridas en la escritura.

Otra. Todos tenemos faltas ortográficas. Todos. Quien crea que no las tiene que me diga, rápido, si *hilar*, *exequias* o *asficcante* están bien o mal escritas. Si tuvo la suerte de adivinar, que pruebe la suerte de cualquier joven escolarizado, pidiéndole que escriba las palabras *herbívoro*, *cérvix* o *crucifixión*.

Otra. Las razones por las cuales una palabra se escribe de tal o cual manera resulta desconocido para la inmensa mayoría de los hablantes. Esas razones, a veces fonéticas,

a veces etimológicas, a veces de uso, suelen ser contradictorias. No es sencillo para nadie reconstruir las transformaciones por las cuales a una palabra como *bueso* —del latín vulgar *ossum*— de golpe le brotó una *b*.

Otra. Si por reglas debemos entender un conjunto de normas claras y sencillas, las de la ortografía del español parecen un cansado listado de excepciones cuya memorización es imposible y tortuosa. Los alumnos las aprenden en parte, lento y a regañadientes, pero las olvidan por completo, rápido y con enorme alivio.

Otra. Evitamos escribir muchas palabras por el temor a equivocarnos y restringimos nuestra expresión escrita, muy a menudo, para evitar la sanción social que deriva del uso incorrecto de las normas.

Otra. De todos los aspectos de una lengua, el ortográfico es el menos decisivo para dimensionar la competencia lingüística de una persona, pero a la vez es el más estimado socialmente. La educación primaria, por ejemplo, invierte una enorme cantidad de tiempo en enseñar ortografía, en relación a los beneficios que derivan de emplearla, después, con rigurosa observancia.

Otra. La ortografía se percibe como algo estable en el tiempo, y se cree que guarda cierta lógica natural e indiscutible. No es común que alguien sea consciente de los sucesivos cambios ortográficos, o incluso consciente de que la reforma ortográfica es constante.

Si asumimos que estas cosas son ciertas, podemos decir que la ortografía, en tanto conjunto de normas, nos desorienta un poco, nos impide aprenderla de manera eficaz y nos intimida bastante. No es un descubrimiento que hacemos ahora: se reedita siempre. Repasemos algunos de sus hitos.

La escritura de la lengua española nació, al igual que otras lenguas europeas, siguiendo el criterio de escribir las palabras tal como suenan. No habiendo en su origen una reglamentación institucionalizada, resultó natural seguir el criterio de orientación fonético. Este criterio ya lo había defendido Quintiliano en el siglo I —«se debe escribir cada palabra como suena»<sup>1</sup>—, porque el oficio de las letras, agregó, no es más que el de representar las voces. Antonio de Nebrija lo refrendó casi con las mismas palabras, cuando exhortó a tomarlo como el criterio que debía orientar toda la escritura: «tenemos de escribir como pronunciamos, y pronunciar como escribimos», leemos en su *Gramática* de 1492<sup>2</sup>. Nuestra primera ortografía —esto es, nuestra primera «ciencia de escribir bien»— fue fonetista. Este criterio fue refrendado por Fernando de Herrera en 1580, al editar las *Obras* de Garcilaso de la Vega; por Mateo Alemán, en su *Ortografía castellana* (México, 1609); por Gonzalo Correas, en su *Ortografía kastellana, nueva i perfeta* (Salamanca, 1630), por citar solo algunos.

A partir del siglo XVI, al criterio fonético se sumó el etimológico —por influencia de la tendencia erudita en el nuevo clasicismo—, cuya pretensión exigía que ciertas palabras se escribiesen atendiendo su forma original griega o latina. La Real Academia Española nació de este influjo francés, encaró una preceptiva ortográfica que recogió este criterio clasicista y la explicitó en el «Discurso proemial» de su *Diccionario* (1726). A tal punto adoptó este nuevo criterio etimológico que

1. QUINTILIANO 95, 121 [I, VII, 30]: «ego, nisi quod consuetudo optinuerit, sic scribendum quidque iudico, quomodo sonat».

2. NEBRIJA 1492, I, 5.

unos años más tarde, al publicar su *Orthographía española* (1741), advertimos que la *th* y la *ph* no están ahí más que para rendir tributo a la zeta y la fi griegas. Las reglas ortográficas que estableció la RAE fueron decisivas, porque ya no se trataba de un orden personal, sino de una reglamentación emanada de la institución autorizada para hacerlo. La RAE ya ostentaba el gobierno exclusivo de la preceptiva ortográfica. La diversidad de problemas que creó el criterio etimológico, que obligaba a tener conocimientos filológicos para adivinar las reglas, condujo a que la propia RAE lo fuera abandonando y, en las sucesivas ediciones de su *Diccionario*, volviera al criterio fonético de Quintiliano y Nebrija.

La disparidad de criterios para escribir que imponían los sonidos, las etimologías y los usos se agravaba aún más del otro lado del Atlántico, cuyas variedades del español eran desatendidas. Este desorden gráfico condujo a Andrés Bello y al colombiano Juan García del Río a publicar unas «Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar i uniformar la ortografía en América» (1823), exhortando a retomar el criterio unificado en que cada letra tenga un sonido distinto y cada sonido se represente por una sola letra. La reforma ortográfica constaba de dos etapas. En la primera: 1º. Escribir *j* en todos los casos en que se pronuncia *j*: *jeneral*, *Arjentina*, *jinebra*. 2º Reemplazar la *y* por la *i*, en todos los casos en que haga las veces de vocal: *lei*, *buei*, *i* (conjunción). 3º Suprimir la *b* muda: *ombre*, *onor*, *ueso*. 4º. Escribir con *rr* cada vez que suene fuerte: *alrrededor*, *prórroga*, *rrei*. 5º. Escribir la *ç* en los casos de *ce*, *ci*: *açer*, *çiencia*, *çerdo*. 6º. Suprimir la *u* muda que acompaña a la *q*: *qerer*, *qeso*, *qiso*. Luego, en una segunda etapa: 7º. Usar *q* en lugar de la *c*

fuerte: *qama, qasa, qilo*. 8°. Suprimir la *u* muda de *gue, gui*, por ejemplo: *gerra, ginda, giso*.

En enero de 1842, el gobierno de Chile nombró a Sarmiento en el cargo de Director de la Escuela Normal, recién fundada, y le encargó la composición de un método sencillo y eficaz para que los niños aprendan a leer. Abocado a estudiar el tema, Sarmiento también advirtió la coexistencia de los tres criterios que desordenaban la ortografía y sintió que no podría enseñar a un niño la lógica combinada en que la etimología, el sonido y la costumbre riñen entre sí para definir la forma gráfica de las palabras. Supo, entonces, que esta ortografía se le representaba al hablante americano como una ciencia oculta. A partir del fonetismo —y heredero de la reforma bellista—, compuso una nueva reforma ortográfica y en octubre de 1843 la presentó en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la República de Chile, de la que ya era miembro. La década de 1840 era un momento oportuno para presentar una reforma de este tenor: aún no existía una ortografía uniforme; la Real Academia estaba adormecida; y la Universidad de Chile, recién creada, estaba a punto de convertirse en un centro de edición y propalación de una cantidad inestimable de libros.

La reforma fonetista se implantó parcialmente en Chile —donde llegó a estar vigente durante casi un siglo—, y luego en Argentina, Colombia, Ecuador, Nicaragua, Venezuela, e incluso en Madrid, donde se difundía por medio de conferencias, artículos en la prensa, folletos, y llegó a enseñarse en la escuela, impulsada por un grupo de maestros de la Academia Literaria y Científica de Instrucción Primaria. La expansión de esta rebelión gráfica forzó a la monarquía a dictar una *Circular prohibiendo a*

*los Maestros de Instrucción primaria la enseñanza de toda ortografía que no sea la adoptada por la Academia Real Española* (25 de abril de 1844). Contenía, además, la amenaza de la «suspensión del magisterio» a los maestros que no lo acatasen. Fue una gran oportunidad para que la RAE recogiera el ímpetu fonetista y se pusiera a la cabeza de la reforma; pero no,apuró un *Prontuario de ortografía de la lengua castellana* para satisfacer la orden monárquica, aquietó la polémica y refrendó la vieja ortografía.

El anhelo de una reforma ortográfica no volvió a registrar el entusiasmo de la primera mitad del siglo XIX, pero nunca cesó. A menudo, incluso, despertó el interés del público, como sucedió con el discurso de Gabriel García Márquez en el Congreso Internacional de la Lengua (México, 1997): «Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde la cuna», clamaba el novelista.

No es de una forma ligera y personal de donde pueda surgir una nueva ortografía, pero dado que se reabrió la discusión, yo tendría en consideración las siguientes pautas. En primer lugar, todos tenemos dudas con las mismas letras: nadie se equivoca en el uso de la *a*, o de la *t*; nos solemos equivocar en el uso de la *h*, de la *b* o la *v*, de la *j* o la *g*. Es decir, nuestros problemas son menos personales que inherentes al actual estado de la ortografía. Pero esos problemas, a la vez, no son todos iguales, y si bien el criterio fonético podría servir de orientación para resolverlos a todos, conviene tratar esos problemas en sus especificidades. A modo de propuesta, entonces:

Primero: jubilar definitivamente la hache. Aunque parasitaria y muda, hizo tanto sacrificio en balde que se granjeó nuestro respeto como para que ahora la retiremos de a poco, humillándola en cuotas. Sigamos en esto

a los italianos y escribamos *ombre, uesto, umo*. Ya lo hemos hecho en *armonía, arpa* y *España* —de *Hispania*—. Tomemos una decisión drástica, pero más digna.

Otro: tenemos dos letras, *b* y *v*, para representar un sonido, que siempre ha sido bilabial, /b/: quedémonos solo con una. Cuando se quiso alguna vez intentar demostrar que existía diferencia entre estos dos fonemas, ciertos maestros sobreactuaban un sonido labiodental de la *v*, buscando persuadir de que *vaca* se pronuncia *faca*, lo que no es más que afectar la voz en pos de la comprobación. Cuando hablamos bien, acá en Buenos Aires, en México o en España, solo hay una *b*: la suave. *Vaca, verso, vidrio* se pronuncian *baca, berso, bidrio*.

Otro: repartir las funciones de la *j* y la *g*: una para el sonido áspero, la otra para el suave. Es más lógico que *gigante* se escriba *jigante*. Así tendremos *jenealogía, gimnasia, gato, gramática*.

Otro: tenemos tres variantes para el sonido /k/: *c* —seguida de *a, o, u*—, *qu* y *k*. Elijamos una, que puede ser la *c*. Así, tendremos *ceso, casa, cilo*.

Otro: deslindadas las funciones de *j* y *g* y unificado el sonido /k/ en una sola letra, la *u* muda deja de cumplir función alguna: *gerra, girnalda, cebracho*.

Otro: tenemos tres letras: *c, s* y *ç*, para un mismo sonido /s/: lo más lógico sería que lo escribamos siempre con la misma letra *s*. No nos olvidemos que ya hemos avanzado cuando eliminamos la ce cedilla (ç), como en *braço, cabeça* o *plaçã*. Hagamos un esfuerzo más. Es cierto que estas tres variantes, en España, aún se pronuncian de dos formas distintas, y es lógico que ellos quieran conservar, cuanto menos, la diferencia entre la *s* y la *ç* lo que es ilógico es que América, donde reside más del 90 por

ciento de los hablantes de español en el mundo, se resigne a esta singularidad de una minoritaria provincia del mapa idiomático. Simplifiquemos en una sola letra y que España siga, con hidalguía y tenacidad, escribiendo con *z*. Ver escrito *zapato* o *sapato*, *zigzag* o *sigsag*, no ensanchará más el océano que tenemos en el medio.

Otro: devolverle a la *i* la exclusividad del sonido /i/, y liberar a la *y* de usurpar esa función. Volvamos, como alguna vez lo hicimos, al *mui*, *rei*, *buei*.

Otro: desembarazada la *y* de representar el fonema /i/, puede ahora consagrarse exclusivamente al que oímos en *yubia*, *yuyo*, *yama*, *yabe*. La *ll* ya no representa ningún sonido.

Otra: a la *ñ* la pronunciamos *ni*: *ninio*, *niomo*, *cuniado*; pues entonces —y aunque sea muy cara a los sentimientos de nuestro actual alfabeto— deberíamos confesarle que ya no la necesitamos.

Otra: tenemos una erre que se pronuncia simple: *grado*, *brama*; y otra que se pronuncia múltiple: *rrata*, *rrama*. Respetemos, en la escritura, esa distinción tan diáfana.

Todas estas reformas deberían redundar en una revisión crítica del mismo nombre de *orto-grafía*, pues no es apropiado para referirnos a aquello que no es más que la *norma-grafía*. Nuestra grafía no es correcta o incorrecta, sino que está o no está sujeta a las convenciones; y esas convenciones pueden ser simples o complejas. Prefiramos las simples.

Hay quienes —siguiendo el espíritu gradualista de Bello, y advertidos por la resistencia popular que acarrió la drástica reforma ortográfica de la lengua francesa— proponen hacer la reforma del español en dos o tres partes; otros, como la misma RAE, a cuenta gotas, con la publi-

cación espaciosa de cada nueva edición de su *Ortografía*. Si llegamos a la conclusión de que el criterio fonetista organiza de manera más coherente la escritura y, por tanto, se trata de un beneficio, no veo por qué postergarlo hacia un futuro incierto. No obstante esto, si se llegara a encarar una reforma tímida, habría que celebrarla. La mera jubilación de la *b* ya es ventilar un poco la casa.

Toda reforma ortográfica activa una serie de resistencias, porque se reavivan fantasmas que, no obstante ser solo fantasmas, asustan. Veamos las más inmediatas. La primera resistencia es la más débil de todas, pero la más difundida. Se asienta en creer que todas las letras son indispensables, para evitar ambigüedades. Si sacamos la *b* de *abría*, por ejemplo, ya no sabríamos si se refiere al verbo *haber* o a *abrir*. Para refutar este temor basta con recordar que el español tiene muchísimos homónimos, y que en la casi totalidad de los casos es el contexto quien nos restituye el sentido inequívoco. Tal es así que si dijera que «traje puesto un traje negro», nadie preguntará qué *traje* es el verbo. En la pronunciación, por lo demás, no existe ninguna diferenciación entre *abría* y *habría*, ni entre *haya*, *halla* y *aya*: suenan igual. Esto no solo es distinguible en la lengua oral; también lo es en la lengua escrita.

Otra resistencia parte de que la escritura es un factor de unificación, un código cerrado, y que modificarla desataría un caos de dimensiones babélicas. Esto no es cierto; la ortografía española cambió siempre, y el mismo hábito que parece inamovible, una vez que cambió, el inamovible pasa a ser el nuevo. Encarar una reforma organizada no es auspiciar el caos, sino que es contener el que ya se está produciendo de hecho, y que para verlo no hace falta más que echar una mirada a la enorme pro-

ducción de textos que tiene lugar en los chats y las redes virtuales. El diagnóstico que afirma un orden ortográfico, no es más que aquel que se compone haciendo de cuenta que todos estos textos no existen.

Otra resistencia fundamenta que adoptar el criterio fonético, más que simplificar, complejizaría todo aún más, pues no toda la comunidad hispanohablante pronuncia de la misma manera. Esta razón es de lo más razonable, pero requiere, ante todo, aclarar qué significa pronunciar. Que un cordobés alargue ciertas sílabas no lo compromete a escribir *ortograafia*. El criterio fonético no postula que cada uno escriba como *crea* que pronuncia; pues solemos creer que pronunciamos de manera mucho más diversa de lo que en verdad lo hacemos. Simplificar significa pasar de ciertas normas deliberadas, a otras normas *también* deliberadas. Estas nuevas normas son más sencillas, porque reducen a un solo principio organizador como orientación de la escritura.

Pero detengámonos un instante más en esta objeción, por demás atendible. Así como la diversidad de pronunciación —ni hablar de las diferentes tonadas— no impide que nos entendamos, ¿por qué lo impediría la diversidad escrita de ciertas palabras? Así como no hay problema en llamar a un mismo objeto de distintas maneras —como sucede con el *poroto*, que también es el *frijol* o la *judía*— tampoco existe ninguna imposibilidad comunicativa en que un mismo sonido remita a más de un objeto —como sucede con *Asia* (continente) *hacia* (preposición); *haya* (verbo), *haya* (árbol); *hola* (saludo) *ola* (del mar) y otros tantísimos homónimos que pueblan nuestro léxico—. Junto a una reforma ortográfica no estaría nada mal, de paso, desacralizarla y presentarla más en sinto-

nía con la diversidad. Ver escrito indistintamente *zapallo* o *sapayo* debería apreciarse como un síntoma de riqueza del idioma, así como el habla de un coya del altiplano se celebra, en los congresos de la lengua, como milagro del pluricentrismo. Si un porteño pronuncia *yubia*, y en otra parte del mundo se dice *liubia*, no veo ningún problema en verla escrita de ambas formas. Admitir que ambas escrituras son correctas no inicia ningún caos; así como no lo inició reconocer —muy tarde, por cierto— que además del pronombre *tú*, también era legítimo que otros usemos *vos*.

Otra resistencia enuncia que, adoptando cambios tan drásticos, se produciría un divorcio con la enorme cantidad de libros ya editados en la vieja ortografía. Esto es cierto, solo hasta que echamos una mirada al modo en que han sido impresos los libros desde la *Biblia* de Gutenberg hasta la actualidad. Alguna vez escribimos: «En vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor»; y ahora escribimos *vivía, lanza, astillero*, y la industria del libro no hizo más que crecer. Cambiar la ortografía no parece ser un problema, porque de hecho cambia periódicamente, aunque esos cambios no se perciban. Algunos libros se volverán a editar, otros quedarán con la ortografía vieja y será como una marca de época, como sucede hoy, de hecho, con tantísimos libros impresos en el siglo XIX. Es posible, no obstante, que de solo pensar que *Shakespeare* se podría llegar a escribir *Yeqspier*, y *Bandelaire* adoptar la urticante forma de *Bodeler*, muchos se desanimen con cualquier tipo de reforma. Pero no tenemos por qué cambiar esos nombres; o no tenemos por

qué cambiarlos ahora. Proviene de otras lenguas y lo mejor será, por lo pronto, dejarlos así. Quizá en un futuro, cuando la ortografía fonética no produzca ningún temor, será más sencillo imaginarlos de otra manera.

Otra resistencia proviene de aquellos que ven en esta reforma un síntoma más de la degradación de la cultura y una nivelación hacia abajo. Vamos a ver. Volvamos al caso del *Quijote*: todos lo hemos leído con una ortografía actual, no con su ortografía originaria, y el libro no sufrió una decadencia. Quienes han presenciado ese cambio habrán sentido una picazón en los ojos al ver que *Qvixote* mudaba en *Quijote*, pero, luego de acostumbrarse a la nueva grafía, la extraña pasa a ser la anterior. La riqueza del *Quijote* no viaja en su ortografía, sino en su léxico, en su sintaxis, en sus diálogos. Su ortografía no le quita ni aporta nada.

Otra resistencia provendrá de la propia RAE, pues refrendó el *statu quo* en su última *Ortografía* (2010). Es de prever que ella no quiere una reforma ortográfica, pero ni bien nos adentramos en la «Introducción» de este extraordinario libro, descubrimos que pondera el criterio fonético

Las ventajas teóricas de una reforma profunda del sistema ortográfico de una lengua para alcanzar su perfecta adecuación al modelo oral que pretende representar son evidentes: al eliminar las desviaciones del principio de correspondencia biunívoca entre fonemas y grafemas, se facilita el aprendizaje de la escritura y se favorece la corrección ortográfica sin que esta exija un esfuerzo excesivo a sus usuarios.<sup>1</sup>

---

1. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA 2010, 21.

Curiosa sorpresa se llevará el lector al leer esta «Introducción», canto armonioso, equilibrado y definitivo en pos de un fonetismo. Tal es así que nos preguntamos qué causas son las que se oponen al imperio de un criterio tan simple. La propia RAE nos lo informa: «Es notable la resistencia a aceptar cambios ortográficos por parte de quienes con esfuerzo y constancia asimilaron en sus primeros años de formación un sistema de reglas que tienen ya interiorizado y automatizado»<sup>1</sup>. Es esta resistencia, en primer lugar, la que explicaría la dificultad de conseguir el consenso suficiente para emprender una reforma con garantías de éxito. Pero buscamos en esta misma «Introducción» quién dicta las normas y nos enteremos de que —desde la época que se imparten, principios del siglo XVIII— es la misma RAE la que lo hace, «cuya autoridad en materia lingüística [es] reconocida y acatada mayoritariamente por el conjunto de sus hablantes»<sup>2</sup>. De modo que la RAE lamenta que no se imponga el fonetismo sobre una ortografía que ella misma gobierna.

La segunda razón por la que no se impondría una reforma es «el peso de la tradición ortográfica heredada» y tenemos que esperar recién a que enuncie la tercera razón para saber por qué la RAE, en verdad, se opondría a una reforma: «El ideal de correspondencia exacta entre grafía y pronunciación se revela, además, imposible en aquellas lenguas que, como el español, presentan diferencias dialectales [...] como ponen de manifiesto fenómenos como el seseo o el yeísmo (fruto de la inexistencia, para determinadas áreas y hablantes del español, de los

---

1. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA 2010, 21.

2. *Ibidem*, 18.

fonemas /z/ y /ll/, respectivamente)»<sup>1</sup>. ¿«Determinadas áreas» carecen del sonido /z/? ¿La RAE cree que América, desde el río Bravo hasta Ushuaia son unas «determinadas áreas»? Más exacto sería decir que solo en «determinadas áreas» de España existe el fonema /z/. La razón, entonces, es que si se llevara a cabo una reforma fonetista, quedaría en evidencia que España es la región más anómala del mapa mundial del español. La RAE es la institución más fonetista del mundo; pero no puede ejercer su fonetismo con libertad, porque su voluntad de concebir a Madrid como meridiano de la lengua se lo prohíbe.

Si llegamos a la conclusión de que la ortografía del español se estableció y se modifica por disposición exclusiva de la RAE —es decir, por una autoridad percibida como tal—, no es posible anhelar una reforma sin su consentimiento. Las objeciones que se le pueden hacer a la RAE son diversas —es una institución monárquica e irremediabilmente paternalista—; los modos, además, en que se ganó el monopolio legítimo del dictado de normas es cuestionable; pero dado que ese poder se ha establecido de hecho, puede redundar en beneficios de cara a una reforma fonetista de la ortografía. Sin el auspicio de la RAE sería difícil encararla, aunque no es ella, sin embargo, la que lo debe capitanear.

Como algunas de las reformas —sobre todo las que atañen a la unificación entre *ç*, *ç* y *ç*— España es parte interesada, es probable que se resista a una reforma o la encare a su medida, como lo viene haciendo desde hace años. De modo que esta empresa la debería conducir la Asociación de Academias de la Lengua Española, apro-

---

1. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA 2010, 22.

vechando la empresa para emanciparse, de paso, de la tutoría de la RAE. Una empresa capitaneada por Hispanoamérica, pero no contra la RAE ni contra España, sino a pesar de ellas. Una empresa que las tenga muy a raya, porque no debemos olvidar que, para España y sus instituciones de la lengua —RAE, Instituto Cervantes, Fundéu— Hispanoamérica sigue siendo el continente donde se desparraman sus colonias. Se cansarán de negarlo, pero detrás de los protocolos y la declaración de buenas intenciones, asoma el brillo de la corona y el filo de la vieja espada.

Los grandes sucesos de reflexión sobre el estado de la lengua española acompañaron grandes momentos históricos. A mediados del siglo XIII, luego de que Castilla recuperase territorio ganado por los musulmanes, Alfonso el Sabio ordenó que los textos jurídicos del reino se imprimieran en castellano, elevándolo al rango de idioma oficial. Nebrija publicó su *Gramática* el mismo año que España desembarcó en América; Bello y Sarmiento encararon una reforma ortográfica luego de las primeras emancipaciones americanas. El tiempo actual ofrece un escenario social de dimensiones similares: el uso masivo de las redes virtuales creó un ámbito de escritura donde se privilegia la velocidad y la eficacia. Ese ámbito no está vigilado ni atento a las normas. En él no se escribe mal; se escribe como se puede. Ese ámbito quizá sea, a la vez, el mayor en cuanto al tamaño de la producción textual. Esa escritura adopta reformas de simplicidad sin criterios académicos. Si no se ofrece una respuesta, es probable que sucedan dos cosas: o bien que la preceptiva siga atendiendo solo a un sector de la escritura y condene a la marginalidad a estos otros, acercándose a ellos solo para

estigmatizarlos; o bien que la enorme producción textual comience a imponer cambios de hecho y se empiecen a adoptar en el mundo impreso —como ya está sucediendo— criterios ensamblados a espaldas de la academia. La mejor manera de enfrentar el asunto es que la Asociación de Academias de la Lengua Española se ocupe a fondo este tema y comience a discutir en sus congresos — más que el último guarismo de hispanohablantes en los EEUU— la edición de una ortografía realmente nueva.

## Postulación de un español más vasto<sup>1</sup>

Dos tipos de quejas se reactualizan cada vez que la Real Academia Española presenta una nueva edición de su *Diccionario*. Parecen opuestas, pero son caras de una misma moneda. La primera se lamenta por el carácter incompleto del libro; la otra, por su aspecto elefantiásico. Atendamos en detalle a la primera. Blas de Otero escribió:

Quisiera ir a China  
para *orientarme* un poco.

La cursiva nos advierte la convivencia de los dos sentidos de la voz *orientarme*, pero la acepción *colmarse de Oriente*, sin embargo, es inaudita para el *Diccionario*. Cito, ahora, al doctor Guillermo Díaz-Plaja:

El poeta  
ajedrezó su vida en esperanzas y desánimo

El *Diccionario* no registra el verbo *ajedrezar*; pero tampoco *desnacer*, aunque Unamuno haya escrito: «des-

---

1. Publicado en el blog personal *fernandoalfon.blogspot.com*, en la primavera de 2010.

nacerás un día de repente». Estas ausencias no deben justificarse en su razón poética. Abundan los ejemplos más prosaicos. «Somos carnívoros y no *bibliófagos*», escribió Ezequiel Martínez Estrada en *La cabeza de Goliat*; Lugones usó *crepusculizar* en «La estatua de sab»; y Anderson Imbert, *arquitecturar*, en su *Teoría y técnica del cuento*. Ninguna de esas tres palabras está en el *Diccionario*. Arturo Costa Álvarez se animó a un *requetesabido*, y justo en *Nuestra lengua*, donde buscó *requetematar* a los que no cuidan el idioma. Julio Cortázar, en la memorable conferencia que dio en Cuba, allá en los albores de la década del sesenta, deslizó la palabra *tangibilidad* y después un *indesmentible*. Horacio Quiroga tituló a uno de sus cuentos «Los buques suicidantes». No dejaré de mencionar al navarro Amado Alonso, quien usó un *deformamiento*, un *ortografiar* y hasta un *intuicionales*, todos en *El problema de la lengua en América* (1935), un libro destinado a denunciar lo relajados que son los porteños para hablar. No las busque, lector, en el catálogo de voces oficiales. No las hallará.

Detengámonos un poco más en esto. A fines del siglo XIX, el peruano Ricardo Palma se preguntó qué razón había para que, estando registrada la voz *presupuesto*, no se alojara con igual naturalidad el verbo *presupuestar*. Era un ejemplo entre otros tantos que enlistó en 35 páginas, y publicó para su observación en *Neologismos y americanismos*. Juan B. Selva —que no fue un terrorista del lenguaje— también hizo un listado, esta vez de 8 mil voces y acepciones neológicas, y lamentó que la Real Academia se resistiera a incorporarlas a su decimosexta edición del *Diccionario*. Aquellas voces partían del siguiente argumento: «Veamos el crecimiento que motiva el suf. *-ble*, prove-

niente del lat. *bilis* que forma adjetivos juntándose con la radical de algunos verbos, mediante una vocal eufónica, comúnmente *a* (cant-a-ble) o *i* (mov-i-ble). Viene a evitar toda una frase, ya que a falta del adjetivo *abaratable*, por ejemplo, habría que decir “que se puede, o es posible, *abaratar*”»<sup>1</sup>. Selva se preguntó por qué el *Diccionario* demoró tanto en incorporar *confesable*, si ya existía *inconfesable*; *descriptible*, si existía *indescriptible*; *eluctable*, estando ya *ineluctable*. Debieron haber sido aceptadas aquellas, primero, y luego estas últimas, que son derivados. Curiosamente, estaba *incalumniable*, pero faltaba *calumniable*; estaba *inexpresable*, pero faltaba *expresable*; *insospechable*, pero faltaba *sospechable*, etcétera. Se sorprendió, en cambio, al constatar la incorporación de *imprevisible*, no existiendo aún *previsible*; *inasible*, familiar de *asir*; *inasible*, aunque faltaba *asible*, inexplicablemente. Selva dedujo, con estas pruebas, el accionar supersticioso que pone y excluye voces en el léxico, y se animó a postular que un número finito de vocablos aguardan en el umbral de la real corporación, a la intemperie.

Lo dicho hasta aquí basta para consentir con la primera queja: adolecemos de un *Diccionario* incompleto. La Real Academia no nos ahorra este padecimiento, porque parte de la presunción de que el léxico es limitado, pero de límites inconmensurables. He aquí el modo en que lo justifica: «Podrá objetarse que las posibilidades de formación de nuevas palabras mediante estos procedimientos son prácticamente infinitas; pero lo cierto es que el uso real, en España y en América, acepta solo algunos neologismos de este tipo, mientras que rechaza otros»<sup>2</sup>.

1. SELVA 1944, 94.

2. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA 2001, XXXVI.

Las objeciones de Palma, de Selva y de todos los que lamentaron algún faltante en el lexicón, sin duda eran legítimas. La Real Academia, a destiempo, fue alojando en su casa muchas palabras nuevas, pero nunca logró acabar con el mal de las ausencias. La productividad de la lengua no construye solo las voces que ya se usan, sino otras tantas que se podrían usar, a partir del mismo principio con que se construyeron las voces ya en uso. ¿Por qué invitar a que ingresen las palabras derivadas que hallaron Palma o Selva y no invitar, directamente, a toda voz que provenga de una derivación posible?

Me he detenido bastante en demostrar la incompletud del *Diccionario*. Seré más breve para señalar su aspecto elefantiásico: se lee en las cifras que se consignan en el «Preámbulo» de su última edición impresa: «se han añadido 11425 nuevas entradas, 24819 nuevas acepciones y 3896 formas complejas»<sup>1</sup>. Imaginar que los hablantes del español somos tan *entradores* es incurrir en una prepotencia algorítmica, a la que la Real Academia nos tiene acostumbrados. Si tenemos el verbo *amar*, ¿a qué agregar entradas como *amabilidad*, *amable*, *amablemente*, *amado*?

El *Diccionario* no se hace más rico con este tipo de agregados; solo se hace más gordo. Sigue siendo, a un mismo tiempo, incompleto y exagerado; no están todas las palabras que existen y se imprimen muchas más de las necesarias. Alojarse unas y dejar a la intemperie a otras desliza un ligero manto de sospecha sobre las que no entraron. En un mundo donde el común de la gente cree que las palabras que no están en el *Diccionario* no existen, este tipo de aduana robustece la presunción de que las palabras que no están impresas, no son palabras.

---

1. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA 2001, IX.

Para que el *Diccionario* adelgace y, a la vez, se nutra mejor, debe postular un conjunto de reglas de productividad y liberar a los hablantes. No es indispensable consignar todos los adverbios que hicimos con *mente*, basta decir que, con esta terminación, se construyen adverbios. Explicar el criterio con que se construyen y no mucho más. Las reglas de los juegos, en esto, nos pueden servir de guía. Para enseñar a jugar al ajedrez, es legítimo enseñar las jugadas más comunes, pero es indispensable mostrar cómo mueve cada pieza. Siempre que el alfil corra en diagonal, será correcto, aunque uno de sus movimientos, en una partida determinada, haya sido poco usual, inesperado o incluso inédito.

La lengua portuguesa cuenta con un *desentristecer*, que también usó Caetano Veloso en «para desentristecer, leãozinho / o meu coração tão só» ¿Qué impide tenerlo en español? Creo que lo tenemos, aunque no esté muy en uso ni conste en el *Diccionario*. Creo que nadie dudaría cómo se ha compuesto esa palabra y qué significa. El *Diccionario* recogió *inactivo*, *indócil*, *inhábil*, ¿por qué no hizo lo mismo con *indormible*, *indespertable*, *insonable*? Esteban Echeverría escribió «llegamos a esta unidad generatriz y conservatriz», en su *Ojeada retrospectiva* ¿Qué tipo de capricho hace que los diccionarios registren *generatriz* y rechacen *conservatriz*? El *Diccionario de uso del español* de María Moliner nos da muchas entradas como *orientarse*, aunque hubiera bastado anunciar que con el pronombre *se*, adherido al final, los verbos se hacen reflexivos.

Unamuno pedía tolerancia con este tipo de procedimientos, pues un vocablo jamás calca el significado de otro. Producida la dualidad de forma, deviene la dua-

lidad de sentido. De modo que *influir* e *influenciar*, son cosas tan distintas como *esperar* y *esperanzarse*, *resolver* y *solucionar*. «Meter palabras nuevas, haya o no otras que las reemplacen, es meter nuevos matices de ideas»<sup>1</sup>. Lugones estimuló a convertir en verbo todo lo que sea necesario, acción que llamó *verbalizar*, cuando la Real Academia aún no lo admitía<sup>2</sup>. No estaba equivocado.

Imagino un diccionario de páginas austeras, no infinitas, que informen sobre las infinitas posibilidades del léxico. Una suerte de *Diccionario potencial del español* —o DIPE, como les gustaría a aquellos que reducen todo a siglas—, donde la idea de potencia remita a lo que es capaz la lengua. No creo que pasar de una concepción *finita* del léxico a una *infinita* incite a que todos los trenes descarrilen. Las reglas de producción del español no son caóticas. Para demostrarlo me valgo de la lengua usual; los hablantes producen derivados y compuestos a cada momento. A menudo lo hacen con ciertas dudas; otras veces con el temor de ser sancionados socialmente. Mi postulación es persuadirlos de que no deben temer. Anhele un *Diccionario* que no sea solo un repositorio de lo que ya hay, sino un generador de lo que puede haber.

En su contra podría decirse que de un *saludar* surgiría un *saludable*. ¿Cómo sabemos que no proviene de *salud*? Del mismo modo en que desambiguamos la vastedad de palabras homófonas como *as/haz/bas*, *Asia/hacia*, *bacilo/vacilo*, *barón/varón*, *bello/vello*; u otras tantas homógrafas como *vino*, *capa*, *tapa*, *tiro*, *lista*, *amo*, *río*, *pila*, *cura*, *bota*, *gato*, *calle*, *vela*. Toda voz, fuera de su contexto, puede resultar ambigua.

1. UNAMUNO 1901, 103.

2. LUGONES 1910, 247.

No es necesario acercar casos irrisorios para atacar esta postulación. A mí mismo se me ocurren algunos que no me intimidan. A pesar de tener un vocablo como *dromedario* no estimo probable un *dromedarizar* o un *dromediable*. Lo creo tan improbable, incluso, como creo innecesario proscribirlo por anticipado. Quien quiera formar de *diccionario* un *diccionariabile*, allá él con sus *-nariables*; pero ¿acaso no hay ya un *diccionarista*, que es igual de feo e impronunciable? De *Argentina*, yo no gestaría un *argentinabile*, pero no objeto un *argentinizár*. Quien me refute, ¿borrará también *afrancesar*, *germanizar*, *italianizar*? Existe *anglicado*, *anglicanizado*, *anglicanizante*, *anglicismo*, *anglicista*, *ánglico*, *angliparla*, *anglista*, *anglística*... ¿qué brumosa razón hace que no exista *anglicanizar*?!

Desconozco las posibilidades concretas de un DIPE; me basta con que señala un problema, sugiere una alternativa y espera que los lexicógrafos y filólogos, entre otros, laboren soluciones más realistas. Mi postulación es de carácter ensayístico. No desanhela correcciones o enmiendas; acaso las espera y las solicita.

#### POSDATA DE 2015

Las hipótesis sugeridas en esta «Postulación...», allá por el 2010, no eran temerarias. Ahora veo que además eran simples y de cierto sentido común lexicográfico. En la vigesimotercera edición del *Diccionario* (2014), la propia Real Academia advierte que son muy amplias las posibilidades de formación de nuevas palabras mediante voces derivadas de otras o formadas mediante composición, y aunque no todos los resultados posibles los recoge el *Diccionario*, «no es necesario señalar que la ausencia

de un derivado o un compuesto posible no implica su ilegitimidad»<sup>1</sup>. No es necesario señalarlo, sin duda, pero al agregar algunos y eludir otros, deja sin efecto esta indulgencia. El *Diccionario* es el mismo, aunque debemos celebrar esta advertencia. En la próxima edición, además de contener una sana doctrina en sus prolegómenos, es de esperar verla materializada en el resto de sus páginas.

---

1. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA 2014, LI.

## Ambigüedad grata del español

Los nombres de la lengua española no son unívocos. *Bellaco* vale tanto para decir que alguien es malo y ruin, como para decir que es astuto y sagaz. *Nimio* proviene de *nimius*, con que los latinos significaban lo excesivo y abundante; para nosotros significa lo contrario: insignificante o de poco valor. Es muy curioso que un *fallo* sea el dictamen de un tribunal, al que se presume justo y meditado, y al mismo tiempo sea un error, un traspíe, el lamentable acto de haberse equivocado en algo. Homonimias hay muchas, pero pocas que signifiquen exactamente lo contrario.

Gracias a la flexibilidad de las lenguas de las que deriva el español, da igual decir una *bella mujer* que una *mujer bella*. Nada cambia si digo *un cordial hombre* en lugar de *un hombre cordial*. Un *tipo pobre*, en cambio, no tiene nada de equiparable a un *pobre tipo*. Con el plural de *manzana* podemos formar *varias manzanas*; pero *los gérmenes* no es el mero plural de *el germen*, por ejemplo, de una revolución.

En *la conquista de España*, España puede resultar ser la conquistadora o la conquistada. El problema reside en la preposición *de*, pero es un problema común a varias lenguas. Con la expresión *invention of Homer* —el ejem-

plo es del británico Martin West— puedo enunciar lo que Homero inventó o que Homero fue un invento. La Institución Libre de Enseñanza, de Francisco Giner de los Ríos, ¿era una institución libre o una institución *libre de enseñanza*? Otro tanto pasa con el *por*, de aquí que cuando un matutino porteño tituló: «Vecinos de la Villa 31 protestan por la urbanización del barrio», la preposición no permitía dilucidar si los vecinos querían o no la urbanización. Algo similar ocurrió cuando un político de La Matanza aseveró: «¡Hay que terminar con los pobres!» ¿Había que exterminarlos? Hasta el verbo *terminar*, incluso, requiere de contexto. Las preposiciones de nuestra lengua dan mucho que hablar, y aún más cuando no aparecen. En la expresión *mis ojos no pueden mirar tus ojos*, ¿cuáles son los ojos que no pueden mirar? Creo que se ve mejor en el ejemplo *¿dejará el amante el amado*? Otro tanto ocurre con nuestro impreciso *su*, del cual no nos podemos fiar en una oración como *Juan reprochó a su hijo, a causa de su amigo*. ¿El amigo de quién?

A menudo expresamos algo evocando su opuesto. Decimos *no me digas nada*, cuando en verdad queremos que no nos digan *algo*.

—¿Comiste bien?

—¡Mal!

Pero ahora con *mal* queremos enfatizar que comimos muy bien. Ese libro *no hay en todas las librerías*, equivale al *no hay en ninguna*. Decir que Fulano *no es en absoluto* mal escritor es igual a decir que *en absoluto es* malo. ¿No *querés venir?* es alternativa de un *¿querés venir?* Significa lo mismo, pero la primera forma agrega un *no*. El arte de insultar y de ser cariñosos, en cambio, comparten casi todo su repertorio. Si detestamos a alguien decimos que

*es un hijo de puta*; pero si es muy amigo nuestro y lo queremos mucho le decimos lo mismo. Parecen iguales, pero son sus contrarios. Una persona que espera aburrída dice *estoy haciendo tiempo*, aunque en verdad lo está *desbaciendo*. Así, en Perú se dice *seco de pollo*, cuando lo traen bien humedecido. En Argentina, la sopa es algo indudablemente líquido; la sopa paraguaya, en cambio, es una suerte de tortilla irremediabilmente sólida.

Un capítulo de festival se abre con las comas, que a menudo no se tiene la menor idea de cómo emplearlas. *Felizmente dijo que sí* no es lo mismo que *felizmente, dijo que sí*. En el primer caso estaba feliz, pero en este último caso no lo sabemos. Supongamos un contexto —el ejemplo lo hizo archifamoso (a) Jacinto Benavente—, en que un hombre está a punto de ser asesinado y pregunta a su verdugo:

—No me vas a matar ¿verdad?

—No, te voy a matar.

Si la víctima no escucha la coma, acaso aloje la vana esperanza de que no corre peligro.

Todas las gramáticas ordenan que se respete la concordancia entre el sujeto y el verbo: un hombre *mira* hacia el cielo, pero no *miran*, pues solo se trata de uno. Pero al llegar a un lugar decimos *buenos días*, o *buenas tardes*, como si fueran varias. A veces decimos *buen día*, pero nunca *buena tarde*. Y otro tanto sucede con la hora, que a menudo preguntamos cuántas son y no *qué hora es*, pues nos responden que *son las dos* o *son las tres*.

Hay cosas antiquísimas y de uso masivo que tienen un solo nombre: el tenedor, por ejemplo, que a lo sumo admite diminutivo: tenedorcito. Su hermano el cuchillo, en cambio, tiene infinidad de objetos circundantes, cu-

yos nombres a veces nos sirven de sinónimos: cuchilla, navaja, daga, puñal, filo, hoja, verdugillo, cortaplumas, facón. La cuchara comparte la mala suerte del tenedor; admite solo cucharita o cucharón.

Las unidades de peso como miligramo, kilogramo, tonelada, o de longitud como milímetro, decímetro, hectómetro son inconmensurables para un argentino. El carácter inequívoco las torna inútiles para la vida cotidiana, que a menudo requiere de unidades más concretas como *un cacho*, *una bocha*, *un toco*. Una cifra como *quichicientos* es inasible como *seis millones trescientos treintaicuatro mil treintaicuatro*. Si tenemos mucha plata, tenemos *un fangote* o *una torta de guita*. A veces no alcanzamos el bondi por un *pendejésimo* o por *un pelín*. Si cuesta mucho valor, sale *un ojo de la cara*. Si cuesta poco, sale *tres mangos* o *chaucha y palito*. Pero si cuesta mucho esfuerzo, en cambio, *cuesta un buevo*, o para ser más precisos, *un buevo y la mitad del otro*. Si falta mucho, falta *un tocazo*; si falta poco, falta *un puchito*. Nunca vamos por la autopista a 130 o 135 kilómetros por hora, sino que vamos *a las chapas*; y si aún queremos ir más rápido, le *echamos gas*. Si hay poca gente, son *tres gatos locos*; y si no hay nadie, *no está ni el loro*. *Hasta el cielo* es más que un montón; y un montón es más que mucho.

Con el tiempo nos pasa algo parecido. Esperar a alguien un minuto no equivale a esperarlo durante sesenta segundos, sino *un rato*, que nunca excede los diez o quince minutos. Esperar *un toque*, en cambio, se acerca más a la exactitud de un minuto. Duró *un suspiro*, representa algo que duró muy poco, pero si se trata de un amor, ese poco puede ser más de un año. Falta *bocha* es que falta mucho; equivale a *una banda*. El contexto da la escala.

Tenemos un extraordinario *coso*, que sirve para todo: *alcanzame el coso ese que está al lado de aquel otro coso*. Es el comodín con el que podríamos nombrar la totalidad de las cosas; con cierta imprecisión, sin duda, pero qué gran cosa es este coso que alude a casi cualquier cosa. El coso ese que ordena alfabéticamente las palabras y las define, no lo registra, no obstante ser una de las palabras que más usamos. Hay tantas en el coso ese de la RAE que jamás nombramos, que no estaría mal consignar esta que no podemos dejar de nombrar.

Algunos lexicógrafos y gramáticos han trabajado a destajo para intentar limpiar al español de estas ambigüedades, sobre las que han aplicado soluciones de lo más curiosas. El catalán Ricardo Monner Sans, por ejemplo, exhortó a consultar la etimología, para que no haya confusión. Si *abandonar* entrañó en su origen la idea de dejar en cierto desamparo a una persona, no se puede *abandonar una ciudad* para ir al campo. Tampoco se puede *acentuar* otra cosa que no sea una vocal; ni *tomar medidas*, pues solo las toman los sastres. El método adolecía de un obstáculo: saber latín, griego, árabe, además de filología. Esas soluciones no eran necesarias. No hay ninguna palabra que, en sí, signifique algo preciso; digamos con los pragmáticos: solo hay contextos. Todos los diccionarios deberían comenzar con esta aclaración y advertir a sus lectores que no sean muy literales. ¡*Eh, amigo!* Puede ser la forma afectuosa de llamar a una persona, o la forma altanera de invitarla a pelear. Estas ambigüedades no debilitan la lengua, la ensanchan. Si no existieran, deberíamos crearlas.



## La lengua en Ecuador

Hace unos días, aquí, en Guayaquil, conocí un barrio cercano al cementerio, *La cachinería*, donde los ropaviejeros, los desarmadores de autos, los cirujas y las cocineras más pobres de la ciudad van a ofertar sus mercancías. Ahí se puede conseguir un poco de todo: zapatos usados, anteojos viejos, medicamentos vencidos, costura al paso, autopartes robadas. Me metí en ese barrio para dar con alguna librería de usados. El Tío Paul me había asegurado que la encontraría. No la hallé, pero en cambio di con un cachinero mulato, un tal Berni, que vendía libros viejos, robados y algunos también usados. Los tenía amontonados en un local, un depósito, donde las tapas de unos iban a mezclarse con las hojas sueltas de otros; cubiertos de polvo, humedad y a veces orín de gato. Un rosado percutido por el sol había unificado el color de todos los libros. En una pila a la mano hallé un ejemplar de *Los mestizos ecuatorianos* (1995), de Manuel Espinosa Apolo. Se trataba de una cuarta edición, de apenas 75 centavos de dólar, módico precio en el cual —se aclara en pie de contratapa— iba incluido *El Telégrafo*. Estaba editado por el diario, la Colección Bicentenario y el Ministerio de Cultura. Un epígrafe del presidente de la nación, Rafael Correa Delgado, alentaba esta nueva edición. Lo compré.

Ingresé al libro intrigado por el título de su primer capítulo: «Las peculiaridades lingüísticas», cuya reiterada tesis enuncia que el español es el idioma que utiliza el grupo mestizo ecuatoriano. La tesis no parece asombrosa; lo asombroso es la aclaración: «sin embargo, este [el español] se manifiesta en el contexto nacional con características propias»<sup>1</sup>. Es tan evidente que las distintas regiones de nuestra lengua tienen sus características propias, que la aclaración lo pone en duda. Esa duda, ¡ay!, se confirma en esta misma página, más abajo: «la lengua común de los mestizos ecuatorianos constituye una versión particular del español standard, es decir, se trata de una variedad regional o un dialecto de dicho idioma». En nota al pie aclara que llamará *español* al castellano, porque «universalmente esta es su denominación»<sup>2</sup>; pero luego, a lo largo del capítulo, usará tanto *español* como *castellano*, indistintamente, de modo que, o bien no cree mucho en eso de *universalmente*, o bien no se cuida tanto de sus notas al pie. Aunque Espinosa lance una saeta contra la «gramática oficial hispánica» y la denuncie por considerar a las variedades del español de América como burdas deformaciones, ya veremos que su libro no nos emancipa de ella.

No es sencillo establecer qué entiende Espinosa por *idioma* y qué, por *dialecto*, pero en página 45 afirma que un idioma es un sistema, mientras que un dialecto es un subsistema «como es el caso del español hablado en el Ecuador». Todo esto es como decir que los ríos de Ecuador son un subsistema de ríos, pues ríos standard son el Duero y el Ebro. En mi estancia en Ecuador hablé

---

1. ESPINOSA APOLO 1995, 29.

2. *Idem.*

con gente de todo tipo —distinguí los tonos de Loja y de Guayas, de Napo y de Esmeraldas; compartí almuerzos con costeños y serranos, con gente que venía de los campos y de las urbes populosas; escuché hablar a intelectuales y vendedores ambulantes, a artistas de salón y peones de albañil— ninguno de ellos me habló en un subsistema de lengua, sino más bien una lengua entera. Esa lengua, aquí, en Ecuador —al igual que en Madrid, o en el Río de la Plata, de donde vengo— se llama *español* o *castellano*. Llamar *dialecto* al español hablado en el Ecuador no parece convencer, por momentos, ni al propio Espinosa, pues lo reemplaza por «el español hablado en el Ecuador»<sup>1</sup>.

El problema radica en que el uso actual de la voz dialecto se aplica más en un sentido político que lingüístico. En el sentido, quizá, que lo define el *Diccionario de la lengua española* (2001) en su tercera acepción: «Estructura lingüística, simultánea a otra, que no alcanza la categoría social de lengua». A partir de la presunción de que el español hablado en Ecuador es un dialecto que deriva, a su vez, del dialecto castellano andaluz preclásico<sup>2</sup>, Espinosa agrega que «ha sufrido alteraciones significativas por la incidencia del quechua ecuatoriano o *chinchay*»<sup>3</sup>. Veamos de cerca algunas de estas «alteraciones significativas», que divide en léxicas, fónicas, morfológicas y sintácticas.

En cuanto a las léxicas, Espinosa no teme seguir las hipérboles de Justino Cornejo, constatadas en *El quichua en el castellano del Ecuador* (1967): «más del 50% del habla rural y aproximadamente un 50% del vocabulario de

1. ESPINOSA APOLO 1995, 53, 58, 61 y etcétera.

2. *Ibidem*, 31, 34 y 45.

3. *Ibidem*, 31.

un hombre ecuatoriano común son quichuismos»<sup>1</sup>. Por ejemplo, la palabra *botar* —he aquí el modo en que Espinosa llega a estos guarismos— debe el doble significado de *abandonar* y *dejar*, a la influencia del vocablo quichua *jbitashca*, que los contiene a ambos. Cabe preguntarse si el fenómeno por el cual *botar* significa más de una cosa no se debe a la polisemia de casi todos los verbos, una virtud que disponen las lenguas en general, incluida la quichua. *Abandonar*, por ejemplo, también puede equivaler a olvidar, esconder, desplazar. Con esta predisposición al quichuismo, hasta la interjección *ey* provendrá de ese sustrato, como lo afirma en página 50.

En cuanto a la pronunciación, entre otros fenómenos, destaca el yeísmo en la sierra centro-norte del país: *shave* (llave), *shuvia* (lluvia), *shora* (llora). Por este yeísmo, los ecuatorianos deducían que yo era argentino. De modo que, si también es peculiar de la Argentina, no es solo peculiar de la sierra centro-norte de Ecuador. También es común en casi toda la costa occidental de Hispanoamérica, desde Chile hasta México, y también es común en España, sobre todo en Extremadura, Castilla - La Mancha y Andalucía.

Espinosa también cree que es influjo quichua, a nivel morfológico, alteraciones por adición de fonemas como en *dentrar* (entrar) y *denantes* (enantes), que yo encuentro tan común entre el gauchaje argentino. Y quichuas serían las aféresis como *horcar* (ahorcar) *tras* (atrás), *hora* (ahora), y las síncopas *eleaquí* (he lo aquí) y *aynomás* (ahí no más), que yo también encuentro tan natural de toda lengua y que atribuyo a principios musicales y de economía. Quichua sería, además, que el diminutivo haga más cortés y

---

1. ESPINOSA APOLO 1995, 46.

suave una frase. También en otras lenguas, no obstante, *páseme esa bojita* es menos imperativo que *páseme esa boja*. Para demostrar que la cortesía del diminutivo se debe al influjo quichua no basta postular que el quichua tiene ese atributo, sino que el español no lo tenía.

En cuanto a la sintaxis, la preferencia del futuro perifrástico *voy a cantar* en vez del sencillo *cantaré*, para Espinosa es propio del mestizo ecuatoriano, ¡por influencia del quichua! Prefirió soslayar que el actual *cantaré* fue alguna vez *cantare más habeo*, y que data de la época en que se forman las lenguas románicas. Pero tuvimos que llegar hasta aquí, lector, para que Espinosa deje al descubierto el frágil bastón con el que trastabilla por entre las tinieblas, pues confiesa que «la sintaxis es todavía uno de los aspectos menos estudiados»<sup>1</sup>.

Espinosa presenta a estos fenómenos como «peculiaridades lingüísticas del grupo mestizo ecuatoriano», pero vemos que, o bien no son privativas de ellos, o bien nos enseñaron a hablar al resto de los hispanoamericanos. Los mapas políticos no suelen coincidir con los mapas lingüísticos. Postular ecuatorianismos reviste el complejo trabajo de demostrar que se tratan de peculiaridades de Ecuador, y solo de Ecuador. Al presentar, luego, a estas peculiaridades como influencias determinantes del quichua sobre el español, no puede sino aseverar que «el quichua es la primera fuente causal de la modificación del español en el Ecuador y, por tanto, de su dialectización»<sup>2</sup>. No creo que deba ponerse en duda el protagonismo del quichua en esta modificación —aunque noté que el inglés está dejando huellas más frescas—; dudo,

1. ESPINOSA APOLO 1995, 61.

2. *Ibidem*, 58.

en cambio, que esta modificación haya hecho de los hispanohablantes ecuatorianos unos dialectosos. ¿Acaso se dirá que el quechua hablado en Ecuador, el quichua, debe ser considerado un dialecto del quechua hablado en Perú? Decir que los americanos hablamos un dialecto del español peninsular es *lingüísticamente* tan equivalente a decir que los españoles hablan un dialecto del americano.

Muchos de los ecuatorianos que confiesan saber quichua, resulta que se trata de un saber confinado a un puñado de voces; otros tantos dicen hablarlo con fluidez, pero no se atreven a hacer ninguna demostración. Muchos de los que realmente saben quichua lo callan o lo susurran en la intimidad. Las universidades lo ignoran. La industria editorial no lo registra en sus producciones. Los diarios nacionales ni lo usan, ni lo estimulan. No hay, por lo demás, anuncios publicitarios en esa lengua. He visto, cerca de la casa de Juan León Mera, en Ambato, unas enormes letras de chapa que anunciaban un «Hospital indígena», indicio de que también ellos usan el español, cuanto menos, para saber dónde está el hospital. De modo que si el mestizo ecuatoriano habla un dialecto fruto del encuentro entre un español estándar y un quichua chinchay, a este último lo tienen bien escondido.

Yo me asombro del español hablado en Ecuador, pero no de sus peculiaridades distintivas, sino de sus similitudes con el español del resto del continente. Lo que pasa en Ecuador es común al resto de Hispanoamérica: las lenguas indígenas son estudiadas muy poco y muy mal. Los libros que las enseñan, si se editan, son difíciles de encontrar y, si se los encuentra, son difíciles de recomendar. Queda, por tanto, el campo abierto hacia los dos extremos: negar todo tipo de influencia indígena sobre el

español o bien encontrar quichuismos a cualquier precio. Las razones de esta negligencia, en ambos sentidos, redundan en un desconocimiento de las cuestiones indígenas, que usted, lector, podrá imaginar de dónde provienen. Sugiero comenzar por una fecha: 1492.

Guayaquil, febrero de 2010



III





## La visibilización de la mujer y de la RAE<sup>1</sup>

Si prescribe hace política; si no prescribe, igual. Este es el dilema en el que quedó atrapada la Real Academia Española frente al problema de la visibilización de la mujer en la lengua. Entre sus miembros había un pacto de silencio hasta que su prohombre, Ignacio Bosque, lo rompió en marzo de 2012, cuando decidió escribir un informe intitolado «Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer». Era un *nosotros* el que hablaba, porque eran varios académicos quienes lo suscribían. «No creemos que tenga sentido forzar las estructuras lingüísticas para que constituyan un espejo de la realidad [...]», rezaba su conclusión.

A Bosque le llamaba la atención que muchas personas creyeran que los significados de las palabras se deciden en asambleas de notables, «y que se negocian y se promulgan como las leyes». Este informe, cuanto menos, abonaba esta creencia y llama la atención que Bosque no lo haya advertido. Entre las deducciones acertadas decía que el indefinido *omne*, del latín *hominem*, ya se usaba desde el castellano medieval con el sentido de *uno o cualquiera*, y que eso se cristalizó en el proceso que llamamos *gramaticalización*. Si ahora se cristalizara la idea de que

---

1. Publicado en *Contexto. Otro diario digital*. La Plata, 6 de noviembre de 2016.

*hombre* ya no representa la totalidad de la especie humana, podríamos preguntarle a Bosque, ¿por qué la RAE debería intervenir para que esa gramaticalización no se produzca?

El pasado 2 de octubre, en *XL Semanal*, Arturo Pérez-Reverte quiso enfatizar más la iniciativa de Bosque y reclamó mayor intervención pública de la RAE, tildando a algunos de sus compañeros de «acomplejados y timoratos». Ignoro a quiénes se refería, pero uno se sintió aludido y le respondió. El 14 de octubre, en *El País*, el cervantista y académico de número Francisco Rico dijo que pronunciarse frente a los desdoblamientos del tipo *todos y todas* se trataba de una cuestión política en la que la RAE «no tiene por qué entremeterse». También creyó oportuno recordar que «la institución se limita a registrar en su *Gramática*» la realidad del idioma. La aseveración de que se *limita a registrar* fue como si la subrayara.

La cosa hubiera quedado ahí si Rico no hubiese agregado que el que los invitaba a meterse en política era nada menos que «el alaristemente célebre productor de *best sellers*». Obviemos el infortunio del adverbio y vayamos directo al sustantivo: productor de *bestsellers*. Todos estos calificativos sobrarían si no fuera que nos permiten escuchar, de boca de los protagonistas, la cuestión académica de fondo: el dinero. ¿El dinero? ¿Qué tiene que ver el dinero con el «*todos y todas*»? Lo pudimos averiguar unos días más tarde (18 de octubre, *El País*) en la respuesta de Pérez-Reverte, al acusar a Rico de creerse el dueño de Cervantes. Don Arturo quiso hacer su versión abreviada del *Quijote* —una edición «de forma desinteresada y cediendo todos los derechos editoriales a la RAE»— a partir de la célebre edición establecida por

Rico, quien no se mostró tan altruista y reclamó su tajada. El abreviador le dijo «que no había derechos a cobrar por parte de nadie, que se trataba de aportar ingresos a la Academia». Rico se negó. Mirá vos, lector, dónde arrancó la discusión y hasta dónde llegó: hasta el bolsillo. Pérez-Reverte creyó que, en verdad, Rico salía de repente con una «biliosa virulencia» contra él por este asuntillo de las regalías.

Hay quienes dudan de la inteligencia de don Arturo, porque lo encuentran muy interesado en demostrarla en cada una de sus intervenciones públicas. En este duelo, al menos, se dio un tiro en la pierna. La RAE ha sabido representar muy bien el papel de neutralidad política; el prestigio que infunde en quienes la respetan descansa en ese aspecto de imparcialidad. Rico lo comprende bien, y acaso su premeditado silencio no sea más que una defensa de la riqueza que logró con él. Si la RAE comenzara a *dar por saco*, como quiere el autor de *Alatriste*, y comenzara a llamar «pusilánimes a los que lo son, y estúpidos a quienes creen que por meter la cabeza en un agujero no se les queda el culo al aire» es probable que, ¡ay!, además del culo, terminen por mostrar la jeta. Don Arturo comparte con Rico la superstición de que la RAE desempeña una actividad científica, pero, a diferencia de aquel, parece no advertir que, después de los pronunciamientos públicos, vienen los desenmascaramientos, cuyo último capítulo es la pulverización de la corporación como institución descriptiva de la lengua. Si la RAE se decidiera a confesar que su tarea de fondo es influir en el curso del idioma español —un curso cada vez menos natural—, debería volver a llamar a su *Diccionario* «de autoridades», y agregarle de subtítulo, «de las autoridades que solo ejercen in-

fluencia sobre nosotros». Eso sería, además de honesto, mejor para todos, y también para ella, que podría rearmar su prestigio a partir del único tesoro legítimo que ostenta: el sesgo español.

## Ortomanías<sup>1</sup>

A lo largo de la historia, los pueblos siempre han lidiado con facciones de sus hablantes que postularon la imperfección de la lengua o las amenazas que la volverían imperfecta. Esas facciones propugnaron torcerla hacia su corrección o protegerla del peligro. Por *correcto* —voz que los griegos llamaban *orto*—, cada facción entendió lo que quiso, pero siempre de manera enfática. Casi nunca bastó con señalar los males; creyeron necesario acciones tendientes a extirparlos. Las ortomanías, así, suelen nacer como alarmas, tienden a propiciar reformas y, cuando logran el consentimiento del Estado, terminan en medidas coercitivas. Algunas son célebres por su cariz utópico; otras inofensivas, por la candidez que las anima; pueden llegar a ser crueles, y hasta punitivas. Veamos algunas que afectaron a la lengua española.

La primera corrección maniática a destacar fue el purismo. Se gestó en Francia, durante el siglo XVIII, y en España se usó para detener —venial paradoja— la influencia francesa. Lo encarnó la Real Academia Española desde su fundación (1713) y lo mandó a grabar en

---

1. Publicado en *AGlo. Anuario de glotopolítica*. 4 de septiembre de 2018. Lleva como subtítulo «A propósito de “La política de la incomodidad”, de José del Valle».

su emblema: *limpia, fija y da esplendor*. El purismo español determinó como parámetro de corrección una herencia patrimonial situada en el pasado, en especial en su Siglo de Oro; un centro privilegiado, España; y una casta de hablantes, de preferencia escritores: las *autoridades*. Todo ello constituyó la pureza de la lengua. Procuró, así, impedir que ella asimile vocablos nuevos, provenientes del extranjero o del vulgo, a quienes condenó bajo los nombres de *neologismo*, *barbarismo* o *vulgarismo*. Como enseñó el mexicano Luis Fernando Lara, el purismo también confundió el vocabulario con la moral, por lo que censuró todas aquellas palabras que nombrasen partes del cuerpo o secreciones corporales; aconsejó *busto* en vez de *seno*, *miembro* en vez de *pene*, *aliviarse* en vez de *parir*.

Otra ortomanía adquirió el nombre de casticismo. Fue oriundo de España y, a diferencia del purismo, permitió nuevas palabras y préstamos de otras lenguas, siempre y cuando se construyeran o asimilasen siguiendo los parámetros del léxico castizo. Admitió *viking*, pero solo en la forma *vikingo*; toleró *email*, pero si se lo llama *correo electrónico*; rechazó escribir *whisky*, y nos propuso el inverosímil *güisqui*. Los casticistas lucharon contra el *galicismo* durante el siglo XIX, y contra el *anglicismo* a partir de mediados del XX. No sería de extrañar que ahora alerten contra los chinismos.

Malheridos por las críticas que le asestó la lingüística laica, desde fines del siglo XIX, tanto el purismo como el casticismo agiornaron sus presentaciones públicas y, para perpetuar sus misiones prescriptivas de origen, se confiesan abocados a una ciencia descriptiva. Me referí a ellos en pasado, acaso porque son manías que ya perdieron fuerza.

De la corrección política —la otra ortomanía que afecta al español— no puede hablarse sino en presente. Surgió en el primer cuarto del siglo XX y su libro más emblemático es *The Authoritarian Personality* (1950), una empresa colectiva encabezada por Theodor Adorno. El fascismo ha sido derrotado en su manifestación explícita —reza la tesis de ese libro—, no obstante esto, los individuos de la sociedad contemporánea son potencialmente fascistas. Esa potencialidad opera a nivel inconsciente, configurando una personalidad autoritaria, irrumpe como ideología y se constata en la lengua. Roland Barthes fue más allá en su *Leçon inaugurale* (1977), al creer que hablar «es simplemente fascista».

Como se trata de un mal psicológico, se creyó que era posible una cura. En primer lugar hace falta localizar esos rasgos por medio de una crítica de la cultura, una interpretación de lo que aparece oculto. Todo es el vehículo de una ideología que hay que desenmascarar. Esta teoría dotó a los colectivos —como el ecologismo, el indigenismo, el progresismo— de un instrumental hermenéutico capaz de intervenir en la lengua y corregirla. Uno de esos instrumentos es el eufemismo. A los *negros* lo llama *gente de color*; a los *indios*, *pueblos originarios*; a los *ciegos*, *no videntes*. Como el resto de las ortomanías, el correctismo cree que el cambio de una voz reviste un correlato exacto en la realidad. Erradicando la voz *negro*, se espera que a largo plazo caiga el sistema racial. Como se cree que el fascismo es inconsciente, la difusión de estos eufemismos supone someter el habla y la escritura a una estricta vigilancia léxica. Una suerte de expurgación psicoanalítica. Mientras la corrección política no es gobierno, la manía circula en cursillos, afiches y campa-

ñas publicitarias; cuando toma alguna de las esferas del Estado, tiende a devenir en política pública y en manual oficial. Ya en las propias «Conclusiones» del libro adorniano se advertía el inconveniente de «corregir» al potencial fascista apelando a una estrategia maniática<sup>1</sup>.

De todos los correctismos políticos, el más enfático proviene del feminismo —*los feminismos*, en rigor, atendiendo a la diversidad de sus reclamos—. A partir de la presunción de que toda forma de habla conlleva el patriarcado, detectó que el masculino se impuso para generalizar: *el ser humano, uno mismo, reunión de padres*, etc. Protestó contra esa convención y llamó a que se hiciera explícita la mujer en todas las formas del habla; primero intentó la reduplicación *todos y todas*, luego el *tod@s*, el *to-dxs*. La última invención fue el ensayo de la *e* como vocal no marcada, pero no faltó la vertiente feminista que la impugnó so pretexto de que en *todes* o *les alumnes*, otra vez es la mujer la que se invisibiliza.

Dado que el correctismo político aspira alcanzar un lenguaje inclusivo, equitativo o libre de error, conviene revisar sus antecedentes en *La ricerca della lingua perfetta*, de Umberto Eco, que reseña la lengua adánica, la cábala, la *vulgari eloquentia* de Dante, el *ars magna* de Ramon Llull, la lengua monogenética, la mágica, las poligrafías, la panglosia de Comenius, las lenguas filosóficas a priori, el invento de George Dalgarno, el de John Wilkins, el de Francis Lodwick, el de Leibniz, el esperanto y otros intentos que anhelaron una lengua sin prejuicios, la lengua de Dios o simplemente perfecta. Una mención especial, quizá, amerite la alusión que hizo del célebre lingüista soviético Nikolai Marr, quien auguró —disueltas las clases

---

1. ADORNO 1950, 975.

sociales, los nacionalismos y los privilegios— una lengua universal libre de esos males.

Tres grandes perspectivas rivalizan en torno a qué sucede con las pretensiones ortomaniáticas. Están los que creen que una lengua solo se transforma de manera espontánea y ningunean los intentos artificiales de cambio, so pretexto de que nunca prosperan. Los románticos argentinos de la primera mitad del siglo XIX, por ejemplo, militaban esta tendencia. Están, por otro lado, los que sobreestiman las acciones planificadoras y creen que cualquier innovación surgida de la Real Academia Española o la escuela pública termina imponiendo sus criterios normativos. Están, por último, los que creen que todo cambio debe operar en el sentido común, de manera sutil, a largo plazo. Los autores de *The Authoritarian Personality* eran de esta escuela.

Es prematuro, por tanto, aseverar qué sucederá con el llamado lenguaje inclusivo. Muchas ortománías prosperaron durante un tiempo y después se disiparon. Los cambios más definitivos pueden durar un verano. El *todes* está haciendo su camino, pero no sabemos si se impondrá; lo dirá el tiempo y la fuerza de la que sea capaz. Promoverlo o combatirlo son apuestas de resultado incierto; más aún cuando promoverlo conspira contra su implementación y atacarlo puede que estimule a su defensa.

Para proyectar, no obstante, lo que podría suceder, deberíamos echar un vistazo a otros intentos ortomaniáticos que existieron en Argentina. Juan Cruz Varela exhortó, poco después de la Revolución de Mayo, a usar un idioma patrio; Ernesto Quesada, a fin de ese siglo, a un castellano culto; el purista Monner Sans, después, predicó un habla casta; Lugones, en cambio, un castellano hercú-

leo, que oyó —o creyó oír— en el fraseo de los gauchos extintos. De ahí en más, ensayos de reformas, alarmas o defensas de un tipo de habla especial provinieron de Xul Solar, Roberto Arlt, Avelino Herrero Mayor, incluso de Borges, que creyó adivinar un idioma cosmopolita en la conversación distendida de la amistad. Hoy no queda casi nada de todo aquello; y lo que quedó, ya lo consideramos nuestro, auténtico o acertado. Esas incursiones deberían desdramatizar lo que hoy parece irremediable.

## La tradición alarmista en Argentina<sup>1</sup>

El 10 de mayo de 1770, el rey Carlos III promulgó la cédula en la que prohibía el uso de las lenguas indígenas en América, «para que de una vez se llegue a conseguir el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa en los mismos dominios, y solo se hable el castellano»<sup>2</sup>. ¿A qué le temía, el rey? ¿Qué tipo de amenaza representaban las lenguas americanas? Con esa cédula podemos decir que se encendieron, por primera vez, las alarmas en América, en torno a la lengua española.

Justo un siglo más tarde, en 1870, preocupada por el divorcio que se estaba produciendo entre América y España, la Real Academia creó una Comisión de Academias Americanas, con el fin de evitar una segregación idiomática y custodiar la pureza del idioma. Al reseñar esa iniciativa, Puente y Apezechea, entonces secretario de la Comisión, reactualizó las alarmas. España se había resignado a que las repúblicas del otro lado del Atlántico se hayan independizado, pero reclamaba que se le reconozca la maternidad cultural. Luego, como estas

---

1. Publicado en *El Ojo Mocho otra vez*. Revista de Crítica Política y Cultural. N° 8. Buenos Aires, primavera-verano 2019/2020, pp. 97-99.

2. KONETZKE 1962, 368.

repúblicas ya tenían más trato y comercio con extranjeros que con españoles, la Real Academia estimó que «si pronto, muy pronto, no se acude al reparo y defensa del idioma castellano en aquellas apartadas regiones, llegará la lengua, en ellas tan patria como en la nuestra, a bastardearse de manera que no se dé para tan grave daño remedio alguno».<sup>1</sup> El interés de la Real Academia por reanudar los vínculos «violentemente rotos» tenía un interés geopolítico, pues la recomposición de esos vínculos «va, por fin, a oponer un dique, más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona»<sup>2</sup>.

A partir de las últimas décadas del siglo XIX, con la gran ola de inmigración ultramarina hacia la Argentina, el temor a una babelización intensificó las alarmas. Ernesto Quesada presentó el idioma nacional como un *problema*, atacó la tesis americanista de Juan María Gutiérrez, advirtió la amenaza del inglés y, ni bien se publicó el *Idioma nacional de los argentinos*, de Lucien Abeille, impugnó la pretensión de decretar que ese idioma ya existía.

A pocos meses de celebrarse el primer centenario de la Revolución, Ricardo Rojas entregó al presidente de la nación, Carlos Pellegrini, un informe sobre la educación argentina, en el que se relevaba el estado reprochable del *idioma nacional*. Creyó que el uso de voces como *atorrante*, *titear*, *patota*, *indiada*, *madrugador*, *tilingo* informaba sobre el desastre moral de la Argentina, pues «lo que pasa entre nosotros, por influjo de la horda cosmopolita en su mayoría analfabeta, es la deformación de las

---

1. PUENTE Y APEZECHEA 1873, 277.

2 *Ibidem*, 279.

palabras castizas, el abuso del extranjerismo, estridente, el empleo absurdo de las preposiciones, la introducción de sonidos extraños a la música de nuestra lengua»<sup>1</sup>.

En esos años, Ricardo Monner Sans tramó buena parte de su obra a «davar con jabón la boca de los niños», como decía uno de los refranes que tanto le gustaba analizar. Me refiero a libros como *Notas al castellano en la Argentina* (1903), *De gramática y de lenguaje* (1915), *Disparates usuales en la conversación diaria* (1923) o *Barbaridades que se nos escapan al hablar* (1924). Monner Sans fue un pionero en la empresa de corregir el habla de los argentinos, y la escuela pública adoptó sus libros para instaurar el español peninsular como norma de estilo. Juan B. Selva, José Cantarell Dart y Rodolfo Ragucci acompañaron la cruzada de Monner Sans, y también colmaron las bibliotecas escolares de volúmenes preceptistas. Arturo Capdevilla, que también podemos enlistar en esta tradición, concedió tres obras colaborativas para este ejército corrector: *Babel y el castellano* (1928), *Despeñaderos del habla* (1952) y *Consultorio gramatical de urgencia* (1967). Con los énfasis de Capdevilla, quedó claro que el embate principal de los ortólogos fue contra el voseo, que la escuela combatió denodadamente, hasta no hace muchos años.

Avelino Herrero Mayor amerita un párrafo aparte, porque fue el más prolífico y destinó todos sus libros a limpiar de barbarismos el habla de los argentinos. Llevan títulos como *Lengua, diccionario y estilo* (1938), *El idioma de los argentinos y la unidad del castellano* (1942), *Presente y futuro de la lengua española en América* (1943). Leer uno cualquiera es como haberlos leído a todos. Elijamos el

---

1. ROJAS 1909, 368.

que apareció en 1949, en pleno peronismo, bajo el título de *Tradición y unidad del idioma*. Herrero Mayor nos recuerda que *Cristóbal* proviene del nombre latino *Christophorus*, que en griego significa «el que lleva a Cristo», de modo que, con el español, llegó la Cruz y, aferrada a ella, la gramática, bajo el brazo de Nebrija. Desde entonces, Herrero Mayor estima que van juntas, se respetan recíprocamente y el buen parlador debe bregar porque esta unidad no se rompa. Su doctrina —como la de Juan B. Selva, como la del presbítero salesiano Ragucci— es sacramental: procura que unos cuantos preceptos corrijan los pecados del habla, limpien la lengua de todo mal y eviten infecciones al alma.

En este volumen, Herrero Mayor ya no teme a la dialectización de la lengua anunciada, a la sazón, por Rufino Cuervo; la amenaza cambió de rumbo: «Salvado de la catástrofe histórica de la “fragmentación”, el castellano de América, como el de la Península, sufre, no obstante [...] el barbarismo que corrompe y falsea lógica y estéticamente el idioma. El extranjerismo es, como veremos, un factor moderno de disolución, capaz por sí solo de llevar la lengua a la dispersión espiritual, que es la peor de las dispersiones».<sup>1</sup> En la larga lista de nombres que saludan y ponderan la labor de Herrero Mayor está el plantel general de preceptistas de la época. Se destaca Menéndez Pidal, entonces presidente de la Real Academia Española, cuya declaración resume la posición del grupo y el optimismo que los abriga: «Es de esperar que esos artículos, que se leen con gusto por su forma atractiva y que expresan doctrina lingüística bien orientada y bien establecida, contribuyan eficaz-

---

1. HERRERO MAYOR 1949, 29.

mente a la gran obra purificadora del lenguaje, que por fortuna está en auge en estos tiempos».<sup>1</sup>

A esta tradición también se afilió Amado Alonso, al menos en trabajos como «*El problema argentino de la lengua*» (1932), que Américo Castro recogió en *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (1941). Esa peculiaridad —reposada en la presunción de que ¡en los países del Plata, cada cual habla como quiere!— persuadió a Castro para denunciar que en esa región «nos hallamos frente a un constante prurito de rebeldía respecto de cualquier norma o magisterio, con desdén para su valía y su santa eficacia»<sup>2</sup>.

Las alarmas no cesaron ni siguiera con el auge del neoliberalismo de los años 90, donde la enajenación de empresas emblemáticamente nacionales y la abrupta apertura al intercambio comercial se morigeró con proyectos oficiales alertando sobre el peligroso influjo de lenguas extranjeras. Ahí tenemos, entre otros, el proyecto de *Ley de preservación de la lengua castellana*, del entonces secretario de Cultura de la Nación, Jorge Asís (1994), destinado a la «preservación de la lengua como elemento esencial del patrimonio cultural ante la proliferación de términos extranjeros que la afectan en su identidad»<sup>3</sup>. Las alarmas de Monner Sans sufrieron el embate de Roberto Arlt, así como las de Castro sufrieron el de Borges. Son conocidos. La refutación a las alarmas de Asís, en cambio, fue más extraordinaria y menos difundida. La sugirió Germán Sopena, entonces secretario de redacción de *La Nación*, en oportuni-

1. HERRERO MAYOR 1949, 169.

2. CASTRO 1941, 23.

3. ASÍS 1994, 155.

dad de enfrentarse con Asís en la televisión, en torno a la polémica desatada por su proyecto. Si Asís visitó alguna vez Italia —conjeturó Sopena—, habrá notado que al Pato Donald lo llaman *Paolino Paperino*; al Tío Rico, *Paperone de' Paperini*; mientras que a Mickey Mouse lo rebautizaron *Topolino*. Como si esto no hubiera sido suficiente, también le recordó que a Batman, el hombre murciélago, lo llamaban *L'uomo pipistrello*. Para explicar estos nombres había que remontarse a los años 30, cuando estos personajes comenzaron a exportarse a todo el mundo y en Italia sufrieron la adaptación que les impuso el fascismo. El proyecto de Asís, más de medio siglo más tarde, contenía los impulsos purificadores de aquellos nacionalistas.

Luego de estas refutaciones, el tema pareció haberse saldado. La tradición alarmista, que había hecho esfuerzos denodados, sin lograr resultados sensibles, ya tenía entre sus refutaciones un *l'uomo pipistrello*. No obstante esto, un retoño del libro de Castro surgió en los albores del siglo XXI. En 2005, el diario *La Nación* y la editorial Sudamericana entregaron el Premio Ensayo a *El país que nos habla*, de la escritora Ivonne Bordelois. La tesis del libro no excede estas líneas: «No es la tradición ni la identidad del español en la Argentina lo que está en causa en estos momentos. Lo que está en causa en todos los rincones del planeta es la sobrevivencia de la palabra humana. [...]. Lo que está en causa es la subsistencia de la mera palabra, la que todos los días debe levantarse y lavarse la cara ante las innumerables toneladas de basura que le arroja la televisión chatarra, la prensa cipaya, la radio obscena, la música ensordece-

dora, la propaganda letal»<sup>1</sup>. El párrafo se enmarca en la presunción de *amenaza* —voz que ya había inspirado a Bordelois un título como *La palabra amenazada* (2003)— y se afilia a la reflexión sobre la lengua en términos de *indignación*<sup>2</sup>. Bordelois trazó una genealogía de intervenciones en torno a la querrela de la lengua en Argentina, y se postuló como heredera de la tradición que va de Sarmiento a Borges, cuando en verdad se acerca más a la que va de Monner Sans a Américo Castro. La siguiente cita, que es de ella, la pudo haber escrito cualquiera de estos últimos dos: «¿Cómo remontar esta terrible inercia, este culpable abandono en el cual hemos dejado derivar nuestro lenguaje por pantanos sofocantes hasta volverlo casi irreconocible? ¿Qué podemos hacer para detener este declive letal, que de tal modo conspira contra nosotros mismos?»<sup>3</sup> Ni Sarmiento ni Borges abordaron el problema en términos de amenaza. Recogieron el español de su época y nos devolvieron uno más ágil, sugerente y agudo. No creyeron que estábamos ante un peligro, sino ante una posibilidad; Argentina no se proyectaba como una tierra degradante, sino como una periferia de proyecciones infinitas.

Fue tan inadecuado el planteo de Bordelois, que comprometió la solución que propuso al final del libro: delegar el salvataje del idioma a los poetas y aconsejar al lector encontrar en ellos una defensa redentora. Como ella misma es poeta, además de lingüista, echemos una ojeada a uno de sus poemas, para ver un ejemplo de salvación:

---

1. BORDELOIS 2005, 10-11.

2. *Ibidem*, 27.

3. *Ibidem*, 21.

vienen las velas blancas de la noche  
son emisarias de playas adonde nunca fuimos  
donde no iríamos irías  
en mi memoria el color de tu deseo  
como tardes de magnolia fuscata en la casa que fuimos  
que fuéramos seríamos  
te vi te vimos no estabas o estuviste  
pero alguna vez supiéramos supimos que acaso habrías  
estado  
    estando sin estar y te alejabas habiéndote alejado y ale-  
jándote  
    besándome y habiéndome besado como yo te besé y  
te besaría  
    sin haberte besado pero entonces  
    habrás llegado llegaste y has llegado siempre llegas  
    pero también te vas, irías y te has ido  
    mientras te abrazo, abrazas, abrazábamos.

Estos versos, que no se privaron de ninguna «magnolia fuscata», llevan el nombre obvio de «Conjugaciones». ¿Creerá Bordelois que ejemplos como estos nos libran de toda amenaza?

He mencionado el alarmismo en Argentina, no porque sea una tradición local. España tuvo la suya, acaso más vigorosa e intensa. No tema, lector, no lo cansaré detallándosela. Me basta con citar las declaraciones de don Víctor García de la Concha, al presentar *El libro del español correcto*, momento en el que creyó oportuno advertir que «se habla un español zarrapastroso» (*El País*, 4 de diciembre de 2012). Si la declaración quiso ser una alarma, en el Río de la Plata no sobresaltó a

nadie, porque no se sabía qué coño quería decir eso de *zarrapastroso*, aunque para respaldar esa tesis pudo haber ofrecido como ejemplo el mismísimo libro que estaba presentando.

La tradición alarmista parece diversa, pero tiene una constante que la simplifica. Primero atacó las lenguas americanas, sospechadas de ensuciar el español; luego contuvo la influencia francesa, fundando la Real Academia; más tarde moderó la influencia anglosajona, creando las Academias Correspondientes en América; alertó sobre la babelización que traían los inmigrantes; y ahora, en tiempos de García de la Concha y el Instituto Cervantes, alerta contra los medios de comunicación, la publicidad y el comercio. Para esta tradición, la lengua siempre estuvo, está y estará bajo amenaza. Nunca llega a ver realizado su ideal de pureza: le basta con que rijan los mecanismos de purificación.

El problema de la lengua —y es esta mi hipótesis— no es un problema de amenaza, o más bien, no es en términos de amenaza que deba pensarse la defensa de nuestra lengua. La corrección misma puede ser, en todo caso, otro factor amenazante, más aún cuando se la esgrime como el valor superior de la comunicación. No hay más mal, en un anacoluto, que un error de cálculo; en una prosa que es solo correcta, en cambio, ya se ha consumado el mayor de los males. Un hablante que, antes de decir un neologismo, un giro coloquial o un cultismo, calla por temor a equivocarse, es un hablante sin *expresión*. El efecto directo de la punición social, ahí, redundó en un silencio.

La tradición alarmista no logró evitar ninguno de los males que denunciaba; nos falta estudiar si ella misma no

provocó algún mal. Se ha investigado mucho la corrupción del español en Argentina —eso que los preceptistas llamaron el *relajamiento social de las normas*—, resta investigar los alcances devastadores provocados por la presión normativa. El cinto que castigaba la mano izquierda no fue eficaz para que alguien se haga diestro; resta describir las heridas en la mano censurada.

## Lenguaje inclusivo: lipograma y afectación<sup>1</sup>

En 1972, el artista conceptual Georges Perec publicó una novela escrita solo con la vocal *e*, cuyo efecto visual y sonoro ya se hacía evidente desde el título, *Les revenentes*. Era una variación de su novela anterior, *La disparition* (1969), cuya gracia había sido la contraria: prescindir de esa vocal. Este tipo de experimentos formales fueron comunes entre los miembros del *Ouvroir de Littérature Potentielle* (Taller de Literatura Potencial), pero la experimentación que hallamos en estas dos novelas, el lipograma, parecía reeditar la que, unos años atrás (1939), había deparado una fama fugaz al escritor americano Ernest Vincent Wright, a causa de su *Gadsby* —«50,000 words novel without the lettre “E”», según leemos en la portada de su primera edición—. Salvo alguna excepción, este tipo de obras carecen de traducción, no tanto por imposible, sino por innecesaria. No son libros para ser leídos; la mera formulación del concepto basta. Si imaginamos una rescritura constreñida de la *Iliada* —en cuyo primer canto prescindimos de la letra *alfa*; en el segundo, de la *beta*; en el tercero, de la *gamma*, y así hasta cansar al

---

1. Publicado en *Club de Traductores Literarios de Buenos Aires*, página dirigida por Jorge Fondebrider. Buenos Aires, 3 de julio de 2020.

alfabeto—, ¿necesitamos la demostración empírica? Esa demostración la emprendió el poeta Néstor de Laranda; y Trifodoro, autor de *La toma de Ilión*, completó el ejercicio con la *Odisea*. Ambas obras se perdieron.

Decir que Perec se inspiró en Wright es un mero pálpito. También pudo haber sentido el influjo de Jacques Arago, su compatriota, autor de un *Voyage autour du monde sans la lettre A* (*Viaje alrededor del mundo sin la letra A*); o de Henry Vassall-Fox, Lord Holland, que en 1824 ensayó una «Eve's Legend» («Leyenda de Eva»), cuyo aspecto era este:

Men were never perfect; yet the three brethren Veres,  
were ever esteemed, respected, revered, even when the  
rest, whether the select few, whether the mere herd, were  
left neglected.<sup>1</sup>

Cada vez que a alguien se le ocurre esta idea *por primera vez*, cree estar respaldado por el encanto de lo inaudito. Podríamos decir que la candidez es otro rasgo del artificio. No fue el caso de Perec, sin embargo, que luego de *Les revenentes* publicó una «Histoire de lipogramme» (1973), donde ponderó el artificio y, para persuadir al lector de sus virtudes, tomó el recaudo de no utilizarlo. Esa breve historia del lipograma ya había sido bosquejada por el filólogo alemán Ernst Robert Curtius (1948), aunque, a diferencia de Perec, despachó el asunto en un párrafo bajo el título «Formale Manierismen». Curtius lo encontró un juego absurdo y lo detectó ya en la Grecia arcaica del siglo VI antes de Cristo, en unos poemas de Laso de Hermíone escritos sin sigma. También sabemos,

---

1. HOLLAND 1824, 170.

aunque no por Curtius, que Laso era muy sensible a los sonidos —se le atribuyó el primer tratado de música— y que pudo haber querido prescindir de la sigma, no por diversión, sino por el disgusto que le producía su silbido. La explicación es verosímil, pues la supresión de alguna letra también se dio por distintas formas de rechazo. Fue el caso del poeta romántico Gottlob Wilhelm Burmann, quien imputó a la *r* la aspereza de la lengua alemana, y la retiró de su poesía —*Gedichte ohne den Buchstaben R* (Berlín, 1788)—, luego la omitió en su conversación y hasta dejó de pronunciar su apellido, los últimos diecisiete años de su vida, para no ser agresivo. El caso es particularmente significativo para este ensayo, pues la *r*, en alemán, es fundamental para las construcciones masculinas.

Podemos definir al lipograma como aquel texto que excluye una letra *de forma deliberada*, o la reemplaza por otra. Recuesto en la definición *de forma deliberada*, porque, de lo contrario, cualquier línea podría ser lipogramática. (Esta que ahora escribo, por ejemplo, prescinde de la *f*, pero no es evidente). Si consentimos esta definición, el lenguaje inclusivo es, técnicamente, lipogramático. En una frases como *les niñas eran todes lindes* es deliberada la sustracción de la vocal *o* en determinantes, sustantivos y adjetivos. Es cierto, el lenguaje inclusivo no es un juego —o no lo es, cuanto menos, el temperamento de aquel que lo habla—. Si no es un juego, ¿de qué se trata? Quizá se pueda responder mejor esta pregunta si se postulan las dificultades que enfrenta su implementación.

A menudo toda lengua es impugnada por algún «defecto» —por vieja, por rígida, por impura, por degenerada—; primero surgen las alarmas, luego los alarmistas proponen la solución, que puede quedar en propuesta o

lograr el favor del Estado, la lengua entra en deliberaciones, lucha y al cabo encuentra su cauce. Si los llamamos *problemas*, no es más que por convención: la lengua se desentumece gracias a ellos. El problema que denunció el lenguaje inclusivo es la presunción de universalidad del masculino, marcado por la vocal *o*, y ensayó distintas formas de reemplazarlo. Algunos de esos ensayos —como el uso de la equis y la arroba— parecen haber agravado el problema que venían a disipar y se tendió a abandonarlos. La implementación de la *e*, como alternativa de universalización, parece correr otra suerte, pero está asediada por cuatro obstáculos.

Omitir una vocal no es garantía de su silencio; a menudo es la forma de su intensificación. En los lipogramas, aquellas letras que se reemplazan suelen quedar en evidencia. He aquí la paradoja que acecha al lenguaje inclusivo y se constituye en su primer obstáculo: bajo un estricto vestido que la desviste, terminar enfatizando la *o*, constituirla en el centro de la discusión. En el relato infantil de James Thurber de 1957, unos piratas toman por asalto la isla Ooroo y, a causa del odio que uno de ellos tenía a la vocal *o*, prohíben su pronunciación a los isleños. El libro se llamó, naturalmente, *The Wonderful O*, y puede servir para comprender mejor este fenómeno.

El segundo de estos obstáculos es su notoriedad. Desfila con una suerte de pancarta que afirma: «¡Aquí estoy!» Cada vez que se pronuncia suena de fondo como una vuvuzela. Toda comunidad de hablantes suele resistirse a los cambios estridentes, al encontrarlos compulsivos; y puede aceptar hasta los más inverosímiles, en cambio, si percibe que son espontáneos. El lenguaje inclusivo se escucha como una afectación, como forma de hablar

deliberadamente distinta al habla natural. No entendamos por *habla natural* nada raro, ni la impugnem con suspicacias sociológicas: es el habla con la que pedimos un tostado en el café, saludamos a un amigo el día de su cumpleaños o conversamos con nuestros padres. Es el habla que nos sirve, incluso, para formular nuestros descontentos con la misma forma de hablar. Decir *todes* ha llegado a ser natural solo en muy determinados ámbitos; en los demás —que son casi todos— delata manierismos o corrección política.

El poder judicial también tramó una jerga, que algunos llaman bajo el oxímoron *lenguaje de la justicia*, y que solo consentimos en determinados ámbitos. Nadie en la calle, por lo demás, usa esa jerga para ser más justo. Quedó confinada a los tribunales, a los contratos y a las querellas. A menudo, incluso, conspira contra la voluntad genuina de hacer justicia y crea un abismo entre un juez y sus presos, privando a los legos de hablar la lengua que los condena. La ciudadanía no usa el lenguaje de la justicia, porque solo lo cree propio de un sector. Algo similar sucede con la jerga de la policía, cuando habla de *un masculino*, en vez de *un hombre*, o un *Natalia Natalia* en vez de *un desconocido*. ¿Son formas más justas de habla? No, son simplemente formas jergales, usuales entre oficios o comunidades específicas. Si la policía saliera a las calles clamando a viva voz para que todo el mundo se convirtiera a la jerga policial, en nombre de hacer más segura la ciudad, obtendría un soberano desinterés por parte de la sociedad civil, no porque esta descrea de la policía, sino porque no cree que deba hablar como ella.

La afectación se determina a partir de su contexto. Usar miriñaque no es, en sí, más ridículo que no usarlo:

depende si estamos en la España de mediados del siglo XIX o en el conurbano bonaerense del siglo XXI. Una abrumadora mayoría siente que hablar de *chiques, niñes y diputades* es como usar miriñaque. Lo invito, lector, para persuadirse de este registro, a caminar por cualquier calle de la república y constatar el nivel de aceptación del lenguaje inclusivo. Hasta el momento, carece de arraigo popular. Pero como toda afectación, pretende que se la perciba como natural y espontánea, y sobreactúa la consternación ante aquellos que no la aceptan sobre tablas. Protesta ante cierta intolerancia, pero esa intolerancia no es tanto de la Real Academia Española, que más bien exhibe cierto cansancio sobre el tema; ni de las academias en general, que a menudo lo impulsan. Esa intolerancia proviene mayormente de los sectores populares, que no han sido consultados para corregirles el *lenguaje* y contemplan azorados la paradoja de que se lo llame *inclusivo*. Son las grandes masas de trabajadores los que más celan por su lengua y abrazan un casticismo de urgencia como única forma, a veces, de disponer de algún tesoro cultural. Son ellos, ante todo, los que no quieren *hablar mal*, y a menudo hacen enormes esfuerzos para que sus hijos aprendan una buena ortografía y alcancen una pronunciación *decente*. El lenguaje inclusivo, cuya implementación requiere un dominio completo de la gramática, se percibe como un lujo de sectores ilustrados. Es una marca de clase.

La notoriedad del lenguaje inclusivo es notoriedad, a la vez, de su autoría. He aquí el tercer obstáculo que atenta contra su adopción. Esta vez no es la moda intelectual francesa, la Real Academia Española o la publicidad norteamericana la que impulsa la afectación, sino

una facción de un movimiento social. Toda comunidad siente que la lengua que habla le es propia y suele revelarse cuando alguien —un monarca, una corporación o una tendencia política— se arroga el derecho de su propiedad. Esas influencias se suelen tolerar mejor cuando se borra la huella de donde provienen. Para ejemplificarlo, recordemos el caso del volapuk, inventado en 1880 por el sacerdote alemán Johan Martin Schleyer. En este caso no se detectó un problema implícito de machismo, sino de nacionalismo, de modo que el artificio suponía la *inclusión* de todas las lenguas nacionales. Al principio tuvo una extraordinaria acogida: antes de cumplir una década de vida, ya se contaban 283 sociedades de volapuk en todo el mundo y una academia. Se llegó a registrar un millón de estudiantes. Se dice que en los congresos, hasta el mozo hablaba volapuk. Pero empezaron las discusiones entre Schleyer y sus discípulos, que querían simplificar la gramática para su mayor difusión y comercio. Luego del tercer congreso, la academia rompió con el inventor, refutó sus caprichos e impuso los de la corporación —que entonces no se veían como caprichos—. El malestar se acrecentó, el volapuk perdió vigencia y se reemplazó por un nuevo idioma, el Neutral, que al poco tiempo terminó en nada. En el caso del lenguaje inclusivo, muchos no advierten que al demandar al Estado urgencia en la implementación, subrayan su procedencia y alientan la intransigencia ante cualquier tipo de innovación.

Como la afectación es una extravagancia gramatical, el sistema completo de la lengua la resiste, a menos que se someta toda la lengua a esa extravagancia. Requiere extender la afectación hasta constituirla en un sistema. He aquí el cuarto obstáculo para la perpetuidad del len-

guaje inclusivo: precisa la invención de una lengua artificial. El reemplazo de la *o* por la *e* es un principio orientador, con el cual podemos formar un puñado de palabras. Para formar infinitas oraciones, en cambio, precisamos una solución para todos los problemas de composición. Quienes creen que esas precisiones están en camino, las aguardan con ansias; aunque no es fácil dar con el filólogo que quiera diseñar una lengua artificial más, y enlistarse en la saga de nombres como los de Wilkins, Schleyer o Zamenhof. Hay una gramática en marcha, en verdad, pero el lingüista que la cavila advirtió, en estos días, que más grave que la *o* es la *p*, con la que formamos palabras como *pija*, *padre*, *puño*, *poder*, y que es la consonante que sustenta al patriarcado. Su proscripción —he aquí la paradoja de este esbozo de gramática— requiere de una prepotencia mayor a la que impugna. También advierte que ingresar el neutro en una lengua estructurada a partir de masculinos y femeninos requerirá «de muchos atropellos».

A fines de 2019 —y amparadas por la Resolución N°1558/19 del Consejo Directivo—, un grupo de alumnas de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA exhortó a un viejo profesor de la casa a decir *les estudiantes*, cuando se refiera a ellas. Hubo un cruce de insultos y hasta algún forcejeo. Los acalorados pasillos comentaron el suceso, que ya pasaba a ser un caso testigo. Entre el derecho de nombrar como uno quiera y el derecho a ser nombrado como a cada uno mejor le parezca no puede apelarse a una autoridad última que liquide el conflicto. Atribuirse el lugar de la corrección funda la disidencia. La lengua está inmersa en una nueva querrela y no conviene saldar el malestar a golpe de martillo. Los que re-

chazan el lenguaje inclusivo de cuajo deberían aceptar que el universal masculino ha sido impugnado; la lengua ya se ha anoticiado de esa impugnación, aunque aún no sabemos qué forma adoptará para superar el conflicto. Los que creen que esa forma ya existe y no queda más remedio que aceptarla, deberían confiar más en sus intuiciones y encarar la persuasión con más desenfado. El énfasis acelera, pero hacia el atajo de encajar el anhelo de emancipación en una jerga. La lengua se abrirá, sin duda, si es que ya no se ha abierto; será otra y seguirá siendo la misma. A no temer por nada.



# IV





## Economía, artificio y omisión

...le cri éperdu du silence dure des siècles.

HENRI MICHAUX, «Icebergs»

En un pasaje de su *Historia* (III, 46), Heródoto cuenta que unos exiliados de Samos llegaron exhaustos a Laconia, pidiendo una intervención contra la tiranía de Polícrates, pero demoraron tanto en el discurso que los espartanos perdieron el hilo de la solicitud. Los samios volvieron más tarde, ahora mostrando un saco vacío y aclararon que *el saco está vacío*. Entonces los espartanos comprendieron mejor y prepararon una expedición contra Polícrates, pero reprocharon la aclaración: con mostrar el saco hubiera alcanzado. Este tipo de anécdotas hicieron que el *laconismo*, que aludía a una región, terminase por significar todo aquello que fuera conciso. Hay quienes creyeron que esa parquedad se debía al carácter militar de Esparta y a su aparente desinterés por el sutil trabajo del intelecto. No fue el caso de Sócrates, quien notó en la rudeza de los laconios la mera simulación de simpleza, para no revelar en qué consistía su verdadera fuerza. Si uno se pone a conversar con uno cualquiera de ellos, parece lento, pero en cualquier momento «dispara una palabra digna de atención, breve y condensada, como un terrible

arquero, de modo que su interlocutor no parece más que un niño». <sup>1</sup> El filósofo Heráclides Póntico afirmó, después, que esa concisión era deliberada y se enseñaba a los espartanos desde muy chicos. <sup>2</sup> Plutarco detalló esas enseñanzas —su biografía de Licurgo es admirable— y agregó que el ejercicio de la brevedad no era instrucción en la mera economía, sino en la mucha expresión en pocas palabras. Recordó que alguna vez un ateniense se mofó de que las espadas de Laconia fueran tan cortas, y que el rey Agis le respondió que era la longitud más adecuada para llegar al corazón de sus enemigos. Plutarco justificó esas armas y creyó que, al igual que ellas, la brevedad de las sentencias no atendía más que a la eficacia. <sup>3</sup> Los antiguos retóricos griegos sintieron el influjo espartano y adoptaron la brevedad en la doctrina. Gorgias la ponderó y se jactó de que «nadie sería capaz de decir las mismas cosas en menos palabras que yo». <sup>4</sup> Cicerón celebró la brevedad de los oradores áticos y la concisión que los caracterizaba, aunque a veces tan concisa que se tornaba oscura. <sup>5</sup> En tal caso, reviste el riesgo de una paradoja: cuanto algo es muy oscuro, mayor es el tiempo que debemos emplear en desentrañarlo. <sup>6</sup> Unos años antes al *Quod nihil scitur*, de Francisco Sánchez, Juan de Valdés recogió la brevilocuencia, la proyectó sobre el idioma español y enseñó que hablarlo bien «consiste en que digais lo que

1. PLATÓN, *Protágoras*, 342e.

2. HERÁCLIDES PÓNTICO «Lacedaemoniorum», 211 [II, 8]: «Quin etiam student inde a pueritia breviter dicere, praetereaque argute cavillari et excipere cavilla».

3. PLUTARCO, «Licurgo» 19, *Vidas paralelas*.

4. PLATÓN, *Gorgias* 449c.

5. CICERO, *Brutus*, 8, 30: «compressione rerum breves et ob eam ipsam causam interdum subobscuri».

6. SÁNCHEZ 1581, 185.

quereis con las menos palabras que pudieredes»<sup>1</sup>, de tal modo que no sobre nada, ni nada se pueda quitar sin que la expresión se desmorone. El principio de la economía, como se ve, ya había viajado desde la antigua Grecia hasta el Renacimiento.

En el laudatorio prefacio que escribió a las obras de Shakespeare, Samuel Johnson lamentó, sin embargo, que incurriera a menudo en una dicción pomposa y afectada de circunloquios, y «narre incidentes con muchas palabras, que podrían haber mejorado con el empleo de pocas»<sup>2</sup>. Unos años más tarde (1769), el filósofo y esteta holandés François Hemsterhuis tramó una idea del arte en que la belleza consistía en lograr, en el menor tiempo posible, la mayor cantidad de ideas<sup>3</sup>. Thomas De Quincey (1840) lamentó que la prosa británica se hubiera apartado de esa buena doctrina, para volverse pomposa y casi tan abrumadora como la alemana. Schopenhauer —que refrendó la condena de De Quincey y escribió cosas más graves sobre el estilo de sus compatriotas— no citó ni a Johnson ni a Hemsterhuis cuando recogió el principio, quizá porque encontró sus precursores en un verso de Hesíodo —«más valiosa es la mitad que el todo»<sup>4</sup>— y en otro de Voltaire —«el secreto para aburrir es decirlo todo»<sup>5</sup>. Adscribió tanto al laconismo que le agregó un énfasis: «Es mejor sacar algo bueno, que dejar

1. VALDÉS 1533, 223.

2. JOHNSON 1765, 22 : «tells the incident imperfectly in many words, which might have been more plainly delivered in few».

3. HEMSTERHUIS 1769, 9: «Nous avons vu que le beau dans tous les arts nous doit donner le plus grand nombre d'idées possible, dans le plus petit espace de temps possible».

4. HESÍODO, *Trabajos y días*, v. 40.

5. VOLTAIRE 1737, 419: «Le secret d'ennuyer est celui de tout dire».

algo trivial»<sup>1</sup>. Herbert Spencer abrevó en las impresiones de De Quincey para concebir la idea de «economía de la expresión» (1852): presentar las ideas de modo tal que sean aprendidas con el menor esfuerzo mental posible<sup>2</sup>. Stevenson aplicó el principio a la propia formulación del mismo: «Style is synthetic»<sup>3</sup>. No refiere a ninguno de estos antecedentes, aunque apela a la misma meta: lograr decir dos ideas en el espacio de una. Luego agregó: el lector no solo admira la escritura estilística por la habilidad que condensa, sino porque no logra advertir el modo en que se tramó el artilugio. Queda como un niño ante un malabarista: ve volar las naranjas, mas no ve las manos. El placer del lector se desprende de ese asombro.

William James comprendió que los efectos de la economía no se confinaban a un problema estilístico: concernía a la percepción misma de la realidad. Entendió que ella aparece ante nosotros en su diversidad sensible, pero solo podemos concebirla si la reducimos a su máxima simplicidad. Solo así es manejable, sin el empeño de un descomunal esfuerzo mental. La simplificación consiste en un «artilugio que economiza trabajo»<sup>4</sup>. Ese artilugio, creyó, es la pasión filosófica por excelencia.

La presunción de que el efecto artístico deriva de la economía se interrumpió en Rusia, en tiempo de la revolución. El crítico Víktor Shklovski (1917) intentó re-

---

1. SCHOPENHAUER 1851, 572 [Zweiter Theil, §283]: «Immer noch besser, etwas Gutes wegzulassen, als etwas Nichtssagendes hinzusetzen».

2. SPENCER 1852, 436: «To so present ideas that they may be apprehended with the least possible mental effort, is the desideratum towards which most of the rules above quoted point».

3. STEVENSON 1885, 12.

4. JAMES 1879-1880, 65: «a labor-saving contrivance».

futarla, refiriéndose a quien la representaba en la época, Alexander Potebnia, para quien la poesía no era sino pensar por medio de imágenes. Shklovski advirtió que el arte entendido de esa manera —ver mucho en el espacio reducido de una síntesis— terminó en la teoría del arte como símbolo, cuando en verdad lo esencial al arte no son sus *sentidos*, sino sus *procedimientos*; son meros artificios los que logran *singularizar* los objetos. El arte no reconoce: realza; no significa: señala. Desdeñó, por tanto, la ley económica, pero no olvidó reseñarla, y agregó a la genealogía otros nombres más, como los de Richard Avenarius y Alexander Veselovski. Curiosamente no menciona el firme antecedente de Hemsterhuis.

Lejos de San Petersburgo, pero cerca de aquellos años, Virginia Woolf (1922) reavivó la idea de la brevedad como valor estilístico. Tenía delante los *Modern English Essays* que había editado Ernest Rhys ese mismo año, y apreciaba la habilidad de aquellos que, por estar apremiados por el espacio, lograban mayor condensación y estilo. En tanto forma breve, el ensayo moderno redundaba en una suerte de quintaesencia del arte. Por entonces, Ernest Hemingway ya había descubierto que una de las variantes de la economía era la omisión y recurrió a ella para componer el final de «Out of Season» (1923), confiado en que el suceso omitido —esto es, que el anciano se había ahorcado— redundaría en una intensificación del mismo. Así lo confesó en *A Moveable Feast*, una serie de memorias sobre sus años en París. En 1932, ya consustanciado con el recurso, lo reescribió como doctrina. «La dignidad del movimiento de un iceberg se debe a que solo una pequeña parte aparece sobre el

agua»<sup>1</sup>. Usó la palabra *dignity*, pero dado que la imagen del iceberg es una metáfora para pensar un procedimiento estilístico, quizá hubiera sido más apropiado decir que la *fuertza* o la *eficacia* de ver solo una punta de una inmensa masa de hielo, reside en que nos vemos impelidos a imaginar lo demás. Al imaginar, luego, amplificamos, engrandecemos. El efecto de ocultar es mostrar más.

Hemingway creyó que su *Iceberg Theory* era una *forma nueva* de escribir, y quienes la adoptaron, después, lo postularon como su precursor. Ya vemos que a otros tantos podrían habersele concedido ese reconocimiento. En la cuarta edición de *La logique ou l'art de penser* (1674) el jansenista Antoine Arnauld agregó un capítulo sobre los entimemas —la omisión de aquellas partes que podían darse por entendidas—, a los que destacó por la valiosa función de que, al omitir, concedían al lector el placer de reponer un sentido mucho más vasto.<sup>2</sup> Hay, todavía, un antecedente más lejano. Antes de acompañarlo en su expedición a Persia, Anaxímenes de Lámpsaco le había aconsejado a Alejandro Magno que la efectividad del discurso dependía de su brevedad, mientras que su elegancia, de la habilidad para emplear los entimemas. Aristóteles lo refrendó, después, en su *Retórica*. Catulo, Marcial y todos los epigramáticos sabían que cierta agilidad y sutileza provenía de estas ausencias deliberadas. Cito, para terminar, el pasaje de Anaxímenes, para que usted, lector, evalúe si es hasta esa antigüedad que se puede remontar la *novedad*. «Hablar con elegancia depende del siguiente recurso: por ejemplo, decir la mitad de los entimemas de

1. HEMINGWAY 1932, 192: «The dignity of movement of an ice-berg is due to only one-eighth of it being above water».

2. ARNAULD 1662, 203 [III, XIV].

modo que los oyentes mismos supongan la otra mitad». El pasaje se puede consultar completo en el capítulo 22 de la *Retórica a Alejandro*.



## Esotéricos y familiares

Cuando los discípulos le preguntaron qué significaban esas palabras, Cristo respondió: «A vosotros ha sido dado conocer los misterios del reino de Dios; en cuanto a los demás [*se les habla*] por parábolas, para que “mirando, no vean; y oyendo, no entiendan”» (*Lucas* 8, 9-10). Este tipo de pasajes inspiró a los gnósticos a creer que los *Evangelios* estaban encriptados y que comprenderlos suponía saber leer su secreto. La salvación requería convertirse en hermeneuta. La parábola cristiana muestra y oculta. Hay dos textos: el aparente y el verdadero; hay dos tipos de lectores: el superficial y el iniciado. El gnosticismo fue una tendencia religiosa de los primeros siglos cristianos; la presunción de que todo mensaje solapa su verdad, en cambio, continúa hasta el día de hoy.

Siempre fue muy común creer que la escritura es un mero instrumento de las ideas. Escribir bien, para muchos, significa representarlas bien. El *tema* es lo más importante y, a menudo, lo único que importa. En sus *Parerga und Paralipomena*, Schopenhauer redactó aforismos que enfatizaron esa tendencia: «El estilo es la mera silueta del pensamiento: una mala escritura u os-

cura significa pensar mal y de manera confusa»<sup>1</sup>. Cito otro: «Un libro nunca puede ser más que la reproducción de los pensamientos del autor»<sup>2</sup>. La concepción de la escritura como representación del pensamiento impulsó a Schopenhauer a condenar los estilos alambicados. Esa condena ya la encontramos en la introducción de su primer libro —su tesis doctoral de 1813—, donde postuló que toda filosofía debe ser clara; que la claridad deriva de la precisión con que se definen los conceptos; y que esa precisión evita la ambigüedad y futuros pleitos. Un filósofo es auténtico, agregó, si se esmera en no parecer un torrente turbio y revuelto, sino más bien un lago manso, cuyas aguas claras permiten ver de un golpe su profundidad más recóndita.

El anhelo de esa autenticidad puede remontarse a Quintiliano, a Cicerón, a Anaxímenes de Lámpsaco. Schopenhauer no iniciaba esa tradición, pero quizá fue el más enfático en condenar la tradición opuesta. Muchos no lo saben —reza uno de los anatemas que le destinó en *Parerga*—, pero «escriben de la misma manera en que se forman los pólipos de coral: un período sucede al otro, y sigue hasta donde Dios quiera»<sup>3</sup>. Esos pólipos, agregó, no solo encubrían la vulgaridad de las ideas, sino que se proyectaban como un prestigio sobre las obras, al que explicó del siguiente modo. Dado

---

1. SCHOPENHAUER 1851, 566 [Zweiter Theil, §283]: «Ist doch der Stil der bloße Schattenriß des Gedankens: undeutlich, oder schlecht schreiben, heißt dumpf, oder konfus denken».

2. *Ibidem*, 551 [Zweiter Theil, §274]: «Ein Buch kann nie mehr sein, als der Abdruck der Gedanken des Verfassers».

3. *Ibidem*, 596 [Zweiter Theil, §286]: «Viele wissen selbst dies nicht, sondern schreiben, wie die Korallenpolypen bauen. Periode fügt sich and Periode, und es geht, wohin Gott will».

que algunos tienen ideas muy vulgares, recurren al enrarecimiento de la escritura, al punto de que lo vulgar se vuelva retorcido. Oscurecen en pos de profundizar. Luego, como el lector se formó con la idea de que lo insondable viene revestido de lo gravoso, si no encuentra la oscuridad, no cree estar ante algo profundo.

La preocupación por el prestigio de ese estilo lo comprometió a trazar su historia. Expuesta de manera sucinta, es esta. De la mano de Kant, la filosofía alemana llegó a su esplendor, luego del cual declinó: los filósofos intentaron avasallar, en vez de persuadir; quisieron ser impresionantes, en vez de claros; hiperbólicos, en lugar de rigurosos. Buscaron ser incomprensibles e intrigantes.<sup>1</sup> Ese estilo —que fue de fines del siglo XVIII hasta principios del XIX— comenzó con Fichte, se perfeccionó con Schelling y llegó hasta el colmo en Hegel, filósofo a quien Schopenhauer encontró muy menor a los otros dos, pero cuya farsa fue mucho más grande.<sup>2</sup> Como se ve, el estilo ininteligible es bien alemán, oriundo de la filosofía. Schopenhauer creyó que casi cualquier línea de Hegel podía servir para ridiculizarlo. He aquí una: «“La naturaleza es la idea de su ser-otro”»<sup>3</sup>. Por destellos como estos los intelectuales habrían quedado encandilados, sin advertir que eran solo destellos. Si Hegel fue una farsa —podemos acotar nosotros— cuanto menos tuvo el mérito de haber comprendido que el mundo intelectual se componía de farsantes, a los que se podía obnubilar con juegos de luces. Sobre un escritor de talento que, no obstante, había sido olvi-

1. SCHOPENHAUER 1851, 612 [Zweiter Theil, §297].

2. *Ibidem*, 565 [Zweiter Theil, §283].

3. *Ibidem*, 215 [Erster Theil: «Über die Universitäts-Philosophie»]: «“die Natur ist die idee in ihrem Anderssein”».

dado, Emile Cioran ironizó: «no supo tomar todas las precauciones necesarias para ser *mal* comprendido»<sup>1</sup>.

En el desesperado «Dialogue du chapon et la pou-larde», en el que dos aves se confiesan a punto de ser carneadas, el capón le enumera a la pularda —además del crimen de matar animales— los otros crímenes de la especie humana: fijan leyes para violarlas; usan sofismas para justificar atropellos; se sirven de las ideas para autorizar injusticias y de las palabras para disimular los pensamientos. Con el tiempo, esta última frase, «n'emploient les paroles que pour déguiser leurs pensées»<sup>2</sup>, fue atribuida a Charles Maurice de Talleyrand, acaso porque la empleó como un apotegma en su vasta trayectoria diplomática. Schopenhauer también se la atribuyó a Talleyrand, pero entonces la frase ya había sufrido una ligera modificación: el verbo *déguiser* —vestir, disfrazar— había cambiado por *cacher* —ocultar, esconder—. Schopenhauer agregó, además, que usar las palabras para ocultar lo que se piensa era «arrojarse a los brazos del diablo»<sup>3</sup>.

Durante la Segunda Guerra, los servicios de inteligencia se convirtieron en sagaces intérpretes de lo sospechoso. En Estados Unidos, el alemán Leo Strauss advirtió que la persecución se trataba de un fenómeno constante que iba de lo suave a lo más cruento; en un extremo está la censura imperceptible que provoca el ostracismo o la proscripción; en el otro, la Inquisición española o el régimen nazi. Dado que las obras se suelen componer en contextos de persecución, el escritor independiente se ve obligado a desarrollar una escri-

---

1. CIORAN 1952.

2. VOLTAIRE 1763, 123.

3. SCHOPENHAUER 1841, 620: «sich dem Teufel in die Arme zu werfen».

tura que oculte su mensaje *entre líneas*. En la naturaleza metafórica de un texto debemos suponer un mensaje furtivo.<sup>1</sup> Esa literatura se dirige solo a aquel que logra ver entre los pliegues de la prosa permitida, la prosa prohibida. Es una literatura bifronte: pública y, al mismo tiempo, privada. Se vale del beneficio de la difusión y evita las consecuencias de la censura. Pivotea entre la exposición y el velo. Luego de este descubrimiento, Strauss exhortó a los investigadores a que, considerando la persecución como factor creador, reescribieran sus análisis y reconsiderasen mejor qué significa la oscuridad de una obra, sus contradicciones y sus misterios.

La tradición exotérica, en cambio, buscó el camino de la claridad y la sencillez. Algunos creyeron que alcanzarla se trataba de un arte. Así lo postuló Anaxímenes de Lámpsaco, al advertir que la ambigüedad y las sombras afectaban negativamente al estilo. Lo refrendó Cicerón y después Quintiliano, quien se preguntó si el discurso, cuya principal virtud es la claridad, no sería algo muy vicioso que necesite de intérprete.<sup>2</sup> Mucho tiempo después, Montaigne lamentó que los filósofos, a menudo, hayan afectado su estilo en busca de la profundidad, a la que siempre creyó se debía llegar de la manera más diáfana y sencilla. Condenó la frase ilegible, que es la que rebuscan los sabios cuando pretenden ocultar la inanidad de su arte<sup>3</sup>. Unos versos de Lucrecio lo respaldaban: «Con su lenguaje oscuro, pero internamente insignificante, atrajo la admiración de los necios, los cuales

---

1. STRAUSS 1941, 490: «The expression is clearly metaphoric».

2. QUINTILLIANO 95, 108 [I, VI, 41]: «oratio vero, cuius summa virtus est perspicuitas, quam sit vitiosa, si egeat interprete?».

3. MONTAIGNE 1580-1595 II, 12, 208.

solo aprecian lo dicho en términos enigmáticos».<sup>1</sup> Francis Bacon tomó el ejemplo de Montaigne y aconsejó, para no perder la gracia de la expresión, procurar ser natural y desafectado: «to be natural and unaffected»<sup>2</sup>. Descartes elogió al traductor de sus *Principia philosophiæ* (1644) por la claridad, a la que encontró central para la filosofía misma: «La percepción sobre la que se desea establecer un juicio indubitable, no solo debe ser clara, sino que también debe ser distinta».<sup>3</sup> Con *distinta* quiso decir *precisa*.

Toda época deja un legado enigmático a sus sucesoras. La mera renovación de la lengua nos aleja de su historia. Para ser un esotérico, basta dejar pasar el tiempo. Mucho del gusto por lo antiguo, sin embargo, reside en que ahora nos resulta extraño. Las nuevas traducciones de los *Evangelios* buscan modernizar las expresiones y acercar a los lectores contemporáneos; no obstante se siguen prefiriendo las versiones antiguas. Toda escritura admite la claridad y la sombra. Al condenar la facilidad deliberada en los ensayos de Lord Shaftesbury, William Hazlitt (1819) enseñó que el estilo natural también podía ser una impostura y un grado aún mayor de afectación. El *estilo familiar* que aconsejó es sencillo de leer, pero el más difícil de escribir; requiere de una precisión tal que la precisión no se sienta.<sup>4</sup> Georg Lichtenberg,

---

1. LUCRECIO I, 639-642: «clarus ob obscuram linguam magis inter inanis / [...] / omnia enim stolidi magis admirantur amanti, / inversis quae sub verbis latitantia cernunt».

2. BACON 1625, 154.

3. DESCARTES 1644, 48. [Primera parte, 45. Qué es una percepción clara y distinta.

4. HAZLITT 1822, 185: «It is not easy to write a familiar style. [...]. On the contrary, there is nothing that requires more precision [...]».

algunos años antes, ya había anotado en uno de sus cuadernos que «en ninguna obra, y sobre todo en ningún escrito, se debe notar el esfuerzo que ha costado»<sup>1</sup>.

---

1. LICHTENBERG 1765-1799, 280: «Man muß keinem Werk, hauptsächlich keiner Schrift die Mühe ansehen, die sie gekostet hat».



## Jergas y claridades

En un sugestivo escrito sobre la escritura ensayística (1742), David Hume lamentó que el mal de su época sea el divorcio entre el saber erudito y el conversacional, aislándose aquel en una jerga departamental e ininteligible; este, en el rumor y la anécdota. Exhortó a reunir en una prosa más diáfana aquello que nunca debió haberse escindido. En esos años (1746), el joven Luc de Clapiers, marqués de Vauvenargues, compuso algunas máximas sobre la claridad, en una de las cuales la ligó a la buena fe: «La clarté est la bonne foi des philosophes»<sup>1</sup>. Schopenhauer, después, que fue de la idea de que a un cuerpo bello le convenía ir con ropa ligera, aconsejó lo mismo para las ideas: expresarlas con un mínimo de atavío y un máximo de espontaneidad; solo la pobreza espiritual, la confusión y la excentricidad vienen revestidas de expresiones rebuscadas y oscuras. Todo lo que tiene pompa —agregó— encubre algo insignificante y ruin<sup>2</sup>. Thomas De Quincey (1840) sentenció que los británicos, influenciados por la sintaxis profesional de los libros, se habían volcado a esa pompa, aunque aún no llegaba a ser tan ilegible como la de los alemanes. Hasta el extraordinario

---

1. VAUVENARGUES 1746, 273.

2. SCHOPENHAUER 1819, cf. capítulo 47.

Kant, cediendo a su impulso natural de unir todas las adiciones, excepciones o modificaciones «podría haber escrito un libro de principio a fin en una vasta oración hiperbólica»<sup>1</sup>. Para fines del siglo XIX, el anhelo de claridad ya había sido derrotado; la filosofía era una escritura para filósofos. Ni siquiera Benedetto Croce pudo revertir esa tendencia, cuya condena a la oscuridad de algunos alemanes no pudo detener la invasión de Heidegger.

En «The Ethics of Terminology» (1903), Charles Peirce creyó que cada disciplina científica debía tener su propio repertorio de palabras, que cada palabra debía representar a un solo objeto, que esas representaciones debían ser unívocas, que esa univocidad debía proceder de un consenso, que ese consenso debía descansar en principios lógicos. Desdeñó que la ciencia se valiera de las voces vernáculas y exhortó a la invención de «un vocabulario tan extravagante como para que los pensadores vulgares no se vean tentados a tomar prestadas sus palabras»<sup>2</sup>. He aquí una muestra de su ética: «Un Ícono es un Representamen cuya Cualidad Representativa es una Primeridad de él en tanto Primero»<sup>3</sup>. La inesperada paradoja del fundador del pragmatismo moderno fue gestar una lengua impracticable. Algo similar creyó Heidegger al escribir su libro más emblemático. Si llegáramos a la conclusión de que *Sein und Zeit* es rudo y feo, no haríamos más que refrendar la opinión del propio Heidegger,

1. DE QUINCEY 1840, 14, col. 2: «Kant might naturally enough have written a book from beginning to end in one vast hyperbolic sentence».

2. PEIRCE 1903, 265: «[...] a vocabulary so outlandish that loose thinkers shall not be tempted to borrow its words».

3. PIERCE 1902, 273: «An *Icon* is a Representamen whose Representative Quality is a Firstness of it as a First».

deslizada al final del séptimo párrafo —acaso el único párrafo que se aparta de esta rudeza general de la obra—. Para Heidegger, una cosa es *narrar* sobre los entes y otra cosa es *apresar el ser* que los constituye. Puesto que se dispuso a lo segundo, apresarse, creyó que se requería de palabras nuevas y hasta de una nueva gramática. Atribuyó la fealdad del libro —digamos, mejor, su ilegibilidad—, a la naturaleza misma de la metafísica, como si hubiera sido irremediable escribir de esa manera.

Theodor Adorno (1963) justificó la oscuridad que sobreolaba la obra de Hegel e intentó demostrar que era inherente a la dialéctica. Hegel no escribió sobre su filosofía; su escritura fue el despliegue vivo de ella. Después recomendó leerlo por completo, para que las sombras se comprendan. Para esta defensa de lo *skoteimos* (lo oscuro) hegeliano, Adorno atacó la pretendida claridad que prescribió Descartes en los *Principia philosophiæ*. Mientras que para Ludwig Wittgenstein, de aquello que no se puede hablar, es mejor callar; para Adorno, la filosofía solo debe intentar hablar de aquello que no se puede. El asunto del esoterismo afectó a Hegel y, a menudo, fue el karma de la filosofía, que ostenta una larguísima tendencia a solapar las ideas bajo un pesado manto de palabras.

El juicio de Adorno sobre la prosa de Heidegger, en cambio, fue distinto. La encontró una mera jerga, a cuyos hablantes ironizó con el rótulo de *los auténticos*. El eje organizador de esa «*Jargon*» fue la desorganización completa de todos los sentidos. Ninguna palabra significaba lo que significa fuera de su uso jergal. Hasta aquí, la condena podría equipararse al acto de señalar la desnudez del rey. Fue más grave, después, y ascendió a identificar la jerga con el régimen criminal del Tercer Reich. «La violencia es

inherente tanto a la forma como al núcleo de la filosofía heideggeriana [...]»<sup>1</sup>.

Imaginemos, por un momento, que el estilo que va de Fichte a Heidegger, pasando por Schelling y Hegel no se trata de una mera superficialidad, y que al enrarecer la prosa sugerían ya que toda reflexión del mundo comienza en una inflexión del propio lenguaje; que la mera forma de la escritura ya es, en sí, una cosmovisión del mundo. Esa imaginación la expuso Roland Barthes en *Le degré zéro de l'écriture*, solo que detectó su origen más adelante y en Francia: «la Literatura en su totalidad, desde Flaubert hasta nuestros días, se transformó en una problemática del lenguaje»<sup>2</sup>. A diferencia de lo que creyó Schopenhauer, a ese tránsito no lo inaugura un farsante, filósofo, alemán; sino un genio, escritor, francés. No fue la saga que va de Fichte a Heidegger, sino la que va de Flaubert a Mallarmé. El período no inicia la decadencia de la escritura: inicia su esplendor y autonomía. A partir de entonces, la literatura ya no remite únicamente a una idea, un sentido o un estilo; se repliega sobre el propio lenguaje que la constituye. Una confesión de Lacan rubricó esta tendencia: «No escribí mis *Escritos* para que se los comprenda, los escribí para que se los lea»<sup>3</sup>.

Cuando Barthes irrumpió con su nueva forma de hacer crítica literaria, también fue acusado de hablar una jerga. Raymond Picard —que era como decir la corpo-

---

1. ADORNO 1964, 101: «Gewalt wohnt wie der Sprachgestalt so dem Kern der Heideggerschen Philosophie inne [...]».

2. BARTHES 1953, 10: «L'écriture classique a donc éclaté et la Littérature entière, de Flaubert à nos jours, est devenue une problématique du langage».

3. LACAN 1974, 84: «Mes *Écrits*, je ne les ai pas écrits pour qu'on les comprenne, je les ai écrits pour qu'on les lise».

ración de críticos tradicionales— denunció que la *nouvelle critique* no era más que una *nouvelle imposture*; una farsa destinada a «dar prestigio “científico” a las cosas absurdas, disfrazar de extraordinario lo cotidiano, ocultar (bastante mal) la indecisión del pensamiento»<sup>1</sup>. Barthes sintió que lo exhortaban a escribir con la «claridad francesa», una suerte de lengua universal a la que, no obstante, también encontró jergal, con sus tics y sus lugares comunes. La jerga de la claridad estaba escrita por determinados escritores, críticos, cronistas franceses. Era una *universalidad* que tenía sus propietarios, sus tendencias, sus sesgos. En nombre de esa lengua general, un uso especial de la lengua condena a otros usos especiales. «La *jerga* no es más que el lenguaje del otro; el otro (y no el prójimo) es aquel que no es uno»<sup>2</sup>.

---

1. PICARD 1965, 51-52: «donner un prestige “ scientifique ” à des absurdités, de maquiller avantageusement des lieux communs, de dissimuler (assez mal) l’indécision de la pensée».

2. BARTHES 1966, 31: «de “ jargon ”, c’est le langage de l’autre ; l’autre (et non autrui), c’est ce qui n’est pas soi».



## El acento delator

En unos párrafos de Petronio, de Tácito y del *Nuevo Testamento*, Auerbach encontró el tránsito de la literatura clásica a la literatura realista. Aparecen personajes de la vida real, episodios cotidianos, diálogos comunes. Petronio y Tácito, sin embargo, pertenecen a los estamentos más altos de la sociedad, ostentan una educación distinguida, un dominio natural de la cultura clásica, distintos registros de lengua. Describen lo vulgar desde cierta distancia panorámica. El punto de vista está arriba. En el *Nuevo Testamento*, en cambio, los evangelistas pertenecen al mismo mundo social que narran. No hay perspectiva panorámica ni pretensión estilística. El punto de vista es horizontal. El protagonista es hijo de un carpintero y anda entre la gente del pueblo.

El pasaje que Auerbach eligió para ilustrar este realismo es la negación de Pedro, según la narración de Marcos (14, 66-72). Una vez que capturaron a Jesús, lo llevaron prisionero al palacio de Caifás, el Sumo Sacerdote, donde se reunieron todos los jueces, los ancianos y los escribas. Pedro los había seguido desde lejos, ingresó de incógnito al patio del palacio y se sentó junto al fuego, con los criados. Arriba, el expeditivo tribunal buscaba testimonios contra Jesús, para justificar su condena. Muchos

atestiguaban en falso. (Alguna vez, Caifás había llegado a decir que «es preferible que un solo hombre muera por el pueblo y no perezca toda la nación», Juan 11, 50). Ahora, además, Jesús se defiende asegurando ser el hijo de Dios, aseveración que bastó para que Caifás lo encontrara culpable. Algunos llegaron a escupirle en la cara; otros lo abofetearon. Mientras tanto, Pedro esperaba abajo, en el patio del palacio. Una sirvienta de Caifás lo reconoció y lo acusó de ser uno de los que andaba con Jesús. Pedro lo negó y se alejó hasta el pórtico. Oyó cantar un gallo. La sirvienta lo siguió y lo volvió a imputar, alzando la voz. Pedro lo volvió a negar. Los que presenciaban la escena, ahora, reconocen a Pedro por su lengua: «¡Claro que eres! ¡Si hablas como un galileo!». Pedro, más enfático, lo negó por tercera vez.

Auerbach razonó del siguiente modo. Pedro es un hombre vulgar, un pescador de Galilea. Todos los que están en el patio del palacio son criados; no hay soldados ni sacerdotes; toda la escena es del orden de lo cotidiano. Se trata de un incidente provinciano en la trama universal del Imperio Romano y, no obstante esto, es una escena trágica. Lo cotidiano, ante el drama de Jesús, ya no aparece bajo la representación cómica. «Una escena como aquella de la negación de Pedro no encaja dentro de ningún género antiguo [...]».<sup>1</sup>

Con esta interpretación, Auerbach reescribió la tesis que Victor Hugo plasmó en su Prefacio a *Cromwell*: el cristianismo mezcló los dos géneros tradicionalmente escindidos. Los plebeyos aparecen en escena, no ya para representar los presupuestos de la vulgaridad cómica,

---

1. AUERBACH 1946, 51: «Eine Szene wie die Verleugnung des Petrus paßt in kein antikes genus [...]».

sino para encarnar ellos mismos el papel de la excelencia trágica. Cristo mismo es Dios, pero encarnado en el más humilde de los hombres. Auerbach creyó, además, que ese diálogo entre Pedro, la sirvienta y los otros criados, es de una brevedad y contundencia inhallable en la literatura clásica, donde los parlamentos tienen respuestas moralistas de gran despliegue retórico. El diálogo de Pedro es de un realismo concreto.

Hay algo más, incluso, inscripto en ese pasaje, que Auerbach no mencionó, pero que refuerza el carácter novedoso del *Nuevo Testamento*. Pedro es descubierto por su lengua. «¡Si hablas como un galileo!» fue como decir: «sabemos quién sos: nos lo dice tu lengua». No fue el rostro, ni la vestimenta, ni el aspecto general de Pedro los que lo revelaron. Quizá sea el primer episodio de la literatura realista, entonces, en que aparece la lengua como manifestación fidedigna de la identidad.

Auerbach eligió la versión de Marcos, creyéndola indistinta a la de Mateo o de Lucas. Las semejanzas entre estos tres evangelistas son notorias, pero no lo son en este pasaje. En las primeras versiones de los *Evangelios*, solo consta en los de Mateo y Marcos. Al pasar del griego al latín, en algún momento se perdió en el de Marcos. En la primera traducción al español a partir de la *Vulgata* (1790), Felipe Scío de San Miguel anotó al pie esa pérdida, pero no la restituyó. Dos siglos antes a la *Biblia de Scío*, la versión al español de Casiodoro de Reina (1569) había desestimado la *Vulgata*, y en cambio apreció mucho el *Novum instrumentum omne*, texto griego del *Nuevo Testamento* editado por Erasmo de Rotterdam (1516). En la versión de Reina, el episodio de la lengua vuelve a aparecer en los dos primeros evangelistas, pero en Mateo la alusión

a la lengua de Pedro es más enfática: «Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu habla te hace manifiesto» (26, 73). Cipriano de Valera, que encaró una revisión célebre de la de Reina en 1602, corrigió: «porque aun tu manera de hablar te descubre». La lengua pasa de poner de manifiesto la identidad, a dejarla al descubierto. Mucho tiempo después, en Buenos Aires, en la llamada *Biblia Platense*, la alusión a la lengua vuelve a aparecer solo en Mateo, y el sacerdote Johannes Straubinger la revistió de un ligero aspecto policial: «¡Ciertamente, tú también eres de ellos, pues tu habla te denuncia!». En este pasaje —y quizá solo en este— es mejor la versión de los *Evangelios* que, en los albores del siglo XXI, el español Joan Francesc Mira encaró con «pretensión literaria»: «Seguro que eres también uno de ellos: hasta el acento te delata».

## Babel o las lenguas de fuego<sup>1</sup>

El carácter alegórico de la Biblia redundó en esfuerzos denodados por comprender las acciones de Dios. Me inquieta, ahora, el misterio que consta en el undécimo capítulo del *Génesis*. Refiere el suceso ocurrido en Babilonia, al llegar allí los hombres y advertir que en la llanura podían levantar una ciudad y, en el centro de la ciudad, una inmensa torre que acariciara los cielos. A punto de ser concluida, la inmensidad de la obra desató la ira de Dios, que entendió la osadía como un desafío y la castigó con la confusión de las lenguas. Recuerdo el verbo *castigar*, porque está sujeto a polémica. Moisés fue el primero que mencionó el suceso, pero no fue el único. Veamos un primer matiz de ese castigo.

Se cree que al crear el universo, Dios marcó en cada cosa su nombre, de modo que Adán no tuviera más que leer lo que ya estaba escrito y hablar una lengua diáfana. Las palabras no solo nombraban las cosas: eran las cosas mismas. Las voces *torre*, *pájaro*, *punte* compartían la verdad de la *torre*, del *pájaro*, del *punte*. No había dos palabras distintas para referirse a lo mismo, regía el consenso y la mera nominación de algo era comprenderlo. Luego del

---

1. Una primera versión de este ensayo fue publicada en *Espacio Murena*. Buenos Aires, el 16 de julio de 2013.

castigo, esta correspondencia se rompió; las palabras se tornaron imprecisas y los léxicos se dispersaron: la desavenencia propició las distintas lenguas. Algunos hebraístas creyeron que el enojo de Dios no fue tan descomunal como para borrar por completo aquella primera lengua: dejó las huellas en el hebreo. Creyeron, así, que acudir a la etimología —ir hacia la fuente hebraica— era un modo de espiar aquel original léxico de Dios. Michel Foucault agregó un párrafo en *Les mots et les choses*, en relación a esto<sup>1</sup>.

Al referirse a la torre, a la que llama pirámide, Montaigne creyó que se trató de una empresa vana y de una arrogancia (*outréculdence*) de Nemrod. Ignoro si esta personalización fue deliberada —como sí lo fue en el historiador Flavio Josefo— o recurrió a una mera sinécdoque en la que substituyó el todo (el pueblo) por una de sus partes (el rey). Resulta sugerente, pues podemos imaginar que Nemrod, de quien se cree que era un feroz tirano, obligó a los babilonios a hacer algo que no querían. Parece, así, una osadía más personal que colectiva. Montaigne, cuya fe ahondaba en el escepticismo, no pudo concebir oportuna ninguna empresa que pretendiera emular a Dios; nos persuadió, así, con *Les essais*, de que no es posible desentrañar la esencia de las cosas.

Una versión más benévola del mito, enseña que la torre fue concluida luego de varias generaciones, abocadas a una tarea de perfeccionar la técnica y acrecentar la maravilla arquitectónica. Al ver los resultados, Dios no se enojó, sino que lamentó que todo ese trabajo quedara confinado a los estrechos límites de una sola len-

---

1. FOUCAULT 1966, 51.

gua. Como gesto de reconocimiento, les obsequió la diversidad. «La lengua única de Babel —escribió Héctor Murena— era una lengua *mala*: con ella no se podía articular la palabra Cielo, recuperar el Paraíso, lo perdido por causa de esa lengua [...] la Torre se derrumbó por falta de fundamento»<sup>1</sup>. Para Murena, el gesto de Dios liberó a los seres humanos de la locura del discurso único y traslúcido: nos concedió la posibilidad de hablar por medio de metáforas.

Prueba de que la confusión de lenguas pudo no haber sido un castigo, consta en el segundo capítulo de *Los hechos de los apóstoles*. Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar, y de repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban: «Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse». Aquí, como se ve, los apóstoles hablaban una única lengua, pero fueron beneficiados con el don de hablar diversas.

En un breve relato que tituló «El escudo de la ciudad», Franz Kafka especuló que la torre de Babel empezó por ser *el deseo* de construir una torre y nunca dejó de serlo; solo que en el camino se erigió la ciudad que alojaría a los obreros, la ciudad creó la disputa entre los seres humanos; la disputa, luego, creó la guerra; a la guerra la sucedió la paz. El curso de una a otra hizo pasar el tiempo, que trajo nuevas generaciones y nuevas disputas, mientras que la obra arquitectónica esperaba

---

1. MURENA 1973, 82.

ser concluida. La torre, colateralmente, gestó la civilización, que queda como herencia, como don.

Los que abonan la tesis del *castigo*, deduzco, no se atreverían a postular una contradicción en Dios. Si Dios es Uno, el Uno no admite contradicciones. La diversidad de lenguas es un castigo, o es una bendición. Apelo, ahora, al sentido común para resolver la incógnita: si Dios buscara beneficiarnos: ¿nos condenaría al dominio de una sola lengua? Anhele que esto no sea una premonición.

## La retórica de la pandemia<sup>1</sup>

La pandemia me agarró leyendo la *Retórica* de Aristóteles, para qué negarlo. No lo aclaro porque me avergüence esa predilección, sino porque todo lo que no fuera el virus, los infectados y China, todo lo que no remitiera al aquí y ahora del mundo parecía lujo o indolencia. Luego vino la cuarentena, la parálisis, la suba del dólar. Aferrado a la idea de que todo eso acabaría en algún momento, no quise soltar a Aristóteles y aún me fui más atrás, a la vida de Gorgias, de Tisias, de Córax. Toda la doctrina clásica sobre la retórica descansa en el principio de lograr ser natural. Un buen orador, un buen texto, no tiene que ser afectado. Qué extraña coincidencia, porque la pandemia nos puso en un lugar extraordinario. Todos actuamos de manera desacostumbrada. Usar barbijo antes de marzo era una exageración, una sobreactuación del riesgo; ahora es un lugar común. Hay gente que sale con carpetas transparentes abrochadas en la frente, con envases de Coca-Cola recortados a la cara, con corpiños en la boca. ¿Cómo ser natural en un mundo que se ha vuelto extravagante? Saludamos con los codos, esperamos ansiosos las cifras mortuorias, miramos de a ratos por la ventana,

---

1. Publicado en *La Tecl@ Eñe. Revista de cultura y política*. Editor y director: Conrado Yasenza. Sábado 18 de abril de 2020.

para no ver nada. ¿Cómo parecer más reales? Hay quienes creen lograrlo haciendo como si no sucediera nada. Otros, en cambio, acentúan el desconcierto, representan el papel de reciénvenidos y dicen que todo es una gran pregunta, que el mundo es todo fugaz, etcétera. Simular ingenuidad: qué forma tan enfática de la afectación. Lo cierto es que no nos sentimos absolutamente desconcertados. Nuestra robusta conciencia no nos permite que la desdeñemos, justo ahora. Ya imaginamos el mundo que está por venir y en esa imagen que nos llega del futuro estamos contemplados. Tendemos a proyectarnos como sobrevivientes.

Si ese futuro irrumpiera ahora mismo, a mí me cogería —como dicen en España— estudiando la retórica clásica. Isócrates, Cicerón, Quintiliano. ¿Hay algún saber más lejano e inaplicable que ese, para atravesar esta pandemia? No obstante, la peste es un ligero corrimiento de lo natural. Qué curioso, especialmente de eso versa la retórica.

Nos hemos desplazado. El tema más evidente, cuya obviedad nos exime de nombrar, es la anomalía repentina de todos nuestros comportamientos, también los retóricos. He notado que muchos recurrimos a la primera persona para dar testimonio de la pandemia. Este que ahora estás leyendo, lector, recurre a esa persona. Como si ante semejante desconcierto fuéramos al lugar donde nos sentimos más seguros. Todo está en peligro, pero nosotros nos mantenemos erguidos replegándonos en la intimidad. La situación mundial, esta vez, nos concede ese punto de vista: todo colapsa, pero si uno narra ese colapso es porque aún no nos alcanza. La primera persona es más verosímil durante una cuarentena, pero también es más patética. Y a menudo la creemos más ve-

rosímil, simplemente porque es más patética. ¿Quién no tiene un amigo eminente, o un conocido muy respetado que aparezca filmándose, en gym, comiéndose un kilo de tortas fritas? El punto de vista personal nos resulta oportuno para contar una catástrofe mundial. Es más frágil, también, pero sin cuya fragilidad se desintegra.

Imaginemos que el mundo comienza a temblar, y vemos derrumbarse los edificios, y escuchamos que las montañas se desmiembran, y todo al compás de un ruido atronador de fondo, que son los vientos arrasando lo último que queda. Imaginemos, también, que nosotros estamos en una isla que, por alguna extraña razón, no es alcanzada por esa catástrofe. En esa situación, describir en tercera persona lo que vemos podría resultar literario. Alguien podría pensar que no es real, que no estamos en el lugar de los hechos. Si describimos lo que nos pasa, en cambio, contando que nuestra isla está a salvo, aunque sentimos que la tierra se mueve un poco, y tenemos amigos muy queridos que quedaron del otro lado, el relato de la catástrofe se materializa. Lo podemos ver y hasta tocar. Todo eso requiere de un yo, de alguien que soporte en su propio cuerpo las señales del desastre.

Pues bien, en mi caso, cuando les doy un respiro a los sofistas griegos y me abandono a la lectura de las crónicas contemporáneas, noto una preeminencia del yo. Podría decir también, «una vuelta del yo», porque en algún momento se creyó que ya no era necesario. En las ciencias sociales, por ejemplo, está proscrito. Alguna vez creíamos que éramos más objetivos escondiéndonos detrás de la impersonalidad; luego se nos hizo costumbre.

El aislamiento nos quitó la sociabilidad, pero nos devolvió la voz de la intimidad. Ahora solo somos creíbles

si contamos lo que pasa en nuestro barrio, en nuestra propia casa. Es inevitable, por otro lado; sabemos que aquellos que testimonian la pandemia están en sus casas. Todos esos testimonios suelen comenzar diciendo: «Estoy aquí, en mi cuarto, donde paso largas horas...». La cuarentena creó una escena de enunciación muy similar en muchas partes del mundo. Ese hogar —como a algunos le dicen para hacerlo más acogedor—, puede ser un infierno. He aquí otro de los imprevistos del virus: matar por efectos colaterales. El tema del yo es inmediatamente la casa. No ignoro los que, de todos modos, siguen viajando, los que trabajan afuera todo el día, o los que directamente duermen a la intemperie. Hasta ahora, los que están narrando la pandemia, están en una casa. Podemos deducir, incluso, las condiciones que tiene esa casa, a partir de las comodidades básicas como para tener ganas de testimoniar.

Recurrimos al yo, pero ahora más despojado. Nos dejamos de bibliografías específicas, de citas extensas o de autoridad y vamos directamente a las cosas, a lo que nos está pasando, porque entendemos que aquel que nos escucha quiere saber solo eso. Lo deduce del contexto, pero quiere escucharlo o leerlo desde nuestro yo. Tan indispensables como los barbijos, resultan los testimonios personales del aislamiento. Todos encerrados, necesitamos saber cómo es el encerramiento del otro. Mientras tanto, aguardamos la primavera o la vacuna que nos devuelva a la normalidad. Digamos, ahora, a la otra normalidad, a la que ya habíamos juzgado de excepcional, pero visto que se puede vivir una situación aún más excepcional que la anterior, anhelamos alguna que nos permita, al menos, salir a caminar.

Todos estamos confesándonos. Principalmente por video llamadas, y lo más común es decir que todo esto es como el canto del cisne: el último testimonio de una humanidad ante la cornisa. De todas las formas que la intimidad encontró para expresarse, esta que evoca el Apocalipsis —para la izquierda, el fin del capitalismo— quizá sea la peor y la menos auténtica. Decir que la humanidad avizó su límite no es más que la revelación de una absoluta falta de imaginación. ¿Hace falta enumerar el historial de pandemias pasadas? No es necesario imponer desconcierto para que nuestro testimonio sea creíble; basta con contar lo que realmente estamos viviendo. En mi caso, como ya dije, paso los días leyendo el tema que la humanidad decretó obsoleto. Sé que la pandemia pasará, como lo presiente usted, lector, cuya certeza de ese porvenir le permite estos pasatiempos. Mientras tanto, mientras dure la conmoción, dar testimonio es un signo vital, es como decir «aquí estoy», «sigo vivo».



## Los sentidos de la peste<sup>1</sup>

El pasado jueves 16 de abril, la Real Academia Española celebró su «primer plenario virtual de la historia». Así lo anunciaba su portal institucional y acompañaba la noticia con una foto —una captura de pantalla— en la que se veían los rostros de una treintena de ancianos. La crónica del plenario no adelantaba el tema de conversación, pero giraba en torno a la definición de *coronavirus*. Lo supimos por *El País* del martes 21 de abril, que al levantar la noticia recordó una viñeta de Andrés Rábago García, El Roto, publicada el día anterior: «Lo sabemos todo sobre el virus y nada sobre lo que significa». Esa frase iba en sintonía con el desvelo de los académicos, que no quisieron responder con San Agustín y decir que si no se lo preguntan, lo saben, pero solo si no se lo preguntan.

Urgía una respuesta de esta y de tantas otras palabras similares, cuya demora se justificaba por estar en discusión hasta el sexo del covid —acrónimo de *Corona Virus Disease*—, al que se lo creía referido a *una* enfermedad. La discusión ostentaba, en apariencia, un contraste tra-

---

1. Publicado en *La Biblioteca*. Revista fundada por Paul Groussac. Dossier especial titulado *Historia del virus. Epidemia, literatura y filosofía*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Biblioteca Nacional, otoño 2020, pp. 307-315.

gicómico: mientras España se debatía entre quitar respiradores a los viejos, para asistir a los más jóvenes, los numerarios discutían si *el o la covid*. Digo en apariencia, porque es un error creer que en un extremo está la más absoluta trivialidad —la precisión lexicográfica—; y en el otro, la más cruda realidad —los hospitales de campaña, las fosas comunes, los muertos sin funerales—. Es un contraste para escandalizar al ciudadano que, en un momento de peligro, solo ve la escisión de esas dos actividades. Visto a la distancia, la búsqueda de una definición precisa es equiparable a la observación microscópica de un organismo. ¿Qué significaba *coronavirus*, entonces, y esta especie en particular que hemos dado en llamar *SARS-CoV-2*, a la que la posteridad no debe confundir con un satélite espacial?

Había que definir las nuevas palabras, pero descansar en la buena definición de las antiguas. El diario también nos advertía que *pandemia* había sido, desde que comenzó el confinamiento, la más consultada en la web de la RAE. La lingüista y poeta Ivonne Bordelois debió leer con entusiasmo esas consultas, porque al otro día, por la mañana, publicó en su Facebook un elogio de la voz *pandemia*, que le sonaba a *pan* —de panadería— y al dios Pan, pero también al pandemónium y a «un extraño pan mezclado de academia» [sic]. La reflexión comenzaba de forma disparatada, pero luego se hundía en un ameno apunte etimológico. La menciono para tomar una fotografía de las primeras discusiones semánticas en torno al ramillete de voces que trajo la pandemia: covidiota, desescalada, infodemia, chinofobia.

En Buenos Aires, *La Nación* se hizo eco de la «reunión telemática de los académicos» y, unas horas después del

posteo de Bordelois, publicó su propia cobertura del plenario, agregándole todo el cotillón colonial al que la RAE nos tiene acostumbrados. Contaba con las declaraciones de uno de los numerarios, Pedro Álvarez de Miranda, quien administró la ansiedad recordando que, para que el término *coronavirus* se incorpore al *Diccionario*, «tendrá que ir y volver de América». Este *ir y volver* fue como reconocer que la definición saldrá de Puerto de Palos con su sentencia definitiva, pero aguardará el trámite americano para seguir «presumiendo de panhispanismo». Esta última expresión es del mismísimo Pedro.

La foto de los longevos —con primacía masculina—, el viaje en galeón a América y el sexo de la enfermedad motivaron muchas burlas en las redes sociales. Todas oportunas y, tal vez, todas injustas. Reunión misteriosa de estos tiempos. La búsqueda de una definición en medio de escenarios dantesco se leyó con ironía; pero todo está dispuesto para su parodia en un mundo cuya primera reacción ante la desgracia es componerle su caricatura: hasta la muerte fue un ataúd alzada por cuatro ghaneses que la bailaban a compás de una música disco.

Algún nominalista podría decir que la peste no es más que las metáforas con las que nos la representamos. Si abusamos de las bélicas, quizá terminemos creyendo que se trata de un enemigo externo al que debemos disparar. Antes que con la enfermedad, tenemos contacto con sus narrativas. No vemos el virus; vemos los efectos que produce en el cuerpo colectivo. Vemos postales de ciudades vacías, de animales salvajes durmiendo en las rutas y cristalinas medusas recorriendo los canales de la Venecia hundida. Todos los recaudos que tomamos para evitar el contagio surgen de los prejuicios, pero digamos, mejor,

de los inevitables prejuicios. El virus es un organismo muy microscópico como para imaginárnoslo en su forma inequívoca. Solo forjamos en nuestra imaginación un cúmulo de figuras imprecisas. Todos sus dibujos parecen esbozos que los niños apuraron en la tarea domiciliaria. Visto desde esta perspectiva, una buena definición de *covid* podría influir en el modo que tenemos de comportarnos ante él —o ante ella, si finalmente consentimos en ponerle rostro de mujer—.

Las definiciones que ya existían, de hecho, distaban mucho en cada región del mundo; incluso en países linderos como Brasil y Argentina. Sin duda la diversidad de esas definiciones motivó comportamientos sociales muy distintos. En un país condujo al aislamiento; en otro, a la reunión y al público. El virus era el mismo, pero de muchos rostros, como una Hidra de Lerna. Hasta se lo llegó a definir como una gripecita más, acrecentando la advertencia de que había un capítulo semántico detrás de toda esta pandemia.

¿Qué es el coronavirus? Insisto con esta pregunta, ahora con énfasis retórico, porque si no es relevante saber su sexo, al menos es relevante saber si proviene de Dios, del azar de la naturaleza o de la forma de producción actual del capitalismo, que al hacinar animales en grandes corrales para su engorde (*feedlot*) genera, a la vez, grandes enfermedades. Es indispensable una buena definición, que en su versión enciclopédica contenga una detallada descripción de su origen.

Durante la Peste de Atenas, 430 años antes de Cristo, también se suscitó un debate acerca de la naturaleza de tanta mortandad. Sófocles se inspiró en aquella peste para imaginar la que asolaría la ciudad de Tebas y puso

en apuros al rey Edipo. Prescindiendo de los dioses, Hipócrates la diagnosticó en sus tratados sobre la *Epidemia*. Tucídides la describió en el segundo libro de su *Historia de la guerra del Peloponeso*. El poeta, el médico y el historiador; los tres escribieron casi en la misma época. Tres formas distintas de aludir a una epidemia que aún no sabemos si se trató de peste bubónica, fiebre tifoidea o escarlatina. Sófocles y Tucídides la llamaron *loimós*, que ahora convenimos en traducir *peste*, *plaga* o *epidemia*, nombre que prefirió Hipócrates, y que hasta hoy conserva su antigua fisonomía helénica. Hablaban los tres de lo mismo, pero no era la misma cosa. Edipo creyó que se trataba de un mal divino y envió a Creonte a consultar el oráculo de Delfos; Hipócrates no quiso adivinos y elaboró sus pronósticos a partir de síntomas que buscó en los cuerpos reales. Tucídides tampoco se demoró en oráculos, y entendió que la estrategia militar de confinar a todos los atenienses en la ciudad produjo el hacinamiento que dio lugar a la epidemia.

La enfermedad del coronavirus también tuvo sus explicaciones y ya son célebres los rostros de algunos que la representan. El pasado viernes 27 de marzo, el argentino Jorge Bergoglio, desde el atrio de la Basílica de San Pedro, bajo una lluvia despoblada, *urbi et orbi*, imploró: «Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe; que no es tanto creer que tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti». Era un mensaje de Cuaresma, pero estaba pensando en la pandemia. Unos meses antes, sin atender a ninguna razón de Estado, el oftalmólogo chino Li Wenliang alertó sobre el brote del virus y fue obligado a retractarse. Unos días más tarde, el 7 de febrero, falleció de la enfermedad que había vislumbrado. La misma enfermedad que el pri-

mer ministro británico, Boris Johnson, desdeñó al punto de negarse a preparar el Servicio Nacional de Salud (National Health Service) ante el avance de la pandemia. El 6 de abril, por efectos del covid-19, debió ingresar a la unidad de terapia intensiva del hospital St. Thomas de Londres. Bueno, Johnson no era Pericles, pero al momento de imaginar que la peste no lo alcanzaría fue la misma persona.

Tucídides cuenta que los atenienses se veían muy agobiados por la desgracia: afuera eran devastados por las fuerzas enemigas y dentro de las murallas por la virulencia del contagio. En medio de ese infortunio se acordaron de un verso, que los más viejos afirmaban haber oído cantar hacía tiempo: «Vendrá una guerra doria y con ella loimós». Como *loimós* (peste) tiene similitud con *limós* (hambre), los atenienses discutían si el verso había querido anunciar una cosa o la otra. Peste o hambre. Es curioso que hoy —a varios siglos de aquel debate, ante un nuevo escenario de epidemia— tendemos a representarnos la desgracia a partir de esa misma oposición.

## Bibliografía

ABEILLE, Luciano (1900) *Idioma nacional de los argentinos*. Con una introducción del Dr. Louis Duvau. Paris, Librairie Émile Bouillon.

ADORNO, Theodor W. (1963) «Skoteinos oder Wie zu lesen sei», *Drei Studien zu Hegel. Gesammelte Schriften*, Band 5. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1990.

ADORNO, Theodor W. (1964) *Jargon der Eigentlichkeit. Zur deutschen Ideologie*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1997.

ADORNO, Theodor W. et al. (1950) *The Authoritarian Personality*. New York, Harper & Brothers.

ALONSO, Amado (1932) «El problema argentino de la lengua», en *Sur*. Revista trimestral publicada bajo la dirección de Victoria Ocampo. Año II, N°6. Buenos Aires, otoño, pp. 124-178.

ALONSO, Amado (1935) *El problema de la lengua en América*. Madrid, Espasa-Calpe.

ALONSO, Amado (1938) *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*. Buenos Aires, Losada, 2ª ed. con adiciones y enmiendas, 1942.

ANAXÍMENES DE LÁMPASCO (ca. 340 a. C) *Retórica a Alejandro*. Introducción, traducción y notas de Miguel Ángel Márquez Guerrero. Madrid, Gredos, 2005. [Edición conjunta con los *Testimonios y fragmentos*, de Alcídamente de Elea].

ARNAULD, Antoine [Con la colaboración de Pierre Nicole] (1662) *Logique de Port-Royal [...]*. Paris, Hachette, 1854.

ASÍS, Jorge (1994) «Proyecto de ley de preservación de la lengua castellana», en GLOZMAN, Mara y LAURÍA, Daniela (2012) *Voces y ecos. Una antología de los debates sobre la lengua nacional (Argentina, 1900-2000)*. Buenos Aires, Cabi-ria-Biblioteca Nacional.

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2010) *Diccionario de americanismos*. Madrid, Santillana.

AUERBACH, Erich (1946) *Mimesis. Dargestellte Wirklichkeit in der abendländischen Literatur*. A. Francke, Bern.

BACON, Francis (1625) *Essays*. Edited by Ernest Rhys. With an Introduction by Oliphant Smeaton. London, J. M. Dent & Sons; New York, E. P. Dutton & Co., 1910.

BARTHES, Roland (1953) *Le degré zéro de l'écriture*. Paris, Éditions du Seuil, 1972.

BARTHES, Roland (1966) *Critique et vérité*. Paris, Éditions du Seuil.

BARTHES, Roland (1977) *Leçon : leçon inaugurale de la chaire de sémiologie littéraire du Collège de France : prononcée le 7 janvier 1977*. Paris, Le Seuil, 1978.

BELLO, Andrés y GARCÍA DEL RÍO, Juan (1823) «Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar i uniformar la ortografía en América», en *La biblioteca americana, o miscelánea de literatura, artes i ciencias*. Tomo I. Londres, G. Marchant, pp. 50-62.

BORDELOIS, Ivonne (2005) *El país que nos habla*. Buenos Aires, Sudamericana.

BURMANN, Gottlob Wilhelm (1788) *Gedichte ohne den Buchstaben*. R. Berlin, Kunze.

CASTRO, Américo (1941) *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Buenos Aires, Losada.

CICERO, M. Tullius, *Brutus (Rhetorica. Tomus. II)* Ed. Augustus Samuel Wilkins. Oxford, Clarendon Press, [1903] 1964.

CIORAN, Emile (1952) *Syllogismes de l'amertume*. Paris, Gallimard.

COSTA ÁLVAREZ, Arturo (1928) «El último diccionario de la Academia», en *El castellano en la Argentina*. La

Plata (Argentina), Talleres de la Escuela San Vicente de Paúl.

CURTIVS, Ernst Robert (1948) *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*. Bern, A. Francke Ag. Verlag.

DE QUINCEY, Thomas (1840) «Style», *Blackwood's Edinburgh Magazine*, N° 297, Vol. 48. Edinburgh and London, July, pp. 1-17.

DEL VALLE, José (ed.) (2007) *La lengua, ¿patria común? Ideas e ideologías del español*. Madrid, Iberoamericana; Frankfurt, Vervuert.

DEL VALLE, José y GABRIEL-STHEEMAN, Luis (editores) (2002) *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Madrid, Iberoamericana; Frankfurt, Vervuert, 2004.

DESCARTES, René (1644) *Los principios de la filosofía*. Traducción de Guillermo Quintas. Barcelona, Biblioteca de Grandes Autores.

ECO, Umberto (1993) *La ricerca della lingua perfetta nella cultura europea*. Roma-Bari, Laterza.

ESPINOSA APOLO, Manuel (1995) *Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad nacional*. Ecuador, Colección Bicentenario, Ministerio de Cultura, 2008.

FOUCAULT, Michel (1966) *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*. Paris, Gallimard.

GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (2013) «No tratamos de hacer las Américas», en Ñ. Revista de cultura. Buenos Aires, *Clarín*, 19 de octubre, p. 6.

GONZÁLEZ, Horacio (2013) «La lengua como congreso», en *Página/12*. Suplemento Cultura y espectáculos. Buenos Aires, jueves 24 de octubre, p. 33.

HAZLITT, William (1819) «On the periodical essayists», *Lectures on the English Comic Writers. Delivered at the Surry Institution*. London, Taylor and Hessey.

HAZLITT, William (1822) «On Familiar Style», en *Table Talk or original essays*. Vol II. London, Henry Colburn and co.

HEIDEGGER, Martin (1927) *Sein und Zeit*. Herausgegeben von Friedrich-Wilhelm von Herrmann. *Gesamtausgabe*, Band 2. Frankfurt am Main, Klostermann, 1977.

HEMINGWAY, Ernest (1932) *Death in the Afternoon*. New York, Charles Scribner's Son, 1955.

HEMSTERHUIS, François (1769) *Lettre sur la sculpture*. Amsterdam, Chez Marc Michel Rey.

HERÁCLIDES PÓNTICO «Lacedaemoniorum», en *Fragmenta historicorum graecorum*. Volumen Secundum. Ed. Karl Müller. Paris, Ambrosio Firmin Didot, 1848.

HERRERO MAYOR, Avelino (1949) *Tradición y unidad del idioma. El diccionario y otros ensayos*. Buenos Aires, Librería El Ateneo.

HOLLAND, Henry Richard Vassall Fox (1824) «Eve's Legend», *The Keepsake*. Edited by The Honorable Mrs. Norton. London, 1836.

HUME, David (1742) «Of Essay Writing», *Essays Moral, Political, Literary*. Indianapolis, Liberty Fund 1987, pp. 533-537.

JAMES, William (1879-1880) «The Sentiment of Rationality», *The Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy*, 1897.

JOHNSON, Samuel (1765) «Preface to Shakespeare», *Johnson on Shakespeare. Essays and notes selected and set forth with an introduction by Walter Raleigh*. London, H. Milford, 1931.

KONETZKE, Richard (1962) *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica: 1493-1810*. Volumen III, Primer tomo (1691-1779). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

LACAN, Jacques (1974) «Le triomphe de la religion», en *Le triomphe de la religion* précédé de *Discours aux catholiques*. Paris, Seuil, 2005.

LICHTENBERG, Georg Christoph (1765-1799) *Schriften und Briefe*. I Erster Band: Sudelbücher I. Zweitausend-eins, 1994.

LUDMER, Josefina (2010) *Aquí América latina. Una especulación*. Eterna Cadencia, Buenos Aires.

LUGONES, Leopoldo (1910) *Didáctica*. Buenos Aires, Otero y Cía.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1917) «La lengua española», carta a los señores Aurelio M. Espinosa y Lawrence A. Wilkins, en revista *Hispania*, Volumen I, N° I. California, febrero de 1918, pp. 1-14.

MONTAIGNE, Michel de (1580-1595) *Les essais*. Traduction en français moderne du texte de l'édition de 1595 par Guy de Pernon. Leogeats, G. de Pernon, 2008-2010.

MOURE, José Luis (2017) *Nuestra expresión. Lecturas sobre la identidad de la lengua de los argentinos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Eudeba.

MURENA, Héctor (1973) *La metáfora y lo sagrado*. Prólogo de Francisco Ayala. Barcelona, Alfa, 1984.

NEBRIJA, Antonio de (1492) *Gramática de la lengua castellana*. Estudio y edición de Antonio Quilis. Madrid, Editora Nacional, 1980.

PALMA, Ricardo (1896) *Neologismos y americanismos*. Lima, Imprenta y Librería de Carlos Prince.

PEIRCE, Charles Sanders (1903) «The Ethics of Terminology», *The Essential Peirce*. Selected Philosophical Writings. Volume 2. (1893-1913). Edited by the Peirce Edition Project. USA, Indiana University Press, 1998.

PEIRCE, Charles Sanders (c. 1902) «Sundry Logical Conceptions», *The Essential Peirce*. Selected Philosophical Writings. Volume 2. (1893-1913). Edited by the Peirce Edition Project. USA, Indiana University Press, 1998.

PEREC, Georges (1973) «Histoire de lipogramme», *La Littérature potentielle*. Paris, Gallimard.

PICARD, Raymond (1965) *Nouvelle critique ou nouvelle imposture*. [Paris], J. J. Pauvert éditeur.

PLAGER, Federico (coord.) (2008). *Diccionario integral del español de la Argentina*. Buenos Aires, Tinta Fresca - Voz Activa.

PLATÓN, *Gorgias*, en *Diálogos II*. Traducción y notas de Julio Calonge. Madrid, Gredos, 1983.

PLATÓN, *Protágoras*, en *Diálogos I*. Traducción y notas de Carlos García Gual. Madrid, Gredos, 1981.

PLUTARCO, «Licurgo», *Vidas paralelas*. I. Introducción general, traducción y notas por Aurelio Pérez Jiménez. Madrid, Gredos, 1985.

PUENTE Y APEZECHEA, Fermín de la (1873) «Academias americanas correspondientes de la española», en *Memorias de la Academia Española*, Tomo IV. Madrid, Imprenta y Estereotipia de Rivadeneyra, 1873, pp. 274-289.

QUESADA, Ernesto (1900) *El problema del idioma nacional*. Buenos Aires, Revista Nacional.

QUINTILIANO, Marco Fabio (95) *Institutionis oratoriae. Sobre la formación del orador*. Edición bilingüe latín-español. Traducción y comentarios de Alfonso Ortega Carmona. Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1996-2001.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1741) *Orthographía española*. Madrid, Imprenta de la Real Academia Española.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1844) *Prontuario de ortografía de la lengua castellana dispuesto de real orden para el uso de la*

*escuela pública*. Madrid, Imprenta Nacional. Segunda Edición, 1845.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001) *Diccionario de la lengua española*. Vigésima segunda edición. Buenos Aires, Espasa.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2010) *Ortografía de la lengua española*. Buenos Aires, Espasa, 2011.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2014) *Diccionario de la lengua española*. Vigésimotercera edición. Edición de Tricentenario. Barcelona, Espasa.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA y ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2007) *Estatutos y Reglamento de la Asociación de Academias de la Lengua Española*. Medellín.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA y ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2013) *El buen uso del español*. Madrid, Espasa.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA y ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2005) *Diccionario panhispánico de dudas*. Santillana, Colombia.

ROJAS, Ricardo (1909) *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*. Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

SÁNCHEZ, Francisco (1581) *Que nada se sabe*. Traducción del latín y prólogo de Carlos Mellizo. Buenos Aires, Aguilar, 1977.

SARMIENTO, Domingo Faustino (1843) *Memoria (Sobre ortografía americana) leída a la Facultad de Humanidades*. Santiago de Chile, Imprenta de La Opinión, octubre.

SCHOPENHAUER, Arthur (1813) *Ueber die vierfache Wurzel des Satzes vom zureichenden Grunde. Schopenhauer's Sämmtliche Werke in Fünf Bänden*. 3. Bd. *Kleinere Schriften*. Herausgeber dieses bandes Max Brahn. Leipzig, Inselverlag, [ca. 1920].

SCHOPENHAUER, Arthur (1819) *Die Welt als Wille und Vorstellung*. Herausgegeben von Ludwing Berndl. Erster Band. München bei Georg Müller, 1912.

SCHOPENHAUER, Arthur (1841) *Die beiden Grundprobleme der Ethik. Schopenhauer's Sämmtliche Werke in Fünf Bänden*. 3. Bd. *Kleinere Schriften*. Herausgeber dieses bandes Max Brahn. Leipzig, Inselverlag, [ca. 1920].

SCHOPENHAUER, Arthur (1851) *Parerga und Paralipomena*. Erster Theil. *Schopenhauer's Sämmtliche Werke in Fünf Bänden*. 4. Bd. Herausgeber dieses bandes Hans Henning. Leipzig, Inselverlag, [ca. 1920].

SCHOPENHAUER, Arthur (1851) *Parerga und Paralipomena*. Zweiter Theil. *Schopenhauer's Sämmtliche Werke in Fünf Bänden*. 5. Bd. Herausgeber dieses bandes Hans Henning. Leipzig, Inselverlag, [ca. 1920].

SELVA, Juan B. (1944) *Evolución del habla. Estudios filológicos*. Buenos Aires, El Ateneo.

SENZ, Silvia y ALBERTE, Montserrat (eds.) (2011) *El dardo en la Academia. Esencia y vigencia de las academias de la lengua española*. 2 vols. Barcelona, Melusina.

SHKLOVSKI, Viktor (1917) «El arte como artificio». A partir de la edición: JAKOBSON y otros (1965) *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Antología preparada y presentada por Tzvetan Todorov. Buenos Aires, Ediciones Signos, 1970, pp. 55-70.

SOCA, Ricardo (2013) «Academias americanas: un inquieto en Madrid», en *Ñ. Revista de cultura*. Buenos Aires, Clarín, 19 de octubre, p. 7.

SPENCER, Herbert (1852) «The Philosophy of Style», *Westminster Review*. New series, Vol. II. London, John Chapman, July and October, pp. 435-459.

STEVENSON, Robert Louis (1885) «On some technical

elements of style in literature», *Essays in the art of writing*. London, Chatto & Windus, 1905.

STRAUSS, Leo (1941) «Persecution and the Art of Writing», en *Social Research. An International Quarterly*. Vol. 8, Nº 4. United States, noviembre, pp. 488-504.

THURBER, James (1957) *The Wonderful O*. New York, Simon and Schuster.

UNAMUNO, Miguel de (1901) «Sobre la lengua española», en *Ensayos*. Tomo III. Madrid, Residencia de estudiantes, 1916.

VALDÉS, Juan de (1533) *Diálogo de la lengua*. Madrid, Saturnino Calleja, 1919.

VALLEJO, Fernando (2013) «Nosotros somos el idioma», en Ñ. Revista de cultura. Buenos Aires, Clarín, 19 de octubre, p. 5.

VAUVENARGUES [Luc de Clapiers] (1746) *Introduction à la connaissance de l'esprit humain, suivie de réflexions et de maximes*. Paris, Chez Antoine-Claude Briasson.

VOLTAIRE (1737) «Sur la nature de l'homme» (Sixième discours), *Discours en vers sur l'homme. Œuvres complètes de Voltaire*. Tome 9. Paris, Garnier, 1877.

VOLTAIRE (1763) «Dialogue du chapon et la poularde», *Œuvres complètes de Voltaire*. Tome 25. Paris, Garnier, 1879.

WOOLF, Virginia (1922) «The Modern Essay», *The Common Reader. First Series*. London, Hogarth Press, 1925.



